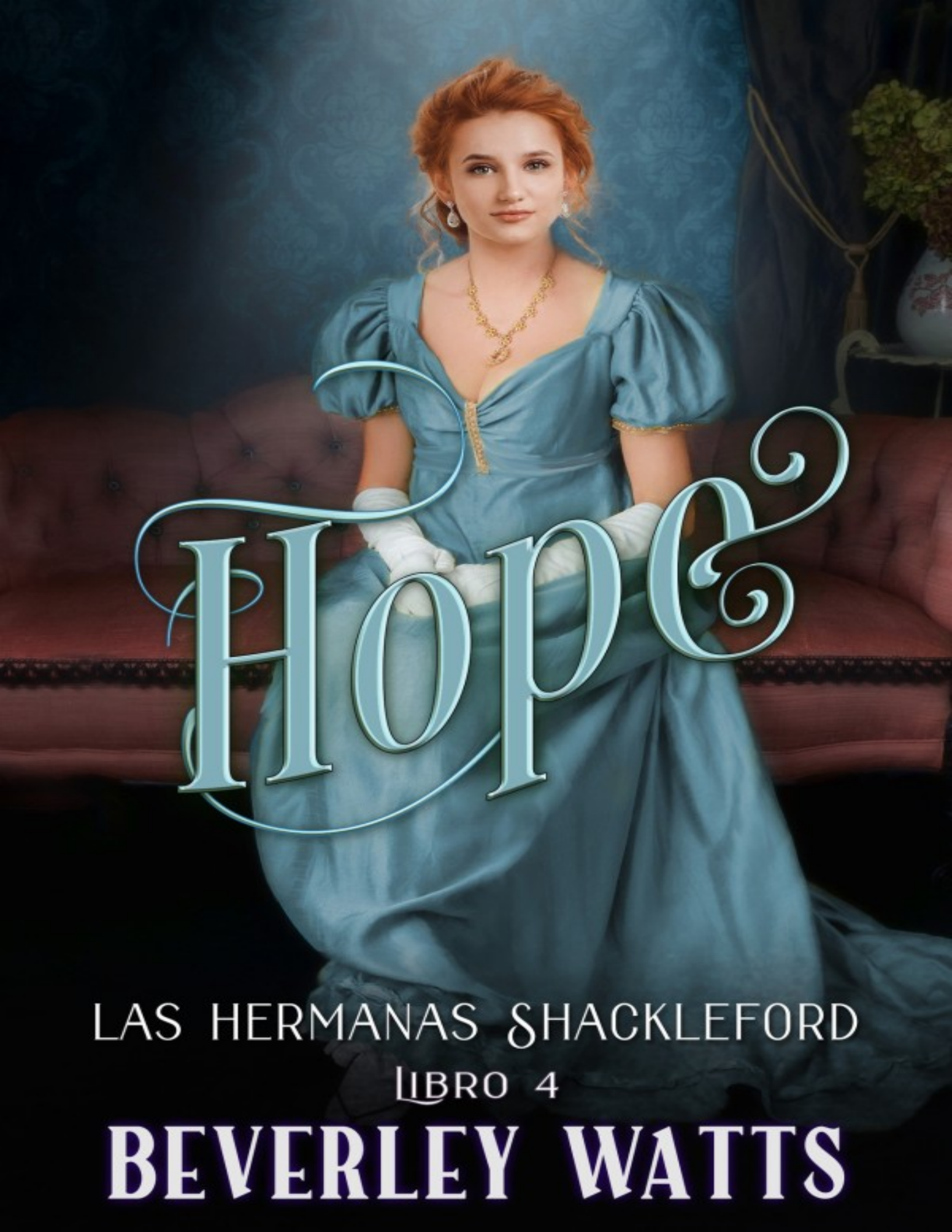


LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO 4

BEVERLEY WATTS

Hope

Las hermanas Shackleford
Libro 4

Beverley Watts

Capítulo 1

A decir verdad, a Hope Shackleford no le entusiasmaba pasar las fiestas bajo el mismo techo que toda su familia, aunque el techo en cuestión perteneciera al conde de Ravenstone y fuera mucho más fastuoso que la modesta vicaría en la que había vivido toda su vida.

Y es que, dado que sus dos hermanas mayores estaban casadas con miembros influyentes de la nobleza, había que admitir que su familia se estaba acostumbrando cada vez más a ciertos lujos que estaban muy por encima de su posición.

Hope, en cambio, a pesar de poseer una melena de un rojo vibrante que podía hacer pensar lo contrario, era una joven práctica y serena que rehuía tanto las fantasías como el optimismo, a diferencia del resto de su excéntrica familia, y en especial de su padre, cuya vocación como hombre de Dios parecía en los últimos años haber quedado relegada por su afición a entrometerse en asuntos que, en opinión de Hope, no eran en absoluto de su incumbencia.

Por eso, ella pensaba que las probabilidades de que las celebraciones navideñas se limitasen exclusivamente a los placeres sencillos de esas fiestas, eran escasas o nulas.

Mientras el resto de su familia ya había partido el día anterior hacia Ravenstone en una cómoda caravana de carruajes enviada por el conde, el reverendo Shackleford debía, por supuesto, cumplir primero con sus obligaciones como guía espiritual de su parroquia, antes de entregarse a actividades más frívolas.

Como era habitual, Agnes, la madrastra de Hope, había decidido que quedarse para apoyar a su esposo exigiría demasiado a su delicada sensibilidad y, dada la rapidez con la que el reverendo había aceptado aquella excusa, Hope sospechaba que él tampoco deseaba pasar más tiempo a solas con su esposa del que ella deseaba pasarlo con él.

Así pues, se había decidido sin más que ella, como hija mayor que seguía viviendo en casa, se quedaría para asistir a su padre hasta después del servicio religioso del día de Navidad, momento en el que partirían hacia Ravenstone para unirse a los demás.

Aun así, aquello le había permitido a Hope disfrutar, tras una cena más que aceptable servida por la señora Tomlinson, de una Nochebuena tranquila leyendo un buen libro, mientras su padre se preparaba para el oficio de medianoche.

Con el salón tan acogedor y cálido, el fuego rugiendo en la chimenea y Freddy, el sabueso de su padre, roncando satisfecho a sus pies, Hope estaba convencida de haber sido agraciada con un indulto providencial frente a los juegos absurdos y las ridículas distracciones en las que, a esas alturas, sus hermanas estarían ya enfrascadas. Desde luego, ella asistiría al oficio de medianoche como la mayoría de los vecinos del pueblo, pero durante las siguientes horas pensaba aprovechar al máximo aquella rara soledad.

Gabriel Atwood, antiguo vizconde Northwood, no podía evitar preguntarse si lograría entrar en calor alguna vez… o, lo que era más importante aún, si lograría sobrevivir a esa noche.

Al ser Nochebuena, el único medio de transporte que había conseguido para viajar desde el puerto de Dartmouth al pueblo de Blackmore, había sido la carreta de un granjero. El campesino en cuestión había ido a visitar a su hermana y, después de que Gabriel estuviera a punto de salir despedido por enésima vez, debido a la errática conducción de su salvador, empezaba a temer que el hombre hubiera bebido más de la cuenta.

Gabriel apretó los dientes, se agarró con fuerza al banco de listones de madera mientras se recolocaba con dificultad…, y de pronto sintió un dolor agudo. ¡Por Dios!, no estaba seguro de que

sus posaderas se recuperaran jamás. Lanzó una mirada de reojo al tipo taciturno que tenía a su lado. Desde luego, aquel patán no era un borracho alegre.

Gabriel hizo una mueca, se encogió bajo su raído abrigo e intentó ignorar el vacío que le roía el estómago. Ni siquiera recordaba cuándo había comido por última vez. Bajó la vista hacia sus manos mugrientas y sus pantalones manchados y los miró con expresión sombría. No le preocupaba que nadie lo reconociera como miembro de la alta sociedad británica. Con su aspecto actual, parecía más un bandido camino del patíbulo, y Gabriel sospechaba que, de no ser por el estado de embriaguez de su acompañante, la codicia no habría vencido a la sensatez.

Lo cierto era que todos los que le conocían o habían oído hablar de él lo creían muerto. Los malnacidos que lo habían traicionado se habían encargado de ello.

Su única esperanza era recurrir a la ayuda de Nicholas Sinclair, el nuevo duque de Blackmore, antes de que sus enemigos descubrieran que las noticias sobre su fallecimiento habían sido, por decirlo de forma suave, muy exageradas.

Poco después de las once, Hope apartó el libro a un lado a regañadientes y se levantó para prepararse para el primer oficio del día de Navidad.

Dejó a Freddy en la cocina tras sacarlo un momento para que hiciera sus necesidades. El perro no tardó en levantar la pata contra el primer objeto que encontró antes de volver corriendo al calor de la cocina silenciosa y acurrucarse frente a las brasas, que aún chisporroteaban en la gran chimenea.

Después de asegurarse de que el glotón no pudiera hincarle el diente al plato de embutidos y queso que la señora Tomlinson había preparado con esmero para después del servicio, Hope se puso su capa más abrigada y salió. La noche estaba inusualmente fría para el sur de Devon y, tiritando, se preguntó si tal vez acabaría nevando. El suelo crujía bajo sus pies y avanzó con cuidado hacia la silueta sombreada de la iglesia, justo cuando empezaban a sonar las campanas.

A medida que se acercaba a la entrada, el riesgo de tropezar con algo desagradable en la oscuridad fue disminuyendo gracias a la cálida luz de las velas que se filtraba desde el interior. Al fin, Hope se unió a la fila de feligreses lo bastante devotos como para asistir, en menos de veinticuatro horas, a más de un sermón redactado por el coadjutor de su padre. Mientras Hope sonreía y estrechaba manos con cortesía, sospechaba que la mayoría de los presentes no habían acudido por devoción, sino por simple curiosidad: en el pueblo se daba por hecho que uno nunca sabía con qué podía salir el reverendo Shackleford, y nadie quería perdérselo.

A fin de cuentas, los que hubieran optado por quedarse en casa pronto lamentarían no haber asistido al oficio de Nochebuena de 1810, aunque —como era costumbre en Blackmore— los relatos posteriores estarían tan adornados que los hechos reales acabarían perdiéndose.

Pero, como siempre decía el reverendo: «Nunca dejes que la verdad arruine una buena historia».

Cuando Gabriel Atwood llegó por fin a su destino, era casi medianoche. Se detuvo al pie de la escalinata que conducía a la puerta principal de la residencia del duque y sintió cómo se le encogía el estómago. La casa de Blackmore estaba a oscuras por completo. Lo que solo podía significar una cosa: Nicholas Sinclair no se encontraba allí. Y Gabriel se preguntó por qué demonios no había pensado que su antiguo comandante pudiera estar pasando las fiestas en alguna de sus otras malditas propiedades.

Desesperado, Gabriel subió los escalones y golpeó con fuerza la puerta. Seguro que debía de haber algún criado encargado de vigilar una propiedad tan valiosa. Pasados diez minutos, dio una patada a la hoja de roble, furioso consigo mismo. «Imbécil…», masculló. Lo había apostado todo a una sola carta, y ahora no tenía la menor idea de qué hacer.

Estaba a punto de volver a llamar cuando, de pronto, escuchó el repique de unas campanas. Se quedó inmóvil, atento. Quizá los criados se hubieran ausentado para asistir al oficio de medianoche. Con una chispa de esperanza, bajó los escalones y, agotado, echó a

andar por la avenida en sombras, siguiendo el eco festivo. No creía que Nicholas pudiera estar allí: la casa cerrada dejaba claro que se hallaba ausente. Aun así, era probable que alguien en la iglesia supiera adónde había ido el duque.

Que Dios lo ayudase si no era así.

El reverendo Shackleford echó un vistazo al sermón que tenía ante sí. ¿Por qué, en nombre del Cielo, no lo había revisado antes? ¡Veinte páginas! No tenía excusa, o ninguna que convenciera al Altísimo, de que había estado cumpliendo su labor como correspondía. Alzó la vista hacia su rebaño, que aguardaba con paciente resignación a que comenzara su sermón. Estaban acostumbrados al fuego y azufre de Percy, sí, pero esperaban al menos un poco de espíritu navideño, no un manual en cincuenta pasos para evitar pasar la próxima Navidad en compañía de Satanás.

La verdad era que el reverendo llevaba un tiempo descuidando sus obligaciones, y estaba claro que aquel sermón era la forma en que Percy se lo hacía notar. Solo Dios sabía de qué trataría el del día siguiente. El reverendo movió la cabeza de un lado a otro. No podía negar que, desde que resolvió el misterio de Redstone House, los vecinos lo observaban con una mezcla de veneración y expectativa, como si él fuese más el bufón del pueblo que su guía espiritual.

Volvió a alzar la mirada. Tenía que decir algo, pero no podía retener a todos allí dos horas más. El reverendo dejó escapar un suspiro y abrió la boca..., justo cuando la puerta principal se abrió de par en par, haciendo que la luz de las velas se reflejara en extrañas sombras por las paredes.

Sorprendido, fijó la vista al fondo del templo, al tiempo que la congregación se giraba en masa para ver qué había captado su atención.

El recién llegado era un hombre alto y delgado, vestido de forma tan inadecuada para el frío que bien podría haber sido un espantapájaros. Sin mediar palabra, el desconocido avanzó por el pasillo central cojeando, visiblemente exhausto. Nadie dijo nada. Todos siguieron su avance con los ojos clavados en él, con la clara sensación de que algo importante estaba por suceder.

Al llegar al púlpito, el hombre se detuvo. Su voz, ronca y baja, transmitía una urgencia casi física.

—Dígame que sabe adónde ha ido Nicholas Sinclair.

El reverendo lo miró sin dar crédito. Entonces el hombre se giró hacia los presentes y, con voz atronadora, exclamó:

—¡Por el amor de Dios! ¿Alguien sabe dónde se encuentra el duque de Blackmore?

Y acto seguido, se desplomó en el suelo.

Hicieron falta cuatro hombres para llevar al forastero hasta la vicaría. Lo acostaron tal cual, con ropa y todo. El boticario declaró que no sufría más que agotamiento, y que una noche de sueño en condiciones lo pondría en pie de nuevo. Al día siguiente, sin duda, se sabría por qué había acudido en busca del duque.

Naturalmente, el reverendo se debatía entre su deber cristiano —era Navidad, después de todo, con eso del establo y la posada repleta…— y la posibilidad de que él, Hope o Percy acabaran apuñalados en plena noche.

Una vez dejaron al desconocido durmiendo, los tres se sentaron en la cocina a reflexionar sobre el asunto, mientras daban buena cuenta del refrigerio que había preparado la señora Tomlinson. Hay que decir que, tras un par de copas de *brandy*, el reverendo empezaba a ver lo ocurrido como un golpe de suerte: con todo el alboroto, se había librado del sermón.

—Aunque no sabemos por qué ha venido —dijo Hope, llevándose la copa de jerez a los labios—, lo cierto es que estaba desesperado por contactar con Nicholas. —Se calló al instante. Estaba a punto de decir algo que no solía permitirse, pero aquel hombre tenía algo… algo que conmovía y que resultaba difícil de ignorar. Hope respiró hondo antes de proseguir—. A pesar de su aspecto, tiene el porte de un caballero. Y sin duda ha recorrido un largo camino para hablar con Su Excelencia. —Ella enderezó la espalda y concluyó con firmeza —: Creo que deberíamos llevarlo con nosotros mañana.

Para su sorpresa, nadie la contradijo. La impresión que aquel extraño había causado los había afectado a todos por igual.

—No creo que a Nicholas le haga muy feliz si aparecemos con un desconocido en Navidad —murmuró el reverendo.

—No sabemos si para él es un desconocido —replicó Hope—. Recuerde, padre, que Nicholas sirvió muchos años en la Marina Real antes de heredar el título. Tal vez se conocieran en aquella época.

—Puede que tenga razón, señorita —intervino Percy con cautela —, pero debemos contemplar la posibilidad de que, sin saberlo, estemos llevando un enemigo a casa de Su Excelencia.

—No soy ningún enemigo de Nicholas Sinclair.

La voz profunda llegó desde la puerta de la cocina, que se había abierto sin que ninguno de los presentes lo advirtiera. Hope se levantó de un salto, con un leve jadeo, y dirigió una mirada de reproche al sabueso dormido a sus pies, cuya única reacción ante la entrada inesperada de un completo extraño fue agitar levemente la cola.

—Debería estar en la cama, señor —dijo Hope, procurando ocultar el temblor de su voz.

—No hay tiempo —susurró el desconocido mientras avanzaba cojeando con dificultad hacia el interior—. Debo hablar con el duque de Blackmore. ¿Saben ustedes dónde está?

Sin responder, el reverendo se puso en pie y acercó otra silla.

—Siéntese, hombre, antes de que se desplome —ordenó—. Y coma algo, por el amor de Dios. Parece que va a salir volando con el primer soplo de aire.

El forastero vaciló un instante y se tambaleó. Por fin, se inclinó un poco en un intento de hacer una reverencia.

—Gabriel Atwood, para servirles —dijo con la voz rota, antes de dejarse caer, rendido por completo, sobre la silla que le habían ofrecido.

Hope empujó hacia él lo que quedaba del refrigerio. Tras una breve vacilación, Gabriel empezó a comer. El reverendo, que lo observaba con atención, se volvió hacia el coadjutor:

—Percy, trae más *brandy*.

El invitado devoraba los alimentos como si temiera no volver a ver comida en mucho tiempo. No cabía duda de que llevaba días sin probar bocado.

Hope se levantó para coger un panecillo recién hecho y lo colocó delante del hombre, junto con un tarro de miel.

—¿Por qué desea hablar con el duque de Blackmore? —preguntó ella mientras contenía una mueca al verle devorar el pan como un animal famélico.

Antes de que Gabriel pudiera responder, Percy regresó con un decantador de *brandy* y otro vaso. El reverendo sirvió tres medidas generosas mientras aguardaban a que su inesperado invitado terminara de comer.

Al fin, Gabriel Atwood se recostó en la silla con un suspiro, tomó el vaso y se quedó mirando el licor ambarino como si este contuviera los secretos del universo.

Hope, perdiendo la paciencia, repitió su pregunta.

Gabriel alzó la vista hacia ella y luego apuró el *brandy* de un solo trago.

—No puedo decírselo —gruñó él, sin molestarse en disimular su frustración ante la negativa de los presentes a revelarle el paradero del duque.

—Tendrá que esforzarse más —replicó el reverendo con sequedad.

—Y si yo les cuento más, puede que ponga sus vidas en peligro —le espetó Gabriel con aspereza, alzando las manos en un gesto exasperado.

Hope entornó los ojos, negándose a dejarse intimidar por aquella salida teatral.

—Si, como usted dice, revelar la información pondría en riesgo nuestras vidas —le dijo—, es lógico pensar que también podría poner en peligro la del duque de Blackmore, en caso de que decidiéramos llevarle hasta él.

—No tienen por qué acompañarme —respondió Gabriel—. No necesito una niñera. Solo indíquenme la dirección correcta y asunto resuelto.

Durante unos segundos, lo único que se oyó en la cocina fue el suave ronquido de Freddy. Luego, el reverendo negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Me temo que eso no será posible, señor Atwood, o como quiera que se llame usted. El duque de Blackmore es mi yerno, y en estos momentos está pasando las fiestas con mi familia.

Capítulo 2

Gabriel no sintió el alivio que cabía esperar al tumbarse en una cama cómoda, pese a que le dolía hasta el último músculo del cuerpo. Por mucho que lo intentara, su mente se negaba a descansar. La impotencia que sentía por la obstinación de su anfitrión se mezclaba con la sorpresa de saber que su viejo amigo y mentor se había casado. Y, para mayor asombro, con una plebeya.

El Nicholas Sinclair que Gabriel había conocido en la Marina Real era un hombre severo, serio, poco dado a la risa —algo comprensible, después de las tragedias que había soportado—. Sin embargo, pese a su carácter reservado, todos sabían que era justo, honesto y, sobre todo, compasivo. Su tripulación lo habría seguido hasta los confines del mundo.

Pero ¿casado? Gabriel no podía imaginar a su antiguo capitán atado por el matrimonio. Desde que él mismo dejó la Marina, procuró pasar en Inglaterra el menor tiempo posible y evitó por completo verse envuelto en el interminable carrusel de la Temporada londinense. Por tanto, no oyó el mínimo rumor al respecto. Gabriel negó con la cabeza en la oscuridad. Tal vez el carácter de Nicholas había cambiado desde la última vez que se vieron. Dios sabía que el duque merecía un poco de felicidad. Gabriel solo deseaba que la hija del reverendo tuviese las cualidades necesarias para dársela.

Sin embargo, temía que cualquier paz que Nicholas hubiera encontrado a duras penas estuviese ahora a punto de venirse abajo. Y, aunque Gabriel lamentaba profundamente llevar sus problemas a un hombre al que consideraba un amigo, no tenía a nadie más en quien confiar.

Rezongó, se dio la vuelta sobre el colchón y mulló la almohada. Sabía que Nicholas no le negaría ayuda a quien había sido su primer teniente, pero las cosas ya no eran las mismas. El duque de Blackmore tenía ahora otras responsabilidades. Otras lealtades. Con un suspiro, Gabriel se dejó caer de espaldas. A ese paso, no iba a pegar ojo.

Sus pensamientos volvieron a la conversación en la cocina, horas antes. Esa pelirroja tan llamativa… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Hope. Justo antes de que él entrase, la había escuchado declarar con firmeza que debían ayudarlo. Sin embargo, cuando él le habló directamente, la joven adoptó una actitud cauta, incluso desconfiada. Y, sin saber por qué, Gabriel sintió una ligera decepción al darse cuenta de que la defensa de ella flaqueó en cuanto lo vio.

Con una sonrisa irónica, Gabriel consideró lo absurdo de sus ideas. Ahí estaba, huyendo para salvar la vida, mientras se lamentaba de que una mujer —por muy tentadora que esta fuera— no hubiera caído rendida ante su agraciado rostro.

Levantó el brazo para frotarse los ojos, pero se encogió al percatarse del fuerte olor de sus axilas. Por Dios, si Hope había llegado a notarlo, no le extrañaba que ella hubiese puesto mala cara. Y «fuerte olor» se quedaba corto para describir el hedor que desprendía. Gabriel solo esperaba que la caridad del reverendo alcanzase para proporcionarle un cubo de agua y ropa limpia.

Hope pasó el resto de la noche dando vueltas en la cama, repasando una y otra vez las palabras del enigmático señor Gabriel Atwood. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar la intensidad de su mirada y su propia convicción de que él era más de lo que aparentaba.

De pronto, Hope se sorprendió preguntándose qué impresión le habría causado a él, algo ridículo, teniendo en cuenta que, a juzgar por los actos desesperados del señor Atwood, este podía encontrarse en grave peligro. En semejante situación, difícilmente se habría fijado en ella.

Y, si era sincera consigo misma, sabía que tampoco habría captado la atención de aquel forastero en circunstancias normales.

Hope era lo bastante honesta como para admitir que no era una gran belleza y que quizá no poseía la chispa de sus hermanas mayores. Incluso Faith, su melliza, tenía más ingenio que ella.

En realidad, el único talento que podía atribuirse era una voz inusualmente potente, y ni siquiera melodiosa. No es que sentirse dueña de unos pulmones capaces de ensordecer a cualquiera fuera motivo de orgullo, aunque sus hermanas lo habían considerado una gran ventaja cuando eran niñas. De hecho, en sus juegos infantiles, Hope solía quedarse sola vigilando. Quizá, esa costumbre de esperar y observar le enseñó a disfrutar más de su propia compañía que de la de sus alborotadas hermanas.

Hope suspiró ante lo disparatado de sus pensamientos y renunció a intentar dormir. Se levantó, aunque todavía faltaba mucho para el amanecer, y se vistió deprisa en la helada habitación, temiendo que estas Navidades no serían tan tranquilas y pacíficas como había imaginado.

Bajó a la cocina y encontró a la señora Tomlinson ya en pie, preparando un hatillo con provisiones para el viaje a Ravenstone. Hope cogió un bollo recién hecho y se sentó junto al fuego, donde le dio pequeños mordiscos al panecillo mientras recordaba la noche anterior.

El inesperado huésped se había negado a darles más explicaciones y, con igual firmeza, el reverendo Shackleford rehusó decirle dónde se alojaba el duque de Blackmore. Tras ese punto muerto, Gabriel Atwood aceptó retirarse a dormir solo cuando el reverendo le prometió que, con las primeras luces, lo llevarían personalmente ante Nicholas. Por eso, aunque aún quedaba casi una hora para el amanecer, Hope no se sorprendió al verlo aparecer en la cocina solo unos minutos después que ella.

Por suerte, no tuvo que presentárselo a la señora Tomlinson, ya que esta había asistido al oficio de medianoche. Así, la cocinera se limitó a observarlo con curiosidad mientras le servía un cuenco de gachas.

Hope no vio a su padre ni a Percy, por lo que supuso que ambos estarían ya preparándose para el primer oficio de Navidad. Dadas las circunstancias, probablemente sería el único del día, pues resultaba

crucial salir cuanto antes para llegar a Ravenstone en una sola jornada.

Miró a Gabriel con disimulo mientras este comía en silencio, tan cerca del fuego como ella. Él masticaba sin hacer ruido, con la boca cerrada y con elegancia, lo que reforzaba la convicción de Hope de que no era el vagabundo que aparentaba. Cuando terminó, el señor Atwood le dio las gracias a la señora Tomlinson y se levantó.

Cuando pasaron unos segundos sin que Gabriel se moviera del sitio, Hope lo miró con gesto interrogativo.

—¿Habría posibilidad de lavarme? —preguntó él con brusquedad —. Con un cubo de agua en el establo me bastaría.

Ella se incorporó, chasqueando la lengua, molesta consigo misma.

—Haré que le lleven agua caliente a su habitación —dijo, dirigiéndose a la señora Tomlinson.

Gabriel inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se giró para marcharse.

—Y ropa limpia —añadió Hope con ironía a las espaldas de él.

El primer y único sermón del día de Navidad que dio el reverendo Shackleford fue el más breve que nadie recordaba. Ni siquiera incluyó las lúgubres advertencias que Percy acostumbraba a intercalar.

En condiciones normales, solo unos pocos vecinos solían acudir a esa misa temprana, pero en esta ocasión, la iglesia estaba abarrotada de feligreses deseosos de ver al forastero que había llegado la noche anterior en circunstancias tan dramáticas.

Por eso, el reverendo despachó la eucaristía a toda prisa, convencido de que Dios aprobaría su rápida partida. Y no cabía duda de que así era, a juzgar por el hecho de que casi todo el pueblo había madrugado tanto para acabar cuanto antes.

A las siete y media, el grupo viajaba ya instalado en el lujoso carruaje del conde de Ravenstone, rumbo a Cranborne Chase, donde se encontraba la finca de Adam Colbourne, en la frontera de Wiltshire.

Aunque el carruaje era algo estrecho para cuatro adultos y un perro grande, el calor de los cuerpos bastaba para contrarrestar el gélido amanecer. Hope, además, llevaba a los pies un ladrillo envuelto en tela que seguía desprendiendo calor cuando llegaron a Somerset.

El reverendo no tuvo reparos en expresar su alivio al comprobar que el señor Atwood ya no olía peor que Freddy. Gabriel apretó los dientes, pero no reaccionó a la provocación.

Fuera de quien fuesen las prendas que le habían prestado, al sabueso parecieron encantarle, puesto que el perro no tardó en saltar al asiento y acurrucarse contra Gabriel. Este soltó un gruñido sorprendido, pero agradeció el calor extra y, por primera vez en lo que le parecía una eternidad, logró cerrar los ojos y dormir.

Hope, sentada enfrente, observó al extraño, en cuyo regazo descansaba Freddy, con una mezcla de sorpresa y diversión.

Por un instante absurdo, deseó estar en el lugar del perro.

Con un respingo casi audible ante lo descabellado de su pensamiento —el segundo de ese tipo en tan poco tiempo—, Hope sintió que le ardían las mejillas.

¿Qué demonios le pasaba? Era cierto que últimamente no abundaban los hombres atractivos que pasaran por la vicaría…, aunque, pensándolo bien, nunca habían abundado, fueran atractivos o no.

Con lo alborotadas que habían sido de pequeñas —incluida ella misma—, resultaba un milagro que tres de sus hermanas se hubieran casado. Y, además, que lo hubieran hecho tan bien.

Desde luego, no había sido gracias a las maniobras de su padre. Según contaban Tempy y Faith, ambas llegaron incluso a engañar a sus futuros maridos para arrastrarlos al altar.

Hope frunció los labios.

Un ejemplo escandaloso que ella no pensaba imitar.

Faith sería su melliza, pero en realidad eran como la noche y el día. Hope no podía imaginarse recurriendo a tretas semejantes con un pretendiente.

Y eso, si alguna vez llegaba a tener uno.

Con un suspiro, volvió a mirar a Gabriel. A pesar de su palidez y de ir vestido con ropa vieja de su padre, seguía siendo atractivo. Dormido, parecía más joven, aunque en sus rizos negros ya asomaban algunas canas.

Llevaba el pelo largo, más de lo que dictaba la moda, y su precario afeitado dejaba claro que no había contado con la ayuda de un espejo.

Hope intentó recordar el color de sus ojos y se sintió contrariada al comprobar que los tenía cerrados. Hasta que, de pronto, él los abrió.

Eran grises, casi plateados, advirtió ella al ver cómo la miraban, somnolientos. Por alguna razón absurda, Hope le sostuvo la mirada y percibió el instante exacto en que él se espabiló por completo.

La expresión de él se volvió impenetrable, casi cautelosa, y ella volvió a sonrojarse por segunda vez en apenas unos minutos.

Hope bajó la vista con rapidez y fingió concentrarse en el libro que tenía en sus manos. Gabriel Atwood era, sin duda, un hombre acostumbrado a no revelar nada de sí mismo, y se preguntó cómo habría acabado en esa situación.

—Por Dios, ha empezado a nevar —murmuró el reverendo, devolviendo a Hope al presente.

Ella miró por la ventanilla y vio caer los copos con inquietud.

—Llevamos viajando casi seis horas —calculó—. Ravenstone no debe de estar muy lejos.

—Eso espero —replicó su padre—. En una hora o dos oscurecerá, y ya hemos dejado atrás la única posada de este camino.

—Así que Nicholas se aloja con Adam Colbourne —dedujo Gabriel —. No sabía que fueran íntimos.

El reverendo Shackleford lo observó con recelo, al darse cuenta de que acababa de darle una pista sobre su destino.

—¿Y cómo se supone que un hombre vestido como un mendigo, pueda saber algo de las relaciones de la alta sociedad? —le preguntó el reverendo con frialdad.

Gabriel lo miró y arqueó las cejas.

—Buena pregunta —murmuró con una leve sonrisa.

Hope estuvo a punto de intervenir cuando Percy, que hasta ese momento no había abierto la boca, se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—Oigo caballos —declaró.

—Claro que los oyes —replicó el reverendo—. Tenemos cuatro tirando de este dichoso carruaje.

El coadjutor negó con la cabeza.

—No me entiende…, creo que vienen caballos detrás de nosotros.

Un año antes

Gabriel Atwood, quinto vizconde Northwood, se contemplaba en el espejo. ¿Qué demonios importaba que el pañuelo de cuello estuviese anudado en cascada o con un maldito lazo? La sola idea le parecía ridícula.

De pronto, asintió hacia el reflejo de su ayuda de cámara, que aguardaba tras él con una inquietud apenas disimulada.

—Eso será todo, Heavers —dijo Gabriel con brusquedad, incapaz de soportar más aquel continuo trajín.

Al apartarse del espejo, suavizó el tono con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa, mientras tomaba su capa.

No entendía por qué su tío lo había hecho venir desde Northwood para citarlo en un baile de Navidad. Sería poco menos que imposible hablar en privado con el gentío que, sin duda, abarrotaría su mansión en Albany. Con un suspiro, Gabriel salió por la puerta principal de su casa de Belgravia, que apenas visitaba, y subió al carruaje que lo aguardaba.

Llevaba solo una noche en Londres y ya se sentía harto de todo aquel absurdo. Para Gabriel, la mayor parte de la alta sociedad vivía en una burbuja sin ninguna semejanza con la realidad. Sus preocupaciones se reducían a chismes, escándalos, futuros matrimonios y a otras muchas distracciones frívolas propias de la Temporada londinense; en circunstancias normales, él no quería saber nada de eso.

Frunció el ceño y miró por la ventanilla hacia la oscuridad. Detestaba Londres y pasaba allí el menor tiempo posible. Cuando no viajaba por encargo de su tío, prefería quedarse en su finca de Hampshire, al contrario que su difunto padre, que siempre había escogido el bullicio de Belgravia, en lugar de su tranquila residencia campestre. Northwood Court jamás fue un hogar para David Atwood desde que su esposa murió allí al dar a luz a su único hijo y heredero. Hasta donde recordaba Gabriel, su padre pasaba la mayor parte del tiempo en la capital, entregado a toda clase de excesos, que abarcaban desde partidas de cartas a las carreras de caballos.

El carácter de Gabriel se parecía mucho más al de su tío Benjamin, el hermano menor de su padre. Benjamin Atwood había hecho una carrera casi prodigiosa en la Marina Real, alcanzando el rango de almirante a una edad aún temprana. Y Gabriel, siendo joven e impresionable, había soñado con seguir sus pasos.

En cuanto alcanzó la mayoría de edad, Gabriel le pidió a su padre con entusiasmo que aprobase sus aspiraciones, y no le sorprendió que el vizconde le respondiera con fría indiferencia. Le compró su comisión y no demostró después el mínimo interés por su carrera; Gabriel solo lo vio una vez más antes de que la imprudencia del vizconde lo arrojara del caballo durante una carrera en Hampstead Heath. Tenía cincuenta y tres años.

La sucesión del título llegó a manos de Gabriel de forma tan indeseada como inesperada. Este acababa de ser ascendido a primer teniente cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, y su incipiente carrera naval se truncó de golpe.

Tras renunciar a su comisión y regresar a casa, todos esperaban que el nuevo vizconde siguiera las aficiones de su padre, pero Gabriel no tenía el menor interés en ello. Al principio, la finca le ocupó casi todo el tiempo; aun así, no había perdido el deseo ardiente de servir al rey y a la patria. Por eso, cuando su tío le propuso realizar ciertas misiones secretas, Gabriel aceptó sin dudar. Podía entrar y salir de la finca sin que casi nadie lo advirtiera. La mayoría de los encargos lo llevaban a España y, aunque detestaba el calor sofocante y el polvo que parecía incrustarse en su piel, allí se

sentía más vivo que en ningún momento desde que dejó la Marina para asumir el título de vizconde.

Gabriel dejó de evocar aquellos recuerdos cuando notó que el carruaje aminoraba la marcha. Solo cinco minutos después, se vio rodeado por una multitud engalanada como pavos reales que pugnaba por entrar en el salón de baile del duque y la duquesa de Albany.

Una vez dentro, Gabriel se sirvió una copa de champán tibio y buscó a su tío hasta localizarlo al otro extremo del salón. Ignoró las miradas de soslayo de las debutantes en busca de marido y, a empujones, se abrió paso hasta el almirante Atwood.

Benjamin Atwood siempre mostró más instinto político que su hermano mayor. No faltaba quien, en voz baja, lamentara que él no hubiese heredado el título. Nadie se sorprendió de que llegara a ser almirante antes de cumplir los cincuenta. Su ambición era tal que muchos se extrañaban de que hubiera tenido tiempo o voluntad para engendrar un hijo. Su esposa, como era de esperar, era la heredera de una familia con tradición naval que se remontaba a los Tudor. Cuando nació su único hijo, al que llamó Henry, en honor a su padre, Caroline Atwood se retiró a un segundo plano y, desde entonces, prefirió pasar la mayor parte del tiempo en su casa solariega cerca de Portsmouth.

—Buenas noches, señor —saludó Gabriel, con una leve inclinación y el respeto debido a un oficial de rango superior, aunque en aquel entorno civil, Gabriel ostentaba un título más alto como vizconde.

Pocos sabían que el sobrino de Benjamin Atwood seguía al servicio de Su Majestad.

Gabriel se dio cuenta de que el almirante se notaba incómodo, incluso reacio a mirarlo. Gabriel frunció el ceño. Eso no era propio de su tío; por lo común, ambos tenían mucho de qué hablar y disfrutaban de los breves momentos que pasaban juntos. Quizá ese escenario tan público lo inquietaba.

Su tío habló por fin, sin dejar de mirar al frente.

—No me cabe duda de que te preguntarás por qué demonios te he traído aquí esta noche —comentó con calma.

—Desde luego, señor —respondió Gabriel—. Se me ha ocurrido que resulta difícil mantener una conversación seria en medio de semejante aglomeración.

Ben negó con la cabeza.

—Ahí te equivocas —replicó, ya algo más relajado—. Así es menos probable que nos escuchen o que siquiera nos presten atención. —Hizo un gesto discreto con la mano para que Gabriel advirtiera que el interés hacia el vizconde se había desvanecido en cuanto las madres casamenteras comprendieron que este no pensaba dejarse atrapar—. Quiero que vuelvas a España —declaró de pronto el almirante.

Su voz, baja e intensa, contrastó con la manera en que mantenía la vista en los invitados que los rodeaban. Gabriel lo miró, sorprendido. ¿Volver a España? Apenas hacía un mes que había regresado.

—Zarparás hacia Cádiz dentro de una semana en el *Seahorse* —dijo el almirante; entonces lo miró por fin—. Debes estar en la ciudad antes de que acabe el año. Tus órdenes te aguardan en tu camarote.

Gabriel advirtió una gota de sudor en la frente de su tío.

—¿El capitán del *Seahorse* conoce mi misión? —le preguntó con los ojos entrecerrados.

El almirante apartó la mirada, esbozó una sonrisa e inclinó levemente la cabeza hacia una viuda atractiva que pasó junto a ellos con aire coqueto. Esperó a que la mujer se alejase para responder.

—El capitán es Henry. —El tono imperturbable del almirante no reveló la magnitud de la bomba que acababa de soltar.

La última vez que Gabriel vio a Henry Atwood, su primo le estaba apuntando con una pistola.

Capítulo 3

La nieve seguía cayendo; ya cubría el suelo con un manto espeso y apenas dejaba ver a unos pocos metros del carruaje.

Sus cuatro ocupantes permanecieron inmóviles, atentos a escuchar el inconfundible golpeteo de cascos.

—No oigo ni jota —declaró el vicario tras unos segundos—. Me parece que has leído demasiados folletines de Agnes, Percy.

Gabriel se giró en el asiento, apartó la cortina blanca de la ventanilla y miró a través del cristal. Por ahora no había señales de persecución, ni a caballo ni de otro tipo.

—¿Es una vía muy transitada? —preguntó.

El vicario frunció el ceño.

—No es la ruta principal hacia Salisbury, pero la usa bastante gente. Campesinos, sobre todo.

Gabriel mantuvo la vista en el sendero.

—Deberíais saber que Percy tiene el oído más fino que cualquiera de nosotros —murmuró Hope.

Gabriel le lanzó una mirada por encima del hombro; por el tono de ella, era evidente que temía lo peor. Entonces tomó una decisión. Gabriel se incorporó de su asiento junto al coadjutor y apoyó la mano en el techo del carruaje.

—Voy a subir al pescante con el cochero —anunció—. Si se aproximan viajeros, quiero estar listo. —Se metió la mano bajo la cinturilla de los pantalones y sacó una pistola. Hope soltó un jadeo y se echó hacia atrás.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el vicario—. ¿Se puede saber qué hace con ese armatoste? Es un milagro que no se haya volado los

atributos. Guarde de nuevo ese trasto. Si alguien viene por esta maldita carretera, tiene tanto derecho a hacerlo como nosotros.

—Mientras no vengan con malas intenciones, no les pasará nada —replicó Gabriel con frialdad—. Créame: no deseo derramar sangre en el día de la Natividad del Señor.

Dicho esto, volvió a encajarse el arma en la cintura, abrió la portezuela y luego se agarró a la barandilla del techo para impulsarse hacia arriba. Por la puerta abierta entraron copos de nieve, y el invierno irrumpió de golpe en cálido interior del coche. El único que pareció disfrutar del aire helado fue Freddy, que alzó el hocico y ladró, excitado.

El vicario soltó una maldición y se puso en pie, decidido a cerrar la puerta, pero Percy se le adelantó. En un arranque de audacia poco habitual en él, el coadjutor se sujetó al marco con una mano y se inclinó hacia delante para alcanzar la manecilla. La proeza no le salió como esperaba: Gabriel, ya firme junto al desconcertado cochero, se agachó al mismo tiempo para dar un portazo, y Percy se desplomó como un saco de patatas.

Hope soltó un gritito cuando el hombre menudo aterrizó en su regazo, y remató su asombro con una maldición nada propia de una dama mientras se lo quitaba de encima.

—Hombres del demonio… —murmuró, y miró al coadjutor, que había quedado aplastado y aturdido entre ella y su padre.

—¡Percy! —gritó el vicario, presa del pánico—. ¿Puedes oírme?

—Le oye medio Somerset, padre —apuntó Hope con mordacidad —. Creo que será mejor que le dejemos un poco de espacio.

—Magnífica idea —respondió el señor Shackleford sin moverse.

Al cabo de unos segundos, Hope soltó un suspiro y se levantó con la intención de pasar al asiento de enfrente. Cuando ya iba a acomodarse junto a un encantado Freddy, alcanzó a ver por la pequeña luneta trasera unas sombras en movimiento. A Hope se le aceleró el pulso. No creyó ni por un instante que fuesen viajeros inofensivos. A medida que las figuras se perfilaban en la cortina de nieve, distinguió a cuatro jinetes; todos iban pegados a su montura, con el claro objetivo de darles alcance.

Para colmo, Percy eligió ese preciso momento para vaciar el contenido de su estómago.

Un año antes

Pese a los recelos que le inspiraban las anteriores intenciones homicidas de su primo, Gabriel se presentó en el puerto de Portsmouth en el día y hora señalados. Hacía frío, el cielo estaba gris y el viento soplaba con fuerza, y a él no le tranquilizaba nada pensar en el mareo que lo aguardaba mar adentro. No había encontrado ni rastro de Henry cuando lo apremiaron a subir a la chalupa que lo esperaba; mientras se instalaba en la embarcación, recordó lo escuetas que habían sido las instrucciones de su tío.

En circunstancias normales, Gabriel solía recibir un informe detallado antes de arriesgar la vida; esta vez, el almirante se había mostrado ambiguo a propósito, y Gabriel ignoraba si lo había hecho por tratarse de su hijo o por la delicadeza de la misión. Le habían dicho que encontraría sus órdenes a bordo. ¿Sabría Henry cuáles eran? Gabriel negó con la cabeza, molesto por tantas incógnitas, y fijó la vista en la fragata de treinta y ocho cañones que se mecía anclada fuera del puerto. Según tenía entendido, la *HMS Seahorse* era el primer mando de su primo.

Justo desde haber heredado su título, Gabriel se había enfrentado con él en un duelo que se había mantenido en secreto, sobre todo, la parte en que Henry se había girado para disparar antes de dar los pasos reglamentarios. La única suerte fue que todo ocurrió lejos de los chismosos de la capital. Desde luego, Gabriel no había provocado aquel fiasco: hizo todo lo posible por disuadir a Henry, al igual que el padrino de este. Además de que batirse en duelo era ilegal, el motivo por el que Henry montó el desaguisado era una moza del lugar sin reputación alguna que salvar. De hecho, ella se lavó las manos en todo el asunto. Gabriel ni siquiera sabía que Henry se había encaprichado de la muchacha ligera de cascos con la que él mismo se veía. Si el idiota de su primo se lo hubiera dicho, no habría tenido lugar aquel maldito embrollo.

Por fortuna, Henry Atwood era un pésimo tirador. Tal vez por eso ingresó en la Marina Real, y no en el ejército. Pese a haber hecho trampa, falló su disparo. Luego alegó que había errado a propósito, pero su padre se lo llevó lejos a toda prisa y el sórdido episodio fue acallado sin que Gabriel tuviera ocasión de hablar con el mentecato. Desde entonces, Gabriel se aplicó en evitarlo por completo por si a Henry se le ocurría intentarlo de nuevo.

Y ahora, allí estaba, a merced del hombre al que había visto por última vez con una pistola apuntada hacia él.

Estaba claro que el almirante prefería creer la versión de su hijo. De hecho, no hablaron del incidente hasta el baile en Albany. Gabriel sabía que su tío había obligado a Henry a ingresar en la Marina para mantenerlo embarcado hasta que la posibilidad de que surgiese un escándalo fuese nula. Aunque Gabriel no oyó que Henry se hubiera vuelto a meter en ningún lío, tampoco llegó a sus oídos que hubiese ascendido al rango de capitán; quizá no se trataba de algo extraño, dado que Gabriel rara vez salía de su finca si no era para acometer otra misión.

Sus cavilaciones se interrumpieron cuando llegaron al costado de babor del *Seahorse,* y Gabriel tuvo que concentrarse en subir por la escala sin estamparse contra el casco ni caer, de forma vergonzosa, al oleaje. Cuando por fin puso los pies en la bamboleante cubierta, pensó que ya no recuperaba el equilibrio marinero con la misma rapidez de antes: habían pasado cuatro años desde que renunció a su comisión.

Recogió su petate y se tambaleó un poco al girarse. Su huidizo primo lo miraba divertido. Gabriel apretó los dientes, se tragó su irritación y luego inclinó la cabeza con gesto afable.

—Me alegra verte, Henry —mintió, consciente de los mirones que los observaban.

El capitán Atwood avanzó hacia él y le dedicó una leve reverencia.

—Lord Northwood —lo saludó con formalidad—. Bienvenido a bordo. Mi mayordomo lo acompañará a su camarote; confío en que encuentre todo en orden.

Gabriel alzó las cejas y lo miró unos segundos, perplejo, antes de inclinar de nuevo la cabeza. Si su primo prefería mantener el trato en términos estrictamente formales durante la travesía, a Gabriel le vendría muy bien. Sería más fácil evitar indiscreciones y resucitar viejos reproches. Y, dado que Gabriel pensaba que el despropósito de su duelo no había sido culpa solo de Henry, no le importaba guardar las distancias. Además, una puñalada por la espalda —si Henry aún le guardaba rencor— resultaba menos probable si no hurgaban en el pasado.

Diez minutos después, Gabriel se encontró a solas en su camarote, frente a un sobre con su nombre escrito en él con letras floridas. Era su cuarta misión encubierta por encargo de su tío, pero nunca había sentido un presentimiento semejante sobre lo que contenía aquel sobre y, por primera vez, se preguntó si no habría tentado a la suerte en exceso.

Quizá había llegado el momento de dejar de intentar salvar el mundo, sentar la cabeza junto a una dócil esposa y engendrar un heredero para Northwood.

Gabriel negó con la cabeza, soltó un suspiro, tomó el abrecartas y rasgó el sobre. No era momento de echarse atrás.

Hope gimió al ver el estropicio en el suelo del carruaje. No era la primera vez, en los últimos años, que Percy se llevaba un mal golpe en la cabeza; con uno más, el pobre hombre corría el riesgo de quedar tocado para el resto de su vida. Pero no era momento de pensar en el estado del coadjutor. Había problemas más urgentes. Los jinetes se acercaban, sin duda. Hope no podía creer que Gabriel no se hubiese dado cuenta. De hecho, su carruaje parecía ir más rápido ahora, y Hope supuso que el aumento de velocidad era deliberado.

Su padre murmuraba entre dientes mientras intentaba limpiar, como buenamente podía, tanto su propia ropa como la de Percy, poniendo un cuidado inesperado en procurar que el coadjutor estuviese lo más cómodo posible. El hedor de su vómito era tan intenso que hasta Freddy escondió el hocico entre las patas.

Hope echó un vistazo por la ventanilla y dejó escapar un gemido involuntario al comprobar que los jinetes estaban casi encima de ellos. Desesperada, recorrió el interior con la mirada en busca de cualquier objeto que pudiera servirle de arma si intentaban entrar en el coche.

—Bueno…, mientras no acabemos celebrando en persona con el Señor Su Nacimiento, por culpa de esos malditos granujas que nos pisan los talones, diría que el cabeza de chorlito se recuperará —comentó el reverendo al levantar la vista.

—¿Cómo puede usted estar tan tranquilo, padre? —preguntó Hope, con un hilo de voz—. No tenemos nada con lo que defendernos.

—No creo que vengan por nosotros —dijo el vicario, mirando hacia fuera—, pero tampoco pienso que el Altísimo quiera que dejemos a nuestro huésped a su suerte sin plantarles cara. ¿Qué llevas en tu ridículo?

—Pues no llevo un arma, si es eso lo que esperaba —replicó Hope con brusquedad. Acto seguido se agachó, recogió su ridículo del suelo y vació el contenido: un peine, un pañuelo y un tarrito de colorete, regalo de su hermana Temperance—. Como no los matemos con colorete… —ironizó. De pronto se quedó inmóvil, miró el tarrito, y después a Percy, encogido en un rincón. Hope se levantó dando traspiés y fue hasta él—. Sujételo bien erguido, padre —le pidió al reverendo, que la miró sin entender.

Hope se arrodilló, destapó el tarro y empezó a marcar, con rapidez, diminutos puntos rojos por todo el rostro y el cuello de Percy.

—¡¿Qué rayos estás haciendo?! —exclamó su padre—. ¡Parece que tenga viruela!

—Exacto —dijo Hope, y el reverendo comprendió al fin su intención—. Rápido, acuéstelo sobre mis piernas.

Gabriel debía de haber asumido que no tenían forma de escapar. Aunque el miedo le encogía el pecho, Hope agradeció que él no hubiese echado aún mano a su pistola. Quizá pudieran librarse con las explicaciones adecuadas. Se asomó por la ventanilla mientras su padre acomodaba a su lado, no sin esfuerzo, al casi inconsciente

Percy. El carruaje ya estaba cercado por ambos flancos cuando se detuvo.

—¡¿Qué demonios creen que están haciendo?! —gritó Gabriel desde el pescante, con una voz casi irreconocible.

Hope sujetó con fuerza la correa de Freddy, que gruñía cada vez más.

—Tenemos que ayudarle —le dijo a su padre en un susurro, procurando que Percy no resbalara del asiento.

El reverendo la observó en silencio unos segundos y, al verla asentir, abrió de golpe la portezuela.

—¡¿Qué significa esto?! —tronó con su tono más autoritario.

Los caballos que los rodeaban resoplaban en el aire helado, soltando nubes de vaho por el hocico. Los cuatro jinetes llevaban el rostro cubierto por gruesas bufandas.

—Bájese del carruaje, viejo.

El señor Shackleford no supo distinguir quién había hablado, pero, tras tensarse unos segundos por el tono insolente, echó una última mirada hacia el interior del coche y luego salió.

—Padre, ¿quiénes son estas personas? —preguntó Hope desde dentro, con una voz que él apenas reconoció, cargada con una desesperación la cual estaba seguro de que era fingida solo a medias—. Tenemos que ocuparnos de Percy cuanto antes. El sarpullido se está extendiendo.

El que parecía el líder de los forajidos frunció el ceño y preguntó cuántos viajeros había dentro del coche.

—Solo yo, mi hijo y mi hija —respondió el reverendo, procurando sonar sumiso—. Los dos hombres del pescante son nuestros cocheros.

—No tiene pinta de aristócrata —dijo uno de los bandidos—. ¿Cómo es que viajan con tanto lujo?

—A lo mejor le han robado el carruaje a algún noble.

—Y está ya mayor para ser salteador de caminos…

El reverendo vio a Gabriel moverse inquieto en el pescante, sin duda, listo para disparar si aquello se torcía.

—Viajamos para que mi hijo, que se está muriendo, pueda ver por última vez a su esposa y a sus hijos —improvisó el vicario,

intentando evitar que corriera la sangre—. El carruaje es del conde de Ravenstone, quien ha tenido la caridad de prestárnoslo. Les ruego que nos dejen seguir, o mi hijo fallecerá antes de poder despedirse de su familia.

—¿Dice que este coche pertenece a Ravenstone? —intervino el líder—. Enséñeme el blasón.

El reverendo cerró la puerta del carruaje y retiró la nieve que ocultaba el escudo de armas de la familia de Adam.

—Es del conde, no hay duda —confirmó otro de los hombres—. El blasón de Blackmore no se parece en nada a este. Y Northwood no va con ellos.

El nombre de Northwood no le decía nada al reverendo, pero vio cómo se tensó Gabriel al oírlo. Fuera quien fuese ese Northwood, estaba claro que el señor Atwood lo conocía.

—Padre, por favor… —insistió Hope desde dentro, mientras sujetaba a Percy.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó el líder, quien desmontó, se acercó al carruaje y abrió la portezuela.

El reverendo sintió un vuelco en el corazón al ver que el hombre se inclinaba hacia el interior, ignorando el gruñido cada vez más grave del sabueso.

—Haga callar a ese perro o lo mato aquí mismo —ordenó el hombre, a la vez que daba un paso atrás.

Hope se echó hacia delante y le pasó la correa a su padre. Ambos se miraron con preocupación mientras él sacaba al animal del coche.

—Como lo suelte, uno de mis hombres le pegará un tiro —advirtió con frialdad el jefe de los bandidos, y luego entró en el carruaje.

Augustus Shackleford tragó saliva. ¿Se daría cuenta ese bribón de que todo era una artimaña? Si tocaba la cara de Percy, descubriría el engaño al instante.

—Le he preguntado qué le pasa —repitió el forajido con impaciencia.

Según contaría después el reverendo, la respuesta de Hope fue digna de una actriz consumada. De no saber la verdad, él mismo

habría creído que Percy estaba a punto de morir.

—Yo… Yo… —empezó a decir ella, ahogando un sollozo muy convincente—. Creemos que tiene… —Bajó la voz hasta un susurro y se inclinó hacia delante, como si le costara pronunciar la palabra—. Viruela —murmuró por fin, retirando el pañuelo del rostro de Percy para mostrar las falsas pústulas.

—¡Maldita sea! —exclamó el hombre, echándose hacia atrás al ver aquel enjambre de puntos rojos sobre la cara pálida del coadjutor.

—¿Qué…? —balbuceó Percy mientras intentaba incorporarse.

Hope lo empujó de nuevo hacia el respaldo del asiento y, con las mejillas ya cubiertas de lágrimas, soltó un gemido casi sobre la nariz del coadjutor. Percy empezó a forcejear, quizá pensando que ella trataba de asfixiarlo, pero el líder de los forajidos estaba demasiado ocupado saliendo del carruaje para darse cuenta.

—¡Este no es el coche de Blackmore! —gritó a los suyos mientras saltaba sobre su montura a toda prisa—. ¡Que se marchen! Dudo que ninguno de ellos llegue vivo al año nuevo. —Tiró de las riendas y espoleó a su caballo, ansioso por poner distancia cuanto antes con aquel apestado carruaje. Los otros tres bandidos miraron un momento hacia el coche, en cuyo interior Percy comenzó a lanzar aullidos desesperados y, tras persignarse, salieron huyendo por donde habían venido.

Capítulo 4

Un año antes

La travesía por el golfo de Vizcaya transcurrió sin incidentes de importancia y, en menos de diez días, ya se aproximaban a Cádiz. A Gabriel se le había hecho larga y tediosa, pues había considerado que lo más prudente sería pasar la mayor parte del tiempo en su camarote.

Ahora, de pie en la proa, contemplaba sobre las aguas la deslumbrante ciudad fortificada. Era la primera vez que visitaba la antigua plaza mora, pero incluso desde allí se le adivinaban las raíces árabes, y comprendió que a cualquiera que pretendiera tomarla no le sería fácil.

Cádiz se alzaba en el extremo noroeste de la isla de León, separada de tierra firme por un estrecho canal de agua salada. La ciudad, además, estaba defendida por una lengua de arena de más de seis kilómetros, en la que distinguía sin dificultad la línea continua de las fortificaciones de la Cortadura.

Mientras el barco bordeaba el fuerte de Santa Catalina rumbo al puerto interior, Gabriel pensó en la inesperada alianza que Gran Bretaña había forjado con España.

Tres años atrás, Napoleón había enviado veintiocho mil hombres a cruzar los Pirineos, atravesando España y entrando en Portugal. Que luego se volviera contra el país que había combatido a su lado en Trafalgar sorprendió a muchos, y no solo a los españoles. Lo que no previó fue la reacción que desataría su decisión de sentar a su hermano en el trono. A eso se sumaron las sangrientas represalias

tras la toma de Madrid, que empujaron a los españoles a la revuelta. Naturalmente, los británicos vieron en aquel levantamiento una manera de ponerle trabas a los planes de Napoleón, y así nació la alianza oficiosa entre España y Gran Bretaña.

Gabriel sonrió con ironía al recordar cómo el corso había bautizado su campaña en la península ibérica: «la úlcera española», según recogían las gacetas. Y sin embargo, parecía que la determinación del autoproclamado emperador de someter por fin a los españoles estaba a punto de dar fruto.

Hacía apenas unas semanas, Gabriel había estado en el norte de España durante la devastadora derrota de Ocaña y solo escapó con vida por puro milagro. No cabía duda de que, tras aquella victoria, los franceses consideraban Andalucía lista para ser conquistada.

El barco de Gabriel avanzó despacio hacia el puerto. Había pocos navíos españoles fondeados y, por lo que se decía, la ciudad estaba casi sin guarnición, porque las tropas se concentraban en la frontera norte de Andalucía para intentar detener a los franceses antes de que estos marcharan hacia el sur.

Gabriel era dolorosamente consciente de que, en caso de que el ejército francés mantuviera su implacable avance, él disponía de poco tiempo si no quería quedar atrapado de nuevo.

Los gritos de la tripulación al dejar caer las dos primeras anclas lo sacaron de sus pensamientos. Bajó a su camarote para recoger sus cosas. El sobre con las órdenes seguía en la bolsa, donde lo había dejado.

Se sentó en la litera y volvió a leer el escueto mensaje: debía presentarse ante un tal capitán Ortiga en el castillo de Puntales, donde recibiría nuevas instrucciones. Ignoraba por qué su tío era tan ambiguo; la única explicación razonable era que el almirante trataba de proteger algo. Qué era ese algo, y por qué, escapaba por completo de su comprensión, y aquello lo frustraba en extremo, no solo por la implícita falta de confianza de su tío. Y si no confiaba en él, ¿para qué demonios lo había enviado aquí? Tal vez habría sido mejor que hubiese encargado la condenada misión a Henry.

Claro que, pese al afecto que compartía con su tío, era más probable que este arriesgara la piel de un sobrino antes que la de su

único hijo. Y, tal vez, Henry solo estaba allí para vigilarlo. Gabriel frunció el ceño al ocurrírsele de pronto otra posibilidad: ¿esta era una misión oficial, o extraoficial?

Si se trataba de lo segundo, ¿había alguien, aparte de su tío, su primo y un puñado de miembros de la tripulación del *Seahorse,* que supiera que él se encontraba en Cádiz?

En el presente

Tan pronto como los jinetes desaparecieron de su vista, Gabriel saltó del pescante.

—Tenemos que seguir —dijo—. A este paso, no llegaremos a Ravenstone antes del anochecer.

El reverendo, ignorando la urgencia del joven, clavó en él una mirada directa.

—¿Quiénes eran esos sinvergüenzas? Y no me venga con un cuento de Banbury sobre que no dirá nada para no ponernos en peligro; ese barco zarpó hace diez minutos.

Antes de que Gabriel pudiera responder, Hope bajó del carruaje con el rostro tan pálido como la nieve.

—He envuelto a Percy en una manta, pero parece mucho más recuperado —dijo, tiritando.

El reverendo resopló y se volvió hacia Gabriel.

—Menos mal. Ya tenía más pelo que seso incluso antes del golpe extra en la cabeza.

Hope apretó los labios y dio un zapatazo en el suelo.

—Señor Atwood. Basta de secretos. Necesitamos que nos diga de una vez qué demonios está pasando.

Gabriel dejó escapar un suspiro; la impaciencia agitaba todo el cuerpo de la muchacha.

—Al menos sigamos el viaje —respondió—. No sé por qué esos granujas dieron media vuelta, pero pueden cambiar de opinión y decidir terminar lo que empezaron.

El reverendo entornó los ojos.

—Lo que supongo que significaría ponerlo a usted a criar malvas.

—¡No sé qué demonios pasa ni quiénes eran esos pájaros de cuenta, pero ¿por qué diablos siguen ahí plantados en la nieve?! —gritó el cochero desde el pescante—. Hace un frío capaz de helarle las pelotas a un mono de latón, y a Nelson[1], Dios lo tenga en su gloria, quizá ya no le hagan falta, pero yo quiero comenzar el año con las mías. —El hombre hizo una pausa, mientras todos lo miraban boquiabiertos—. Y a este paso —continuó—, no voy a llegar a la noche, y mucho menos a conseguir un revolcón, así que, si no les importa, ¡suban de una vez al maldito carruaje antes de que vuelvan!

—Yo mismo no lo habría dicho mejor —soltó Gabriel, después de lanzar una última mirada de incredulidad al cochero.

El reverendo empujó a Hope de vuelta al carruaje.

—Hum. El hombre debe de trabajar para Blackmore.

Cinco minutos después, retomaron la marcha. Gabriel observó a Percy con preocupación.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó, señalando los puntitos rojos que le moteaban la cara.

El reverendo se echó a reír.

—Eso fue lo que espantó a nuestros asaltantes. Tendría que haber visto la cara del cabecilla cuando creyó que era viruela.

Percy alzó la voz con debilidad.

—Estoy aquí, ¿sabe? Deberían haberme avisado, al menos.

Hope se inclinó hacia él y le dio una palmada en la rodilla.

—No hubo tiempo, me temo. Cuando se dio el golpe en la cab…

Gabriel la cortó en seco.

—¿Cuándo se golpeó la cabeza?

El reverendo respondió sin vacilar.

—Cuando usted le estampó la puerta al cerrarla.

Gabriel arrugó la frente, confundido.

—¿Yo…? ¿Qué…? Pero ¿desde cuándo tiene la dichosa viruela?

El señor Shackleford soltó un suspiro.

—No tiene viruela ni la ha tenido nunca.

Hope sacó un pequeño tarro de su ridículo.

—Es colorete.

Gabriel frunció el ceño un instante; luego comprendió y soltó una sonora carcajada.

—Por Dios, me habría venido bien contar con usted en España. ¿Siempre piensa tan rápido?

Hope le sostuvo la mirada con serenidad.

—Si se refiere a mí, me gusta creer que suelo tener la cabeza en su sitio. Y puesto que le hemos dejado claro que no estamos faltos de seso, quizá tenga usted la amabilidad de explicarnos, por fin, qué circunstancias lo han traído hasta aquí. Y, ya que lo ha mencionado, empiece por España.

Había caído la noche cuando el carruaje se adentró en la larga avenida que conducía a la residencia de Ravenstone. Sus ocupantes, que aguardaban la llegada de los viajeros, se precipitaron escaleras abajo en cuanto el coche se detuvo frente a la puerta principal.

—¡Feliz Navidad…!

—¡Está nevando…!

—¡Freddy…!

—¡Pensamos que no llegaríais nunca…!

—¡Creímos que os habían asesinado…!

—¡O secuestrado…!

—¡Mamá olvidó sus sales…!

—¡O tirados en una cuneta, moribundos…!

—¡Y se desmayó sobre el *syllabub*[2]…!

—¡Nicholas y Adam iban a salir a buscaros…!

—¡Así que Felicity la hizo tumbarse…!

—¿Quién es él…?

—¿Percy tiene la viruela…?

El reverendo alzó la voz, imponiéndose al barullo.

—¡Basta! ¿Dónde está Grace?

Una voz calmada le respondió desde lo alto de la escalinata.

—Aquí estoy, padre.

A diferencia de sus hermanas pequeñas, tanto ella como Temperance, casada con el conde de Ravenstone, se habían puesto unas capas de pieles antes de salir al aire gélido. Grace, la actual

duquesa de Blackmore, tenía la mano entrelazada con la de su esposo, el duque, y, como mandaba la etiqueta, ambos aguardaron en el umbral de la mansión mientras el conde y la condesa descendían para dar la bienvenida al resto.

—Estábamos muy preocupados por usted. —Temperance abrazó a su padre con rapidez y, enseguida, estrechó a Hope entre sus brazos con fervor.

El reverendo resopló.

—Sin duda, unos más que otros.

Adam, conde de Ravenstone, intervino con tacto, haciendo una seña a un lacayo que bajaba con bandejas de vino caliente especiado.

—Le aseguro que mi esposa ha gastado unos cuantos pañuelos preocupada por su bienestar, reverendo —dijo—. Sírvase. Créame, Augustus: es un placer verlos a los tres. Nick y yo estábamos a punto de lanzarnos a su rescate. —Adam hizo una pausa, reparando en la alta figura de Gabriel, que acababa de entrar en el círculo de luz de los faroles al pie de los escalones—. Perdone, pero no creo que nos conozcamos, señor.

Gabriel hizo una reverencia.

—Vizconde Northwood, a su servicio, milord —dijo con formalidad.

Adam frunció el ceño, a punto de hablar, cuando Nicholas apareció a sus espaldas.

—¡¿Gabriel, qué demonios haces aquí?! ¡Decían que estabas muerto!

Un año antes

Era ya bien entrada la tarde cuando por fin permitieron a Gabriel desembarcar. Movido por un resentimiento casi infantil, decidió marcharse sin despedirse del capitán Atwood. Las órdenes de Gabriel decían indicaban que debía presentarse de inmediato en el castillo de Puntales. Sin embargo, resolvió posponer ese particular

«placer» hasta la mañana siguiente, para darse tiempo a conocer un poco sus alrededores.

Su primo no se había molestado en disimular ante Gabriel que esperaba que permaneciese a bordo del *Seahorse* hasta que llegase la hora de su entrevista con el capitán Ortiga, pero, hasta donde Gabriel sabía, Henry Atwood no era su carcelero. Así que optó por ir a tierra en busca de alojamiento. En parte —y debía reconocerlo— porque eso contrariaba los deseos de su primo, pero también porque su instinto no dejaba de advertirle que había algo turbio en aquella misión. Su tío nunca había insistido en conocer su paradero en todo momento. De hecho, el almirante siempre había demostrado que confiaba en él por completo, y esa confianza había sido mutua. Gabriel jamás había dejado de cumplir una misión, por peligrosa que fuese. Pero esta vez le habían puesto un perro guardián. No había otra forma de describir la presencia de Henry.

En pocas palabras, todo aquello olía mal. Gabriel daba por seguro que Henry enviaría a alguien a seguirle. Y, en circunstancias normales, no le habría importado demasiado que su primo supiera dónde se alojaba, pero, en esta ocasión, estaba decidido a despistar a quienquiera que le hubieran asignado para vigilarle.

Dejó atrás la zona más sórdida del puerto y se adentró en el laberinto de callejuelas que conformaban el casco antiguo de la ciudad. Su español era aceptable y, tras pasar una hora orientándose y asegurándose de que no lo seguían, no tardó en conseguir indicaciones para llegar a una pensión relativamente respetable, no demasiado alejada del castillo. Los gaditanos con los que habló no parecían guardar especial rencor hacia los británicos, pese a que tan solo unos meses antes ambas naciones habían estado en bandos opuestos. Quizá esa actitud cambiara cuando hubiera más soldados de su país acuartelados en Cádiz. En realidad, a Gabriel le sorprendió que el *Seahorse* fuese, por el momento, el único barco británico fondeado en una ciudad de tanta importancia estratégica.

La pensión estaba al final de un callejón estrecho. La puerta era sencilla, sin letrero alguno que la identificase. Sin ayuda, jamás la habría encontrado. Gabriel saludó con cortesía a la anciana desdentada que lo condujo a una habitación pequeña y escasa de

mobiliario, aunque no logró sacudirse del todo el temor de que alguien intentara matarlo en mitad de la noche. Aun así, ya estaba allí y, cuando la oronda casera cerró la puerta tras de sí, Gabriel encajó una silla bajo el pomo. Satisfecho de que nadie pudiera entrar sin que él lo advirtiese, se asomó a la pequeña ventana, encajada en un muro grueso de piedra. Se abría lo suficiente para poder salir por ella, pero estaba demasiado alta como para alcanzar el suelo sin una buena cuerda. En cambio, al mirar hacia el tejado contiguo, pensó que tal vez podría saltar hasta él sin demasiada dificultad. Adónde le llevaría, no tenía forma de saberlo, pero al menos había encontrado una vía de escape por si llegaba a necesitarla.

Con la tranquilidad de haber hecho cuanto estaba en su mano para asegurar su protección, decidió acostarse temprano. Se desvistió y se tendió sobre la manta raída. El clima era inusualmente cálido para esa época del año; incluso en el sur de España, el invierno solía traer unas cuantas semanas de frío notable, pero esta vez el tiempo era benigno. Tras colocar la pistola bajo la almohada y asegurar sus pertenencias junto a su costado, cerró los ojos y se durmió con rapidez.

Se levantó temprano al día siguiente, una costumbre adquirida desde que comenzó a trabajar en secreto para su tío. El hecho de que casi con toda seguridad había compartido el colchón esa noche con algunos huéspedes adicionales, tampoco lo había ayudado a dormir más.

Tras lavarse la cara y las manos en una jofaina y usar el cubo que le habían dejado, se puso una camisa más o menos limpia. Aunque se había habituado a viajar ligero de equipaje, añoraba sus camisas almidonadas y con un blanco impecable, que cada mañana le entregaba Heavers, su ayuda de cámara, en su casa. Se ató con rapidez el pañuelo de cuello sin la ayuda de un espejo y pensó que Heavers se desmayaría si lo viese en ese estado. Sonriendo ante la idea, Gabriel cogió la pistola y se la guardó bajo la cintura de sus pantalones. Agarró después su petate, retiró la silla que bloqueaba el picaporte y, mientras salía, se preguntó si en la ciudad vieja habría algún baño público. Con su pasado morisco, confiaba en que así

fuera. Lo cierto era que empezaba a oler bastante fuerte. Quizá pudiera darse un baño después de reunirse con el capitán Ortiga…, siempre y cuando, claro está, siguiera con vida.

Capítulo 5

Aunque a los recién llegados se les ofreció la oportunidad de asearse, Gabriel no tuvo ocasión de mantener una conversación privada con Nicholas, ya que el resto de la velada navideña estuvo dedicada a los miembros más jóvenes de la familia Shackleford. Aunque Gabriel agradecía que el conde de Ravenstone no lo hubiera echado de inmediato, no podía evitar impacientarse por el retraso en hablar con su amigo el duque. De hecho, no se hacía ilusiones: estaba seguro de que solo el hecho de que Blackmore respondiera por él le había asegurado una cama decente y la oportunidad de degustar un exquisito ganso en la mesa del conde. Las damas no habían dejado a los caballeros a solas con su oporto, como él esperaba, y, en definitiva, para cuando las hermanas menores se retiraron por fin a dormir, Gabriel se sentía exhausto. Había viajado durante meses de forma anónima por España, hasta que un golpe de suerte le permitió conseguir pasaje en un mercante británico que se dirigía a Plymouth.

En verdad, estaba rendido de cansancio, más aún porque sabía que ahora empezarían los verdaderos problemas. Gabriel recordó los comentarios del individuo que abordó su carruaje sobre el blasón del duque de Blackmore. Lo habían estado siguiendo. ¿Acaso Henry había descubierto que seguía vivo? Estaba claro que su tío y su primo sospechaban que, si aún vivía, buscaría a su antiguo capitán y mentor. La posibilidad de que vinieran a por él le revolvía el estómago. Y tal vez no vinieran solo a por él…

Curiosamente, el único bálsamo durante la velada que tuvo su maltrecha alma fue Hope Shackleford. Aunque estaban sentados en

extremos opuestos de la mesa, sus ojos la buscaron una y otra vez. La diferencia entre esta Hope Shackleford y la que había tenido como compañera de viaje durante las últimas dieciocho horas era palpable. Allí, en compañía de sus hermanas, se mostraba relajada y sonreía a menudo. Llevaba el cabello recogido con una sencilla cinta, del rojo de las bayas otoñales, que relucía como cobre bruñido bajo la luz de las velas. Gabriel se descubrió casi hechizado, lo cual resultaba del todo ridículo para un hombre que había pasado de la treintena y que no era precisamente ajeno a que mujeres atractivas buscasen su atención. Pero la sola idea de que esta en particular se arrojara a sus brazos lo excitó más de lo que podía expresar. Respiró hondo, aturdido. «Maldita sea» pensó. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Hacía más de un año que no estaba con una mujer y, en verdad, hasta ese momento no lo había echado en falta; había que reconocer que vivir en un estado constante de miedo y zozobra era un método muy eficaz para sofocar cualquier impulso carnal. Probó un sorbo de vino, procurando que su hasta entonces apaciguado miembro recuperase la calma antes de que alguien lo notara y lo echaran de allí a patadas.

Trató de centrar su atención en el resto de los Shackleford sentados a la mesa. Un cálculo rápido le reveló que el reverendo tenía ocho hijos, de los cuales siete eran chicas, y no pudo evitar estremecerse. Pero, al observar a la señora Shackleford, le sorprendió ver cómo esta daba buena cuenta de la cena con un apetito envidiable. Estaba claro que ella no podía haber parido a los ocho hijos. La simpatía de Gabriel hacia el reverendo aumentó: había tenido que lidiar con siete retoños del supuesto sexo débil y, posiblemente, con más de una esposa. De hecho, Gabriel le insinuó algo al respecto a la señorita Felicity Beaumont, sentada a su lado y, al parecer, muy amiga de la familia. Esta le sonrió y le dijo que no era más que lo que el reverendo merecía y que, en realidad, eran ocho chicas en total. La hermana gemela de Hope, Faith, llegaría al día siguiente con su marido. Ah, y el reverendo había tenido tres esposas…

Cuando las pequeñas y el pequeño Shackleford se retiraron por fin a su alcoba, Gabriel estaba más que achispado y nada preparado

para lo que podía ser la conversación más crucial de su vida. A pesar de las exigencias previas durante el viaje, se había negado a dar explicaciones a sus acompañantes. Gabriel esperaba compartir únicamente con el duque el motivo de su presencia. Sin embargo, al entrar en el salón del conde, se quedó paralizado. Maldita sea: la información que llevaba era delicada y peligrosa, y podía comprometer a cualquiera que la oyese. Y allí estaba él, rodeado de desconocidos. Por lo visto, esa endiablada familia estaba decidida a saber qué hacía él allí.

Gabriel parpadeó cuando Nicholas se acercó y le ofreció un *brandy*.

—Augustus me ha explicado las circunstancias de tu inesperada llegada —declaró—, así como el alarmante incidente ocurrido durante tu viaje hasta aquí. —El duque suspiró y puso una mano comprensiva en el hombro de Gabriel antes de añadir con sequedad —: Entiendo que tu deseo era hablar conmigo a solas, pero si intento excluir a los parientes de mi esposa de tu relato, sospecho que, como mínimo, me pasaría el próximo año durmiendo en el sofá. Puedes tener la seguridad de que, digas lo que digas, no saldrá de esta habitación, a menos que tú así lo quieras.

Nicholas regresó a su sillón junto al fuego e invitó a Gabriel a ocupar el único asiento libre. Apretando los dientes de frustración, Gabriel acabó por acceder y, mientras tomaba un sorbo del ardiente licor, recorrió con la mirada a su peculiar auditorio.

—Me encuentro, sin duda, en desventaja, Excelencia —comentó al fin, con brusquedad—. He arriesgado mucho para hablar con usted en privado, pero parece que no tengo más remedio que compartir mis palabras con toda su familia. Si le digo que mi información podría ponerlos en peligro, ¿reconsiderará su presencia aquí?

—Me parece, muchacho, que ya se ha puesto en peligro la vida de tres miembros de esta familia.

Gabriel frunció el ceño y se volvió hacia el hombre pequeño y enjuto que acababa de hablar, apostado junto a la ventana. Unos segundos después, Gabriel se levantó de golpe.

—¡Malcolm! —exclamó, con sincera alegría.

El ayuda de cámara de Nicholas sonrió, fue al encuentro de Gabriel y le dio un rudo abrazo.

—El duque y yo pensábamos que estabas muerto —dijo el hombre más mayor con voz ronca al soltarlo—, pero creo hablar por los dos cuando digo que nos alegra descubrir que los rumores estaban muy exagerados.

—Todo eso está muy bien —intervino Grace, mirando alternativamente a los tres hombres—, pero quizá podríais explicarnos de qué os conocéis.

—Gabriel Atwood fue el mejor primer teniente que tuve jamás —aclaró Nicholas—. Tenía un futuro muy prometedor en la Marina Real, pero, lamentablemente, se vio obligado a renunciar a su cargo para asumir el título de vizconde tras la muerte prematura de su padre. —El duque negó con la cabeza y frunció el ceño—. Creí que estabas disfrutando de la vida campestre en Northwood Court…, hasta hace seis meses, cuando recibí la noticia de tu inesperado fallecimiento. Se habló de algún tipo de accidente, aunque los detalles eran, en el mejor de los casos, confusos.

—Como puede ver, las noticias fueron un tanto prematuras —replicó Gabriel, volviendo a sentarse—. Supongo que recibió tales informes de mi tío, el almirante Atwood.

El duque asintió.

—Tengo entendido que él ostenta ahora tu título.

Gabriel hizo una mueca antes de apurar el *brandy* y cerrar los ojos un instante, furioso por el giro de los acontecimientos que había convertido a su tío en el nuevo vizconde Northwood. La sala quedó en completo silencio mientras él luchaba por dominar la ira y, curiosamente, los primeros ojos que buscó para recobrar el control fueron los de Hope. Ella lo observaba con atención; en su mirada se mezclaban la compasión y la curiosidad. Por alguna razón, aquel gesto sereno lo ayudó a centrarse y, soltando el aire que no se había dado cuenta que estaba conteniendo, Gabriel habló de nuevo.

—Cualquiera que fuera la pena que mi tío hubiese mostrado al comunicar mi fatal accidente —dijo con voz grave—, fue fingida por completo. Sobre todo, porque fue él quien intentó matarme.

Un año antes

Gabriel no se molestó en tomar un atajo para ir al castillo de Puntales. Henry, sin duda, esperaba que él acudiese a su cita con el capitán Ortiga en cuanto se despertara, así que, si alguien lo estaba siguiendo, simplemente informaría de que estaba cumpliendo órdenes. Las estrechas callejuelas ya bullían con los vendedores, y Gabriel aprovechó para tomar un desayuno a base de un pastel dulce relleno de almendras y algún tipo de sirope. Diez minutos más tarde, tras enjuagarse las manos en una fuente cercana, giró una esquina y se encontró de golpe frente a la plaza del imponente castillo.

Se detuvo un instante antes de acercarse al guardia que holgazaneaba junto a la entrada, evidentemente disfrutando del sol de la mañana. Con suerte, quienquiera que fuese el capitán Ortiga, estaría al tanto de que un inglés iría a visitarlo. Sin embargo, Gabriel no tenía claro si el capitán había sido informado de su identidad, y decidió, en la medida de lo posible, guardarse esa información para sí.

Al acercarse a la entrada, el soldado se irguió y lo miró con desconfianza. Estaba claro que lo había reconocido como extranjero, y probablemente no había sido advertido de la llegada de un inglés. Gabriel levantó las manos con gesto pacífico, sonrió con amabilidad y le informó al guardia que el capitán le estaba esperando.

Al menos, el soldado no pareció interesado en saber su nombre, y se limitó a preguntar:

—¿Inglés?

Gabriel asintió, y el guardia se giró para lanzar un grito en español hacia alguien fuera de su vista, y luego le indicó a Gabriel que aguardara.

Este se sentó en un poyete cercano. En realidad, le sorprendía la escasa actividad militar en torno al castillo y en Cádiz en general, sobre todo, considerando que los franceses estaban a punto de entrar en Andalucía. La situación en Ocaña, al norte de España, había sido muy distinta.

Tal vez la Junta de Sevilla no creía que el ejército de Napoleón llegaría tan al sur. Si era así, ojalá tuvieran razón, pero él no compartía ese optimismo.

Esperó unos diez minutos, hasta que apareció otro guardia y le ordenó, también en español, que lo siguiera.

Gabriel entendió la instrucción y se puso en pie. Saludó con un movimiento de la cabeza a un soldado al pasar junto a él, pero solo recibió a cambio una mirada recelosa.

El capitán resultó ser un hombre de baja estatura, de piel aceitunada, como tantos de sus compatriotas. Lo único que Gabriel encontró más o menos impresionante fue su gran bigote, el cual no dejaba de retorcerse mientras lo observaba con los ojos entrecerrados. El capitán señaló una silla frente a su enorme escritorio de caoba. ¿Para compensar un complejo de inferioridad? «Muy posible», pensó Gabriel, sonriendo para sí a la vez que se sentaba.

El silencio volvió a imponerse mientras el oficial seguía examinándolo. Gabriel no entendía tanta suspicacia. ¿Acaso esperaba a otra persona? Cuando la tensión se volvió casi insoportable, el capitán habló, confirmando así las dudas que empezaban a inquietar a Gabriel: no esperaba a un inglés.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó de pronto el capitán.

Ambos se miraron fijamente. Gabriel intentaba encontrar la respuesta adecuada, si es que había alguna. Ni su tío ni el inútil de su primo le habían explicado nada. No era la primera vez que Gabriel sentía que su vida pendía de un hilo, dependiendo de cómo contestara. ¿Y si todo aquel viaje era una artimaña… diseñada para qué, exactamente? Frunció el ceño, aunque por fuera seguía aparentando una calma que distaba mucho de ser cierta.

—Tenía entendido que usted lo sabría —respondió Gabriel por fin, esforzándose por mantener un tono cordial—. Me ordenaron presentarme ante el capitán Ortiga a mi llegada a Cádiz y no me dieron más detalles. Por ello, asumí que debía venir a recoger algo. —Gabriel notó que el capitán aún no le había preguntado quién era, y él, por su parte, tuvo cuidado de no mencionar al almirante ni a su

primo…, al menos por el momento. No estaba seguro de si hacerlo iba a serle de ayuda o le perjudicaría.

—Yo no soy el capitán Ortiga —replicó el hombre bajito con un encogimiento de hombros que a Gabriel le heló la sangre—. De hecho, aquí no hay ningún capitán Ortiga. —Los dos se observaron unos segundos, hasta que el español soltó un gruñido, se dio unos golpecitos en la sien y señaló a Gabriel—. ¿*Inglés estúpido*? —dijo en su idioma—. Soy el capitán Pérez, no Ortiga.

Gabriel, tratando de pensar con rapidez, le sostuvo la mirada a aquel hombre arrogante. No existía ningún capitán Ortiga. ¿Había sido una simple equivocación? Todos sus instintos le gritaban que saliera de allí. Enseguida.

—Pero sí esperan la visita de un inglés —declaró por fin, con toda la serenidad de que fue capaz.

El capitán negó con la cabeza y luego la ladeó, escudriñándolo con atención.

—¿Por qué está aquí, inglés? —insistió.

Gabriel notó cómo le sudaban las manos. Tenía que marcharse cuanto antes. No sabía por qué lo habían enviado allí, pero era evidente que el capitán empezaba a perder la paciencia. Y no todos los españoles veían con buenos ojos la intervención británica.

Gabriel se puso en pie de golpe y le dedicó una leve reverencia, conteniendo las ganas de enjugarse el sudor que ya empapaba su frente.

—Parece que he cometido un error —dijo con cortesía, intentando que su voz no delatase su tensión—. Perdone por hacerle perder el tiempo, señor —añadió, mientras otra voz en su cabeza le instaba a salir corriendo.

Tras una pausa que a Gabriel se le antojó eterna, el capitán se levantó también y le devolvió el saludo. Gabriel interpretó el gesto como una despedida y, cuidándose de no mostrar su alivio, asintió una vez más antes de girarse hacia la puerta. Caminó con paso firme, la cerró tras de sí, y enseguida echó a andar a zancadas para buscar la salida más rápida del castillo, con el cabello de su nuca erizado con una intensa sensación de vulnerabilidad.

Casi esperaba ser arrestado. O, peor aún, recibir un disparo por la espalda. Pero logró salir sin contratiempos. Sin detenerse, cruzó la plaza y se internó de nuevo en el laberinto de callejuelas del casco antiguo, caminando sin rumbo hasta asegurarse de que no lo seguían. Por fin, se detuvo. Se apoyó contra la piedra fría de un muro, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

Sin embargo, no consiguió relajarse. A los pocos minutos, comenzó a repasar mentalmente los acontecimientos de las últimas dos semanas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Las órdenes de su tío habían sido vagas, impropias de las misiones que solía asignarle. Nada en esas instrucciones explicaba por qué lo habían enviado al sur de España.

¿Qué iba a hacer ahora? Sentía que se le acababa el tiempo. ¿Debería volver al *Seahorse*? A todas luces, eso era lo que esperaban de él.

¿O no?

El corazón le empezó a latir con fuerza, dominado por una creciente sensación de peligro. Lo habían mandado a reunirse con un capitán ficticio. Lo habían hecho quedar como un tonto. Pero ¿quién se tomaría tantas molestias solo para humillarlo?

A menos que no fuera solo eso... A menos que, en realidad, lo que pretendieran fuese borrarlo del mapa. De una vez por todas.

Y solo había dos personas que saldrían ganando con su desaparición.

El almirante Benjamin Atwood.

Y su hijo, Henry.

Su familia.

Capítulo 6

Gabriel sintió náuseas. No se hacía ilusiones sobre su primo: Henry lo había detestado desde siempre. Pero ¿acaso había juzgado mal a su tío? Había quienes pensaban que Benjamin Atwood debía haber heredado el título de Northwood. ¿Estaría el almirante entre ellos? Él nunca le había dado motivo para pensarlo.

Pero no, resultaba absurdo suponer que su tío se hubiera molestado en urdir un plan tan elaborado solo para quitárselo de en medio. Existían formas mucho más simples de deshacerse de un pariente incómodo.

Claro que la muerte del vizconde Northwood, en acto de servicio por la Corona, silenciaría cualquier rumor. Eso, si realmente estaba al servicio de la Corona.

La mente de Gabriel daba vueltas sin parar, hasta el punto de desear soltarle un puñetazo a alguien. No tenía respuestas, pero hasta que las encontrara, comprendió que no podía volver al *Seahorse*.

Se pasó las manos por el pelo con frustración. Le costaba creer que estuviera considerando la posibilidad de que su primo fuese un asesino a sangre fría. Y si ese era el plan de Henry, ¿existía alguna posibilidad de que el almirante lo ignorase?

Siempre había creído que su tío le tenía afecto. De hecho, durante su infancia, habían sido muy cercanos, y Gabriel lo había admirado profundamente. Sin embargo, era difícil negar que el almirante lo había enviado a una misión absurda. Gabriel suspiró de nuevo, recogió su petate y se lo colgó al hombro. Tenía que salir de la ciudad sin que Henry se enterase.

A esas alturas, el traidor de su primo probablemente esperaba que él hubiese descubierto la trampa. ¿Cuánto tardaría en ir a buscarlo? ¿O se limitaría a esperar su regreso al barco, para atraparlo allí? Gabriel no podía saberlo, y era inútil intentar adivinarlo. De algún modo, tenía que conseguir salir de la isla de León sin que lo viese ninguno de los marineros del *Seahorse*. Y sabía que no sería tarea fácil. Gabriel solo podía esperar que Henry no imaginara que él iba a tratar de escapar. A fin de cuentas, ¿a dónde iba a ir?

Se detuvo un instante.

¿Estaba siendo paranoico? ¿Veía conspiraciones donde no las había? Si huía ahora, su única opción sería llegar hasta Portugal —aún bajo control británico— y tratar de conseguir un pasaje de vuelta desde allí. Pero con los franceses avanzando hacia el sur, no sería un viaje sencillo. ¿Y qué demonios iba a decir cuando llegase a casa? ¿Estaba actuando como un cobarde? No tenía pruebas de que sus parientes más cercanos quisieran matarlo, solo tenía su intuición… y, en apariencia, aquello había sido un simple malentendido. Y aunque esa intuición nunca le había fallado, no podía ir acusando a su tío o a su primo de haberlo enviado hasta Cádiz para asesinarlo. Sería el hazmerreír de todos. En el peor de los casos, lo encerrarían por loco. Conocía de sobra la influencia que poseía el almirante.

Gabriel negó con la cabeza y se quedó inmóvil unos valiosos segundos, sin saber qué hacer. Segundos que, si sus sospechas eran acertadas, podrían costarle la vida.

—Te estaba buscando, primo —dijo una voz familiar a su espalda.

Gabriel se giró lentamente y vio a su pariente sonriendo. Supo entonces que ya no le quedaba tiempo.

—Estaba terminando de desayunar antes de volver al barco —respondió Gabriel con aparente calma.

—No veo ningún desayuno en tu mano —replicó Henry, con la sonrisa aún en los labios.

Gabriel apretó la mandíbula y sacó el paño donde antes había guardado el pastel.

—Puedo ofrecerte las migas, si tienes tanta hambre —dijo con ironía, tendiéndole el envoltorio.

Henry entrecerró los ojos, captando la burla. Sin embargo, solo respondió:

—Si vas a comer en plena calle como un vagabundo, comprenderás que no me una a ti.

Gabriel se encogió de hombros y se guardó de nuevo el pañuelo, disfrutando del enojo apenas contenido de su primo.

Pero lo que este dijo después, despojó a Gabriel de cualquier sensación de triunfo.

—Dado que está claro que has terminado, sugiero que regresemos juntos al *Seahorse*.

Gabriel sintió que el alma se le caía a los pies.

—En realidad, aún no estoy listo para volver a bordo —replicó con fingida indiferencia—. Estaba pensando en buscar unos baños públicos para quitarme de encima el salitre y el polvo.

—Haré que llenen una bañera en tu camarote —dijo Henry con desdén—. No quisiera que Su Señoría…, ¡horror!…, oliera mal.

Gabriel no mordió el anzuelo.

—Prefiero dejarlo para después —contestó con naturalidad—. Volveré al barco esta tarde, cuando haya tenido la oportunidad de conocer un poco más la ciudad. Confío en que no zarparás hasta mañana.

Ambos se miraron unos segundos. A Gabriel no le pasó por alto que su primo no le hubiese preguntado por su entrevista con Ortiga. Estaba claro que no había habido error alguno. Sus sospechas se convirtieron en certeza: su vida corría peligro. Gabriel notó cómo el sudor empezaba a resbalarle por la espalda.

—Será mejor que regreses conmigo ahora —dijo Henry. Su tono era suave, pero no dejaba lugar a dudas: no era una petición. Gabriel entendió que la farsa había terminado. Si subía al barco con él, no volvería a poner un pie en Inglaterra. Henry ya no se molestaba en ocultar el brillo malicioso de su mirada. Si Gabriel quería huir, tenía que hacerlo ya. Con suerte, lograría despistar a Henry entre el laberinto de calles.

Se ajustó la bolsa sobre el hombro justo cuando dos marineros aparecieron, uno a cada extremo del callejón, bloqueándole cualquier vía de escape.

Gabriel maldijo entre dientes.

—Vamos, Gabe —dijo Henry con acento jovial—. Tendrás toda el agua que quieras cuando vuelvas a bordo. De hecho, me sorprendería que esta noche no disfrutases del sueño más largo de toda tu vida.

Ahí estaba. La confirmación de que su primo no esperaba que él viera otro amanecer. Henry no podía evitar regodearse ante la idea.

Gabriel negó con cansancio y miró a los dos marineros que se acercaban.

—Dime, ¿cómo fue la reunión con el capitán Ortiga? —preguntó Henry, y luego soltó una sonora carcajada.

Gabriel tensó la mandíbula.

—No hay ningún capitán Ortiga, como bien sabes.

—En realidad, me sorprendió que llegaras hasta el castillo —continuó Henry con tono casual, mientras los marineros sujetaban a Gabriel por los brazos—. Al fin y al cabo, en una ciudad extraña y en plena guerra…, podría haberte pasado cualquier cosa. —Simuló un escalofrío y volvió a sonreír.

Gabriel le lanzó una mirada cargada de odio. Ya no tenía escapatoria. Pero había un largo trecho hasta el *Seahorse*. Se le presentaría una oportunidad.

Y esta tardó en aparecer menos de lo que esperaba.

Cuando entró con sus captores en una nueva plaza, un grupo de mujeres risueñas los empujó sin querer. Una de ellas sostenía varios paquetes, los cuales cayeron al suelo.

—Perdón, señores —dijo la gaditana entre risas mientras se agachaba para recogerlos.

Gabriel no dudó ni un instante. Alargó el pie, empujó con el codo a Henry, y lo hizo tropezar justo contra la mujer, quien soltó su carga con un grito. Los alimentos que contenían los paquetes se desparramaron por el suelo y, en el caos, Gabriel se coló entre los dos marineros. Una vez libre, no miró atrás: echó a correr hacia el

callejón más cercano como si el mismísimo diablo lo persiguiera. Ahora solo necesitaba encontrar una barca.

Cinco horas después, seguía sin haber salido de la ciudad. Su euforia inicial se había desvanecido, sustituida por una ansiedad creciente. La única salida de la maldita isla estaba custodiada por los hombres de Henry, y Gabriel empezaba a creer que tendría que escapar nadando. Negó con la cabeza, resignado. Tal vez su primo se saliera con la suya después de todo. Sin duda, Gabriel había subestimado al capitán del *Seahorse*. Aquel granuja con el que había crecido se había convertido en un oportunista sin escrúpulos.

Gabriel estaba escondido en el campanario de la iglesia de Santiago, casi eclipsada por la majestuosa catedral, que estaba en construcción. Había entrado en el templo al inicio de la misa del mediodía, y no le fue difícil escabullirse durante el oficio. Su plan era esperar hasta que anocheciera para salir del mismo modo. Al amparo de la oscuridad, habría menos probabilidades de ser visto por los marineros de Henry.

Era muy consciente de que era un plan terrible, pero era lo único que tenía. Sobre todo, porque necesitaba estar bien lejos de aquella torre antes de que comenzaran a tocar las campanas, o el estruendo le reventaría los tímpanos.

Se recostó contra el muro. La falta de luz, unida al viento que se colaba por las aberturas, hacía que el pequeño habitáculo circular estuviese mucho más frío que la propia calle. Se abrazó a las piernas para intentar entrar en calor. El estómago le gruñía. Llevaba demasiadas horas sin comer. Quizá ya estaba demasiado mayor para estos juegos de espías. A pesar del malestar, se quedó medio dormido.

Lo despertó un dolor agudo en el pecho.

—¿De veras crees que soy tan estúpido, Northwood? —dijo una voz junto a su oído.

Gabriel reaccionó de inmediato. Lanzó una patada y rodó hacia un lado. Desorientado, no supo qué había golpeado con su puntapié, pero oyó un gruñido. Parpadeó y vio, con el corazón encogido, los

ojos brillantes de su primo, que lo apuntaba con una pistola directamente a la cabeza.

Había vuelto a subestimar a Henry Atwood. Pero esta vez, la malicia en su expresión le decía que le iba a costar la vida.

—¿Por qué haces esto, Henry? —preguntó Gabriel con voz ronca, intentando recuperar el aliento.

—El altanero vizconde Northwood, al borde del abismo. Eso sí que es algo digno de ver… Ah, espera, lo veré muy pronto. —Henry soltó una risita y se recostó contra la pared circular—. Espérame abajo —ordenó, sin apartar los ojos de Gabriel.

—Encantado —respondió este.

—Qué gracioso —dijo Henry con desdén—. Estaba hablando con él —explicó, señalando al hombre que se quejaba de dolor junto al hueco de la escalera, y Gabriel sintió una punzada de satisfacción al saber que su patada le había impactado con fuerza, probablemente, en las costillas.

El marinero no dijo nada, pero, tras dedicarle a Gabriel una mirada llena de odio, comenzó a bajar las escaleras a trompicones.

—¿Qué demonios significa todo esto? —le preguntó Gabriel a Henry entre jadeos, en cuanto se quedaron solos.

Este lo observó con una curiosidad casi genuina.

—Eres un hombre endiabladamente difícil de matar, primo. Nunca debiste llegar hasta aquí. Pero como no pasabas el tiempo suficiente en cubierta para poder tirarte por la borda, no tuve más remedio que navegar hasta la maldita Cádiz para acabar contigo. No pude hacerlo en Portugal: allí había demasiados hombres de Wellesley. Habrían olido el engaño. —Soltó una risita antes de continuar—. Aun así, sé improvisar. Y siempre queda el consuelo de pensar en la dulce y deliciosa Marta, y ella, créeme, bien merece cruzar medio mundo para verla.

Gabriel lo escuchó en silencio, sin perderle la vista.

—Una vez fondeamos —siguió hablando Henry—, mi intención era esperar a que la tripulación bajara a tierra para terminar el trabajo. Pero tú decidiste hacer turismo, maldita sea —dijo negando con la cabeza, incrédulo—. Para cuando mi hombre volvió a encontrarte, ya habías llegado al castillo. Está claro que no eres un

completo imbécil. —Esbozó una breve sonrisa—. Tenía la esperanza de que los españoles te encerraran. Me habrían hecho un favor, la verdad. Habría acelerado las cosas. Pero, como buen bastardo escurridizo que eres, volviste a escaparte. —Su sonrisa se ensanchó aún más—. No te preocupes, primo. Cuando mi padre se convierta en el nuevo vizconde Northwood, se encargará de que todos sepan que moriste con honor. «Qué tragedia», dirán. Audaz, pero imprudente, igual que tu estúpido padre.

«Maldita sea», pensó Gabriel. Toda esta farsa era por su título.

—Menudo viajecito solo para pegarme un tiro en la cabeza —replicó Gabriel, forzando un tono despreocupado para ocultar su tensión.

—¿Y qué mejor forma de morir, que al servicio del rey y la patria, lejos de miradas indiscretas? —escupió Henry con desprecio—. Aunque, claro, en este momento no estás al servicio de nada ni de nadie. De hecho, nadie sabe dónde estás… Nadie que importe, al menos. —Volvió a reír al ver el destello de pánico en los ojos de Gabriel, que este no pudo ocultar, y continuó—: Tienes mi palabra de que adornaré bien la historia y serás enterrado como un héroe. Claro que no habrá cuerpo que sepultar, pero ese es un detalle menor. Juraré que moriste como un valiente. ¿Qué te parece caer abatido por un mosquete francés, justo cuando el ejército de Bonaparte entre en Cádiz? Suena convincente, ¿no es así? Después de todo, los idiotas de esta ciudad no van a impedir que los franceses atraviesen sus muros. Esto está maduro para la conquista.

Gabriel lo miró con asco y permaneció en silencio.

—¿Y mi tío? —preguntó al fin—. Me niego a creer que esté detrás de esta locura.

Henry soltó una estruendosa risotada, y Gabriel sintió un escalofrío.

—¿De quién crees que fue la idea de embarcarte en este viajecito sin retorno, lord Northwood? Tu padre era un imbécil irresponsable. El título nunca debió pasar a sus manos. Tu muerte solo pondrá las cosas en su sitio.

Gabriel lo miró con los labios apretados. ¿Qué más podía decir? Había sido traicionado por el hombre que creía que lo quería. Iba a

morir, y nadie sabría nunca la verdad.

Observó cómo Henry alzaba la pistola. Gabriel se quedó paralizado por la conmoción. El sonido del disparo le pareció lejano, pero el dolor en el pecho le cortó la respiración. Un segundo tiro le atravesó el muslo.

Ardiendo de dolor y aturdido, vio cómo Henry se le acercaba. Este no pronunció ni una palabra, simplemente lo alzó en brazos como si no pesara nada, y luego lo arrojó por la ventana.

Capítulo 7

En el presente

—Dios Santo, ¡¿cómo es posible que saliera con vida de aquello?! —exclamó Hope, incrédula.

—Mi primo no tiene buena puntería —respondió Gabriel con una mueca amarga—. Y está claro que tampoco está acostumbrado a arrojar gente por las ventanas.

Hope abrió la boca para replicar, pero Nicholas levantó una mano para interrumpirla. Tras dedicarle a su cuñada una sonrisa de disculpa, el duque se giró hacia Gabriel.

—Aunque los franceses no se pasean por Cádiz como Pedro por su casa —dijo Nicholas—. Las tropas del mariscal Victor[3] aún rodean la isla, pero no han logrado tomarla. El general Graham sigue allí y, por lo que cuentan, ha transformado por completo las defensas de la ciudad.

Gabriel esbozó una sonrisa feroz.

—Si me permite continuar, Excelencia, aún tengo mucho que contarle. —Esperó hasta que Nicholas asintió, algo impaciente—. Como decía, la puntería de mi primo dejó mucho que desear. Al empujarme por la ventana, cometió la estupidez de no esperar a comprobar si había caído al suelo. En realidad, aterricé en una repisa dos pisos más abajo y perdí el conocimiento. Cuando desperté, ya era de noche. Logré arrastrarme y entrar por una ventana, donde me encontró un sacerdote. No me hizo preguntas, solo me acogió… y me salvó la vida. No recuerdo gran cosa de los días siguientes. Tuve la enorme fortuna de que el religioso tuviese conocimientos de

medicina… comparables incluso a los tuyos, Malcolm —añadió Gabriel mirando al escocés, y el ayuda de cámara del duque alzó las cejas, fingiendo incredulidad—. Cuando estuve lo bastante recuperado para poder hablar, ya era mediados de enero. No tenía ni idea de dónde estaba el *Seahorse* ni qué había ocurrido. El sacerdote me informó enseguida de que los franceses habían levantado el asedio de Cádiz y que marchaban hacia Sevilla. —Gabriel hizo una pausa, agotado, y observó a los presentes, que lo escuchaban absortos. El único sonido en la sala era el crepitar del fuego en la chimenea y los suaves ronquidos de Freddy a sus pies. El duque se inclinó hacia adelante para rellenarle la copa. Gabriel bebió un sorbo antes de proseguir—. No sabía cuánto podía contarle al sacerdote. El hombre era la bondad personificada, pero yo ignoraba si Henry seguía en la ciudad. Me daba miedo preguntar si el *Seahorse* aún estaba anclado en el puerto. No supe hasta esta noche si el bastardo había regresado a Inglaterra. Según el sacerdote, las tropas de Napoleón se habían concentrado en Sevilla, pero estaba claro que solo era cuestión de tiempo que volvieran a Cádiz. La capital andaluza estaba prácticamente perdida y, como bien sabrá Su Excelencia, Cádiz es la llave que abriría a los franceses las puertas de Andalucía.

Nicholas miró a Adam, y ambos asintieron.

—Mientras estuve convaleciente —prosiguió Gabriel—, no llegaron más refuerzos a Cádiz. La ciudad estaba desprotegida. El resto del ejército español marchaba al sur en un desesperado intento por salvar Sevilla. Al fin, salí de la ciudad por la noche. Aunque el sacerdote ignoraba lo que me había ocurrido, comprendió que debía irme en secreto y me consiguió un pasaje en una pequeña barca pesquera en la que crucé el caño de Sancti Petri hasta tierra firme. —Gabriel dio otro trago al *brandy*—. Desde allí, me dirigí a Sevilla con la esperanza de alcanzar al ejército español que marchaba al sur. Al menos, me sentía obligado a advertir a alguien con autoridad de que Cádiz estaba desguarnecida. Ya estábamos a finales de enero, pero, como descubrí por las malas, solo el ejército de Extremadura, bajo el mando del duque de Albuquerque, había conseguido llegar a Andalucía antes de que Sevilla cayese. Perdí días

intentando alcanzarlos y, para cuando me concedieron audiencia, sus tropas estaban a menos de treinta kilómetros de la ciudad. Y como quiera que el destino lo quiso así, ese mismo día el duque recibió nuevas órdenes: debía trasladar su ejército a Córdoba. Recuerdo perfectamente la fecha: era veinticinco de enero. Su Excelencia estaba furioso. Sabía que sería una pérdida de tiempo, pues Córdoba había caído ese mismo día en manos francesas. Le insistí en que Cádiz estaba indefensa y que sin duda caería también, sin disparar una sola bala. Y si eso ocurría, la guerra estaría prácticamente perdida. No tenía pruebas. Nada que acreditase mi afirmación. No sé qué lo convenció de mi sinceridad, pero el duque tomó una decisión crucial.

—¿Tu información convenció al duque de Albuquerque para que desobedeciera sus órdenes y regresar a Cádiz? —preguntó Nicholas, incrédulo.

Gabriel se encogió de hombros.

—Dudo que mis palabras fueran su única motivación. Él conocía de sobra el deplorable estado del ejército español y sin duda consideró plausible que Cádiz estuviese abandonada a su suerte. Pero, fuese lo que fuese lo que inclinó la balanza, el duque marchó con doce mil hombres hacia Cádiz el tres de febrero. Dos días antes de que llegaran los franceses.

—¿Volvió usted a Cádiz? —preguntó Hope, sin aliento.

—No —respondió Gabriel—. Comprendí que debía regresar a Inglaterra cuanto antes. —Él miró a su alrededor y abrió las manos, como rindiéndose—. Y esa es mi historia. Mi propia familia ha hecho todo lo posible por acabar conmigo, y estoy convencido de que si mi tío o mi primo descubren que he sobrevivido, no dudarán en intentarlo de nuevo. En realidad, ya no les queda alternativa. Pero no puedo simplemente presentarme acusando al almirante de intento de asesinato. Mi tío tiene más influencias que nadie, mientras que yo tengo pocos amigos y soy considerado, en general, un excéntrico solitario con un título poco relevante. Y ahora no tengo la menor idea de en quién puedo confiar. Mi tío podría inventarse una historia convincente que hiciera creer a todos que he perdido la razón… y encerrarme. —Gabriel se volvió de pronto hacia el duque

—. Pero tú has sido como un hermano para mí, Nick. Y no solo eso: eres el hombre más honorable que conozco. Por eso decidí que esta historia sería solo para tus oídos —dijo con cierta ironía, sacudiendo la cabeza.

Hubo un breve silencio. Entonces, Adam preguntó:

—¿Cómo demonios logró volver a casa? —Su voz dejaba entrever una admiración sincera.

—Tardé meses en llegar hasta la costa este. Por fin conseguí pasaje en un navío mercante, tras vender las pocas pertenencias que me quedaban. Por supuesto, no me atreví a revelar mi verdadera identidad, aunque, para entonces, dudo que nadie me hubiera creído, de haberlo hecho.

—Pero alguien debe de sospechar que sigue vivo —argumentó Hope—. Si no, ¿por qué esos hombres persiguieron nuestro carruaje? ¿Y por qué preguntaron si este era propiedad de Nicholas?

—Parece que no somos los únicos que creen que la noticia de tu muerte fue algo precipitada —comentó Nicholas con una sonrisa.

—Su reputación como hombre de honor es bien conocida —añadió Gabriel—, al igual que nuestra relación, así que…

—Así que, si por un milagro usted regresara de entre los muertos —intervino el señor Shackleford—, lo lógico sería que viniera a Blackmore.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Temperance.

—Esta noche, nada —contestó el duque, agotado—. Es tarde, es Navidad, y todos estamos rendidos. Los canallas que atacaron el coche no creyeron que fuera mío, así que no han confirmado a su jefe que Gabriel esté vivo o siquiera en el país. Aunque sospechemos que trabajan para el almirante Atwood o su hijo, no tenemos pruebas de ello. Mañana, tras un buen descanso, nos reuniremos de nuevo y decidiremos qué hacer.

Gabriel miró en torno a la sala y vio cómo todos asentían con la cabeza. Él había acudido en busca de un solo hombre… y había terminado involucrando a toda una familia. Negó con la cabeza. Estaba verdaderamente agotado y no deseaba otra cosa que una cama limpia. Intentaría convencer a Nicholas de que era una locura

implicar a todos en una traición de esa magnitud, pero eso tendría que esperar al día siguiente.

Y, en el fondo, tenía la desagradable certeza de que esa decisión ya no estaba en sus manos.

Hope estaba acostada en su cama intentando dormir, pero su mente tenía otros planes. Sus hermanas siempre la habían considerado aburrida, con poca imaginación y aún menos valor, pero quizá ya no la verían tan sosa, ahora que yacía despierta fantaseando con un hombre al que apenas había conocido hacía solo veinticuatro horas.

Era el tipo de ensoñaciones en las que sus hermanas sí se habrían permitido caer, pero Hope siempre había creído estar por encima de esas tonterías.

Pensó en todo lo que había sucedido desde que Gabriel Atwood se desplomó en la iglesia la noche anterior. Incluso a primera vista, él era más de lo que aparentaba. Por más delgado y desaliñado que estuviera, poseía una presencia que le aceleró el corazón. Y esos ojos grises tan penetrantes…, llenos de reservas, fruto sin duda de todo el sufrimiento que había vivido por culpa de su familia.

Pero eso no significaba que él fuera, ni mucho menos, una figura adecuada para sus fantasías. Sin duda, su historia había tocado su fibra sensible, decidió Hope al fin mientras se daba la vuelta y golpeaba con fuerza la almohada. Esa era la única explicación para su obsesión.

Aun así, pasó la siguiente hora planeando qué se pondría al día siguiente, lo cual, dado lo escaso de su vestuario, no solía llevarle más de unos minutos.

—No puedo ni imaginar por lo que ha pasado ese muchacho en estos últimos meses —gruñó Malcolm una vez que las damas se retiraron—. Apenas lo reconocí cuando entró por la puerta.

Nicholas se recostó en su silla, con los dedos entrelazados mientras meditaba sobre el asunto.

—Gabriel ha sido traicionado vilmente por quienes consideraba su familia —coincidió en tono grave—. En realidad, no hay nada que me apeteciera más que anunciar al mundo que el verdadero vizconde Northwood ha regresado y restregarle la noticia por la cara

a Benjamin y Henry Atwood. Pero debemos actuar con cautela, o puede que pongamos a Gabriel en peligro.

Adam asintió.

—Creo que su seguridad inmediata está garantizada —añadió el conde—. Siempre que permanezca oculto en esta propiedad y sus verdugos no se enteren de su regreso.

—¿Y le darías techo al muchacho? —preguntó Malcolm.

—No podría dejarlo sin un lugar al que ir —respondió Adam con naturalidad.

—La cuestión es: ¿cómo demonios vamos a fastidiarles los planes? —intervino por fin el reverendo, que hasta entonces había permanecido callado. Era tarde, y los demás hombres habían pensado que se había quedado dormido. Su voz, cargada de cansancio, le recordó a Nicholas que el irascible padre de su esposa ya no era ningún jovencito.

El duque se puso en pie.

—Todos estamos exhaustos —declaró—, y quedarnos despiertos hasta las tantas no nos llevará a ningún lado. Además, Roan llegará con Faith en unas horas, y sin duda valoraré mucho su opinión. Por ahora, creo que lo más sensato será descansar. —Apuró su *brandy* y añadió con semblante sombrío—: Por no hablar de que meternos en este embrollo, sin la debida precaución, podría costarnos la vida.

El contralmirante Benjamin Atwood contemplaba las brasas moribundas de la chimenea. Según sus cálculos, faltaba poco para la medianoche del día de Navidad. Caroline se había retirado a su habitación hacía rato.

Aparte del tictac del reloj de péndulo en la esquina y el leve chisporroteo de las llamas menguantes, reinaba un silencio absoluto. Apenas media docena de velas dispersas ofrecían algo de luz, muy poca para disipar las sombras, e inútil por completo para apartar la oscuridad que le pesaba en el pecho.

Miró en torno al salón que había sido su refugio durante más de treinta años. Como sexto vizconde Northwood, podría haberse instalado con toda comodidad en Northwood Court, en lugar de helarse en los confines de su desvencijado hogar conyugal.

Pero esa era la cuestión. Rutledge Manor era su hogar. De una forma que Northwood Court nunca sería. No en esas circunstancias. Henry podía quedarse con ella. Atwood cerró los ojos, invadido de repente por una angustiosa certeza. ¿Qué importaba ya? Su hijo le había arrebatado todo lo que tenía.

Conteniendo un grito, el almirante se levantó a duras penas y estiró el brazo hacia la botella de *brandy*. Maldita sea, parecía estar borracho, pero nada más lejos de la realidad. Apretando los dientes, levantó el decantador, con el brazo temblándole por el esfuerzo.

Al final, tras verter una buena cantidad de licor sobre la pequeña mesa, logró llenar la copa y se dejó caer de nuevo en la butaca, lo que provocó que parte del líquido se le derramara en el chaleco. Contuvo un sollozo y se llevó la copa a los labios, permitiendo que la ardiente bebida se llevara consigo la bola de autocompasión que tenía en la garganta. Luego apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, justo cuando el reloj marcaba las doce.

—Feliz Navidad —murmuró para sí.

Por todos los infiernos… Si sus colegas lo vieran ahora, apenas lo reconocerían, sobre todo, teniendo en cuenta que llevaba meses sin pisar Londres.

¿Cómo demonios había llegado a esto?

Estaba muriéndose.

Naturalmente, no había consultado a ningún médico. Sabía muy bien lo que tenía. Llevaba casi quince años sabiéndolo. Desde que estuvo con puta desgraciada en Bélgica.

Recordó la primera vez que la vio. *Madame* Marie Bouchard, así se hacía llamar. Ella le contó un cuento chino sobre su difunto marido. Él debería haber calado sus mentiras, pero su entrepierna tenía otras prioridades. Benjamin negó con la cabeza. La verdad era que, nada más atravesar el canal, se había propuesto desahogarse con la primera mujer atractiva que se le cruzara. Y cuando *madame* Bouchard mostró su verdadera cara, ya era demasiado tarde.

Y pensar que llegó a considerar convertirla en su amante... Instalarla en una casa en Londres. Soltó una carcajada ronca, que acabó en tos.

Por suerte para él —aunque no tanto para Marie—, antes de que él llegara a hacerle la propuesta, apareció un antiguo cliente suyo que, al parecer, no tenía un carácter tan indulgente, y decidió volarle los sesos a la mujer antes de que pegarse un tiro él mismo.

Benjamin Atwood bajó la vista hacia sus manos, donde empezaban a verse unas manchas rojizas bajo la tenue luz de las velas.

Después de aquella aventura funesta, y del delirio imperial de Napoleón, pasó los años siguientes embarcado. Y cuando por fin le ascendieron y pudo volver a Inglaterra, no le resultó difícil evitar cualquier intimidad con su esposa. En su caso, el deber marital era eso y nada más: una obligación.

A diferencia de…

No. No. Ella estaba muerta. Hacía años ya. El almirante cerró los ojos con fuerza y contuvo los recuerdos. Seguir por ese camino lo llevaría antes a la locura que la propia sífilis.

Por supuesto, no es que le hubiera entusiasmado pasar casi todos aquellos años en celibato, pero no podía arriesgarse a contagiarle la asquerosa enfermedad a la madre de su hijo. Su carrera naval se habría ido al garete. Y el padre de Caroline se habría asegurado de ello.

¿Y las prostitutas ocasionales con las que se había acostado desde entonces? Bueno, teniendo en cuenta que fue una de ellas quien le contagió el mal, podía justificarse diciendo que era justicia poética.

Soltó un suspiro cansado. Tal vez pudiera colar esa excusa ante las puertas del cielo. Pero no se libraría así de fácil del peso del asesinato.

Incluso aunque no hubiese sido él quien apretó el gatillo.

Y todas las condecoraciones del mundo no significaban nada frente a eso.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, los jardines de Ravenstone estaban cubiertos por una capa de nieve que centelleaba bajo el sol en un cielo azul y despejado. Como era de imaginar, los más pequeños de los Shackleford no pudieron esperar a terminar su desayuno para salir corriendo a jugar con bolas de nieve y construir muñecos. Sus gritos y risas, bajo la atenta mirada de un par de mozos de cuadra, proporcionaban un fondo alegre al desayuno tranquilo que disfrutaban los adultos.

Nadie mencionó los problemas de la noche anterior mientras todos se servían en el espléndido bufé preparado por la señora Donnell, ama de llaves del conde. En realidad, el tono general era desenfadado y, si en algún momento resultaba algo forzado, al menos Gabriel lo agradecía.

Por primera vez en meses, se sentía verdaderamente relajado. Después de haber soltado la noche anterior todo el peso que llevaba encima, había dormido como un tronco. Saber que ya no estaba solo le había devuelto un ánimo que creía perdido.

Al sentarse a la mesa, observó con interés a sus nuevos conocidos. En especial a Hope. La luz que entraba por el gran ventanal del comedor convertía su cabello rojizo en una cascada de cobre bruñido. Iba vestida con sencillez, desde luego, sin la ostentación de sus dos hermanas mayores, cuyos trajes reflejaban el rango de sus maridos. Pero aquel vestido, aunque simple, realzaba su tono de piel y se ceñía a sus curvas de forma tan sugerente como perturbadora. Ella había optado por recogerse el pelo con una cinta modesta, aunque el detalle de una flor de Navidad prendida tras la

oreja daba a su conjunto un aire festivo encantador. Gabriel no deseaba otra cosa que quitarle esa flor, soltarle la cinta y hundir sus dedos en aquella melena de fuego.

—Debo decir, lord Northwood, que tiene usted una cara de enamorado que tira para atrás. ¿No habrá contraído malaria en su periplo continental? —le soltó de repente la esposa del reverendo Shackleford al sentarse junto a él, mirándolo con un entusiasmo inquietante.

Gabriel volvió a la realidad de golpe.

—Tuve la gran suerte de no sufrir tal enfermedad, señora —respondió con cortesía.

—¿Y cólera?

—Eh… No, tampoco contraje el cólera.

—¿Fiebre amarilla? ¿Dengue?

Gabriel negó con la cabeza, mudo.

—Bueno, está claro que lepra no es —lo acusó la señora Shackleford con un resoplido, lanzando una mirada reprobatoria a los dedos de Gabriel, quien casi soltó la tostada, por si acaso uno de ellos se le caía de repente.

—Agnes, ¿cómo va tu gota esta mañana? —intervino la señorita Beaumont. La señora Shackleford, al ver que su interlocutor matutino no era tan interesante como había esperado, se giró encantada hacia su compañera de cena de la noche anterior y se enfrascó en una detallada crónica de sus últimos achaques. Gabriel le lanzó una mirada agradecida a la señorita Beaumont por encima del moño de la matrona, y esta le respondió con una leve sonrisa. Era obvio que la dama tenía la paciencia de una santa.

Al volver a mirar a Hope, Gabriel vio que ella lo observaba divertida, intentando disimular la risa mientras se tapaba la boca con una mano. A Gabriel le resultó ridículamente reconfortante comprobar que ella, a pesar de su carácter práctico, tenía sentido del humor. Y Gabriel alzó las cejas, preguntándose por qué eso le importaba tanto.

—Díganos, lord Northwood —intervino entonces la duquesa de Blackmore—, no sabemos casi nada de usted, aparte de sus recientes peripecias. ¿Tendría a bien contarnos alguna anécdota de

sus, esperamos, menos peligrosas aventuras pasadas? —Su cálida sonrisa borró cualquier atisbo de reproche en su pregunta.

Gabriel se disponía a responder cuando el duque soltó una carcajada.

—No creo que las andanzas de juventud de Gabe sean apropiadas para oídos sensibles, ni para una mesa de desayuno —rio.

Pese a sí mismo, Gabriel esbozó una sonrisa.

—Estoy completamente seguro de que debo de tener alguna anécdota aceptable para nuestra distinguida compañía —replicó con aire despreocupado.

—Oh, por favor, no nos cuente cómo se cayó de un árbol a los cinco años, milord —interrumpió Temperance en tono travieso—. Estoy convencida de que tiene cosas mucho más interesantes que compartir. ¿Está casado, tal vez?

—Querida, tu costumbre de lanzar preguntas para ver si alguna acierta no ha cambiado desde que te casaste —la reprendió Adam con una nota indulgente, conteniendo la risa.

—Bah, cariño —respondió ella, agitando una mano—. Si hubieras querido una vida aburrida, no deberías haberte casado conmigo.

—En efecto —rio Adam—. Me lo repito cada día.

—Rezo por los dos cada noche —añadió el reverendo, medio en broma. Al fin y al cabo, él había vivido con sus dos hijas mayores mucho más tiempo que sus respectivos esposos.

Gabriel los observó, desconcertado. En su experiencia, los matrimonios de la alta sociedad no se parecían en nada a esto. Desde luego, el de sus propios padres no era así en absoluto.

—¿Cómo se encuentra, Percy? —preguntó Hope con rapidez, deseosa de desviar la atención y evitar que Gabriel supiera que ella había estado implicada en las gamberradas de sus hermanas.

El joven coadjutor levantó la vista, sorprendido, poco acostumbrado a que lo incluyeran en ese tipo de charlas.

—Me encuentro perfectamente, *milady*. Gracias por su interés.

—No soy una *lady* —bufó Hope—, como bien sabe, Percy.

—Ninguna de nosotras lo somos —añadió Grace—. Es la compañía tan ilustre que nos rodea la que nos eleva. —Guiñó un ojo

a su marido.

El duque negó con la cabeza, resignado.

—Realmente, no hay esperanza para los pobres varones de esta familia —suspiró.

—¿Está usted seguro de que no tiene una conmoción cerebral? —preguntó de pronto la señora Shackleford, muy seria, dirigiéndose a Percy. Todos la miraron—. He adquirido hace poco una pomada muy interesante en la botica…

—La cual, sin duda, se la facilitó al boticario un buhonero —la interrumpió el reverendo.

Su esposa le dedicó una mirada glacial, resopló y volvió su atención a Percy, que ya la observaba con visible alarma.

—No se preocupe, Percy —dijo ella con entusiasmo—. Me aseguraré de que tenga un frasco en su habitación esta noche. Debe aplicársela por toda la frente antes de dormir. Cualquier inflamación desaparecerá enseguida.

—O sufrirá una apoplejía del demonio —gruñó el reverendo. Luego miró a su esposa, que ya se había puesto morada, y rectificó el tono de inmediato, lo que provocó en los demás unas sonrisas disimuladas—. Paloma mía —dijo él en tono conciliador—, no puedo arriesgarme a que mi adorada esposa o mi mejor amigo sufran los efectos de un ungüento tan… potente…, sin probarlo primero yo mismo. —Hizo una pausa al oír una risita contenida de Temperance y le lanzó a esta una mirada de reproche—. Déjame comprobar su seguridad antes, querida.

Agnes resopló, ligeramente apaciguada, y su marido emitió un audible suspiro de alivio.

Nicholas carraspeó para evitar soltar una carcajada y consideró oportuno cambiar de tema.

—Gabriel, con un poco de suerte, la hermana gemela de Hope, Faith, llegará antes del anochecer junto a su esposo, Roan Carew. Sirvió muchos años en la Marina Real y, antes de dejar el servicio, fue el capitán del *Albatross*. ¿Le suena?

Gabriel alzó las cejas.

—Desde luego que sí. Cualquiera con la más mínima relación con la Marina conoce al *Albatross* y a su capitán. Sinceramente, Nicholas,

espero que no me considere descortés, pero sin duda tiene usted la familia más… fascinante.

—No me ofendo —rio el duque—. Si me hubieran descrito a la familia de mi futura esposa antes de conocerla, habría pensado que estaban contándome un cuento de Canterbury[4].

Su esposa rio y le dio un pequeño puñetazo en el brazo.

—Desde luego —dijo ella con picardía—, qué suerte tuviste, ¿verdad?

—Sin duda, fue obra del Altísimo —remató el reverendo, con los ojos elevados al cielo.

—Como decía… —lo interrumpió Nicholas, algo seco—. Me gustaría contar con la opinión de Roan en el… asunto de la familia asesina de Gabriel… —Miró a Gabriel antes de continuar—. Así que, si me das tu permiso, Gabe, dejaremos todo en suspenso hasta que lleguen Faith y Roan.

Gabriel apretó los dientes. No le agradaba en absoluto quedarse de brazos cruzados, pero ¿qué otra opción tenía? Comprendía el deseo del duque de esperar. Los méritos de Roan Carew al mando del *Albatross* hablaban por sí solos. Al fin, Gabriel asintió. En efecto, no tenía otra salida.

Nicholas le devolvió el gesto con simpatía. Era obvio que entendía la prisa de Gabriel por actuar.

—Y dado que, por el momento, no podemos hacer nada más que esperar a Roan —prosiguió el duque—, no veo razón alguna por la que no podamos aprovechar un día tan espléndido como este.

—Al fin y al cabo, hoy es San Esteban —añadió Temperance—, y dentro de poco los criados nos dejarán solos hasta la noche. Propongo hacer un picnic frío en el lago.

—Desde luego que será frío —comentó Adam con un fingido estremecimiento.

—Tenemos mantas, y estoy segura de que encontraremos un sitio resguardado donde no haya mucha nieve —apuntó Grace.

—¿No hará demasiado fresco para el pequeño Peter? —preguntó Hope, con un leve ceño.

—Pamplinas —replicó Nicholas—. El fresco les dará color a las mejillas.

—Y estoy convencida de que a Briony también le sentará bien respirar aire puro —añadió Grace, refiriéndose a la niñera de su hijo.

—A Freddy tampoco le vendría mal moverse un poco —declaró Temperance, mirando el vientre bien redondo del sabueso, que dormía junto al fuego.

—Pues decidido —anunció Adam y se puso en pie—. Ojalá considere acompañarnos —le dijo a Gabriel—. Sé que ha pasado usted por mucho y que esta espera debe de ser tediosa, pero, en mi opinión, no tiene sentido quedarse sentado con cara lúgubre dándole vueltas al mismo problema. Cuando llegue Roan, buscaremos la solución entre todos. —Hizo un gesto abarcando la mesa entera y, sin saber por qué, a Gabriel se le hizo un nudo en la garganta.

—Ha sido usted muy generoso, lord Ravenstone —dijo Gabriel con voz ronca.

—Adam, por favor —replicó el conde con una sonrisa—. Me temo que la manía de Nick por mantener un trato informal se nos ha pegado a todos.

—Creo que hay algo que resolver antes de que salgamos —intervino Temperance, y todas las miradas se dirigieron hacia ella. Le dedicó a Gabriel una sonrisa cálida y continuó, con su franqueza habitual—: ¿No es cierto que ahora mismo lleva usted puesta la única ropa que tiene?

—Sí, y es mía —gruñó el reverendo antes de que Gabriel contestara.

—Les ruego su indulgencia —repuso Gabriel con una media sonrisa—. Han supuesto bien. Solo cuento con lo que llevo encima.

—Entonces hay que remediarlo ya —respondió Grace—. Estoy segura de que Nicholas y Adam tienen ropa de sobra en la que, por desgracia, ya no entran. —Lanzó una mirada traviesa al duque y luego alzó la vista hacia Temperance.

—Desde luego —convino esta, y se puso en pie para tomar del brazo a su esposo—. Arreglaremos ahora mismo el problema de su

escaso vestuario, Gabriel, y luego saldremos a divertirnos en la nieve mientras haya luz.

—Yo no iré —dijo Agnes con un exagerado temblor, a la vez que se levantaba—. El frío me machaca los juanetes —añadió, cubriéndose los hombros con su chal—. Pediré que me sirvan algo ligero en el salón; allí estaré más que a gusto.

—¿Quiere que le lleve algo de lectura? —preguntó Temperance con cortesía.

El reverendo soltó un bufido ahogado.

—En media hora estará roncando en el diván. —Al ver el ceño fruncido de su esposa, él se apresuró a añadir—: Y bien que lo mereces, paloma mía.

En menos de una hora, pese a sus protestas, a Gabriel le habían apañado un guardarropa entero, y el grupo, bien abrigado, bajó por el sendero nevado hacia un pequeño lago. Las hijas menores de los Shackleford y su hermano, Anthony, ya llevaban las mejillas encendidas y proclamaban que se morían de hambre, así que Hope y Gabriel terminaron enfrascados con estos en más de una batalla de bolas de nieve para entretenerlos. Freddy, como era de esperar, corría detrás de cada bola o de cualquier cosa que le llamara la atención.

Al acercarse al lago, los niños se adelantaron a saltos hacia la superficie helada y, tras advertirles que no pisaran el hielo, Hope se encontró en la única compañía del vizconde. Era la primera vez que estaban solos desde la mañana anterior en la cocina de la vicaría y, a diferencia de entonces, Hope se quedó sin palabras. Había ocurrido tanto en tan poco tiempo que parecía absurdo ponerse a charlar como si se hubieran conocido en un salón cualquiera.

Gabriel, por su parte, no recordaba cuándo había estado tan cerca de una mujer atractiva. Los escarceos de antes de su viaje a España quedaban ya muy lejos. Y, aunque Cádiz había sido la última de sus misiones —unas por mar, en su etapa en la Marina Real, y otras como enviado del almirante Atwood—, jamás había tenido que salir adelante tanto tiempo con nada más que su ingenio. Sabía que aquella experiencia lo había cambiado para siempre.

Tras verse obligado a dejar la Marina, se había sentido perdido. No se parecía en nada a su padre y prefería vivir lejos de los excesos de la capital. Al principio, creyó que ocuparse de Northwood le bastaría, pero no logró apagar su deseo de dejar una huella en el mundo, de hacer algo que sirviera de verdad para cambiar las cosas.

La voz de su compañera de paseo le sacó de sus pensamientos.

—¿En qué piensa? —preguntó Hope en voz baja.

Gabriel bajó la vista a los ojos avellana de ella y contuvo el aliento. Dios, qué hermosa era. El frío le había dado color a sus mejillas y su boca, y unos rizos leonados que habían escapado de su recogido, le enmarcaban la cara. Contra aquel fondo nevado, tenía un aire casi exótico. Al ver cómo a ella se ruborizaba poco a poco, Gabriel comprendió que la había estado mirando con descortesía durante un buen rato. ¿Qué demonios le pasaba? Se estaba comportando como un necio. Se aclaró la garganta.

—Perdone mis modales, señorita Shackleford —murmuró al fin—. Pensaba que es usted una visión rara y preciosa, y más para alguien que lleva tanto tiempo sin poder disfrutar de un festín semejante para los ojos.

El sonrojo de Hope se acentuó ante la intensa mirada de Gabriel, y no supo qué decir. Se sintió una chiquilla torpe recién salida de la escuela, aunque llevaba casi dos años enseñando a sus hermanos. Bajó la vista de golpe, furiosa consigo misma. No sabía coquetear. Era la primera vez que conversaba con un hombre. ¿Creería él que era tan mundana como sus hermanas mayores? ¿Que podía entrar en un toma y daca ingenioso a primeras de cambio? Si era así, iba a decepcionarlo.

—Yo… Estoy segura de que nos esperan —acertó a decir por fin, aunque veía que el resto del grupo ni siquiera miraba hacia ellos. Hope hizo una rápida reverencia, se recogió las faldas y echó a correr hacia terreno seguro, con unas lágrimas de humillación escociéndole en los ojos.

El sol entraba por la ventana del comedor cuando Benjamin Atwood servía el desayuno a su esposa, Caroline. Compartían mesa y poco más. No se dijeron nada; se limitaron a desayunar.

Caroline no sabía nada de su dolencia. El almirante había conseguido pasar el día de Navidad sin tener que meterse en la cama. Por un momento, había esperado que Henry apareciera, pero tendría que haber sabido que no iba a venir. Ya era el día de San Esteban, y no tenía noticia alguna de su hijo y heredero.

Su hijo y heredero. Benjamin no sabía si reír o llorar. En realidad, lo único que quería era hacer trizas todo lo que alcanzara. Sonrió y asintió a su esposa con cortesía cuando ella le ofreció más té, y no dejó asomar el torbellino que llevaba dentro.

Mientras probaba el té tibio, pensó en cuándo había empezado todo a ir mal. No, no había sido a raíz de la enfermedad; la había mantenido a raya durante años. Incluso llegó a la cumbre de su carrera mientras escondía su vergüenza.

Tampoco fue cuando su hijo se aficionó al juego y se gastó la modesta herencia de su madre, que lo adoraba.

No. Todo se torció cuando Henry intentó pegarle un maldito tiro a su primo, el legítimo vizconde Northwood. El muy idiota no solo falló su disparo; además hizo trampa. Y a él le costó prácticamente todo lo que tenía tapar aquel sórdido asunto provocado por su hijo, además de los favores que tuvo que pedir para que lo nombrasen oficial y lo pusieran al mando de su propio barco, para colmo. A Atwood le brotó el sudor en la frente al recordar cuánto llegó a deber antes de la muerte de Gabriel.

Su sobrino había muerto por culpa de Henry, pero él mismo fue quien lo mató, tanto como si hubiese apretado el gatillo.

¿Y lo peor? Que siempre había querido a Gabriel. En verdad, mucho más de lo que quería a su propio hijo.

Capítulo 9

Hope se arrebujó bajo la manta y contempló cómo los demás se revolcaban en la nieve. O más bien, sus ojos estaban fijos en ellos, pero su cabeza no dejaba de castigarse por lo torpe que había estado con el vizconde Northwood. No tenía excusa: se había comportado como una auténtica bobalicona.

Dirigió una mirada a Grace y Temperance, que discutían con entusiasmo con Felicity, las tres con las mejillas encendidas por el frío y las risas. Hope sabía que no tendría jamás el desparpajo y la seguridad de sus hermanas mayores. Incluso Faith, tan cercana a ella, siempre mostraba más ingenio.

Y no era solo una cuestión de autoconfianza. Su trato con hombres se limitaba a los maridos de sus hermanas; Hope no tenía idea de cómo desenvolverse con alguien del sexo opuesto, fuese noble, plebeyo o, puestos a imaginar, con dos cabezas.

En resumidas cuentas: ella era práctica, demasiado ingenua, cortés hasta el extremo… y tan sosa como un caldo aguado.

¿Qué hombre podría sentirse atraído por una mujer con semejante lista de virtudes, y peor aún, tratándose de la hija sin fortuna de un vicario? Hope frunció el ceño. ¿No tendría, al menos, alguna cualidad en su haber?

Había librado a sus hermanas de más de un aprieto y, cuando su carruaje fue asaltado en Navidad, había plantado cara a los matones con una rapidez que hasta a ella misma le sorprendió. Tal vez, todavía no había llegado el momento de demostrar de qué era capaz.

Unos chillidos la devolvieron a la realidad. Vio a Patience tumbada en la nieve mientras Chastity, subida sobre ella, le embadurnaba el cuello con nieve. Hope sonrió sin querer. Por mucho que a veces la sacaran de quicio, no podía negar lo afortunada que era al formar parte de aquella familia. ¿Qué importaba si nunca se casaba? Tenía a los suyos a su lado y, aunque en ocasiones anhelara la soledad, sabía que sus hermanas y su hermano jamás la dejarían desamparada.

De pronto, Prudence señaló hacia el camino de entrada y gritó:

—¡Son Faith y Roan!

La atmósfera festiva se desvaneció de inmediato. Nicholas se levantó de un salto, y las damas se apresuraron a recoger la comida. Hope sintió un nudo en la garganta al ver cómo el duque intercambiaba una mirada con el vizconde. Su breve escapada había terminado.

Todos llegaron justo cuando Faith y Roan descendían del carruaje.

—¡Santo Cielo, no me siento el trasero! —se quejó Faith, bajando con un gemido. En cuanto vio a su hermana gemela, se le iluminó el rostro. Corrió hacia ella y se abrazaron entre risas y lágrimas—. Te he echado tantísimo de menos —murmuró Faith con emoción.

—¿Qué ocurre? —rio Hope—. ¿Ya se te ha pasado el entusiasmo por la vida de casada?

Faith soltó una carcajada y enlazó su brazo con el de su hermana.

—La vida de casada es maravillosa —aseguró con un guiño—, pero no puedo negar que echaba de menos tus sensatos consejos. —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. Dime, ¿quién es ese caballero tan apuesto al que están presentando a mi esposo? ¿Acaso pretende cortejar a mi gemela, tan práctica y formal?

Las mejillas de Hope se encendieron sin remedio, lo que provocó la risa traviesa de Faith.

El reverendo refunfuñó con brusquedad, interrumpiéndolas.

—Yo no sé ustedes —dijo—, pero he tenido más que suficiente de estar dando tumbos en este maldito frío. Como siga aquí fuera, no respondo de mis piernas.

Sin perder tiempo, todos se dirigieron hacia la casa.

El servicio ya había regresado de visitar a sus familias, y un fuego rugía en la chimenea del vestíbulo. Allí les esperaba el mayordomo de Adam con una bandeja llena de tazas de chocolate caliente.

—Jamieson, es usted un verdadero tesoro —comentó Temperance, calentándose las manos en la taza humeante.

Adam se volvió hacia un criado.

—Acompañe a los señores Carew a su habitación. —Luego se dirigió al grupo—. Creo que lo mejor será que todos se arreglen un poco antes de reunirnos en el salón… ¿Dentro de una hora?

Faith frunció el ceño y miró a su esposo. Se sintió como si la estuviera despachando, algo nada habitual en él. Estuvo a punto de replicar que no necesitaba arreglarse, pero captó la tensión del ambiente y calló. Ocurría algo que ella ignoraba y miró a Hope, justo a tiempo de sorprenderla observando al recién llegado.

Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no había duda de que tenía que ver con aquel desconocido tan atractivo.

Cuando se reunieron de nuevo en el salón, las velas ya se habían encendido y el fuego chisporroteaba en la chimenea. Los pequeños Shackleford habían sido enviados a cenar temprano al cuarto de los niños, no sin protestas, salvo Patience, quien, con sus dieciséis años, insistió en quedarse.

Ya había oscurecido del todo cuando Roan y Faith escucharon el relato de lo sucedido en los últimos días. Gabriel, que admitía lo acertado de contar con la opinión de aquel antiguo capitán de mar, agradeció no encontrar reproche en su mirada, sino una compasión que lo obligó a tragar saliva.

—Está claro que debemos procurar restituirle su título de vizconde —dijo el duque—, pero lo más importante es proteger su seguridad.

—Tiene toda mi simpatía, Northwood —dijo Roan—. Sé bien lo que es sentirse completamente solo en el mundo, sin nadie que te tienda la mano. —Se volvió hacia Nicholas—. Conozco a Henry Atwood, aunque de manera superficial. Se rumoreaba que su padre pagó una buena suma para garantizarle el mando de su barco, pero

nunca se probó y nadie lo discutió. El almirante Atwood goza de gran respeto en la Marina y tiene más contactos que la mayoría. ¿Por qué iba a querer la muerte de su único sobrino? Puede que ansíe el título de Northwood, pero parece excesivo ir tan lejos.

—Eso mismo pensaba yo —respondió Gabriel—. Mi primo siempre me detestó, aunque lo achacaba a rivalidades de familia. Si, como dice usted, mi tío pagó tanto dinero para impulsar la carrera de Henry, es lógico suponer que parte de ese dinero sirvió para tapar el escándalo de nuestro duelo. Si se descubriera que mi primo hizo trampas, lo excluirían de todos los círculos sociales que tanto le importan. En realidad, la opinión de sus iguales siempre fue más valiosa para él que para mí. —Gabriel frunció el ceño—. La reputación de mi tío también se habría visto destruida, si la necedad de Henry saliera a la luz.

El reverendo gruñó con sequedad.

—Así que ese empeño en verlo a usted en el fondo del mar puede deberse a que teme que abra el pico… o a que necesite dinero.

—La última vez que supe de él, su parte del botín le había asegurado una vejez holgada —observó Roan—. Así que quizá todo gire en torno al título. —Movió la cabeza—. A menos que existan deudas de las que no tengamos noticia. —Miró a Gabriel—. ¿Le insinuó alguna vez su tío que deseara hacerse con su título?

—No que yo recuerde —respondió Gabriel—. Creía que él era cercano a mi padre y siempre lo vi como un militar entregado. Es cierto que se murmuraba que Benjamin Atwood habría sido mejor vizconde Northwood que mi padre. Y, siendo sincero, no puedo negarlo: lo único que a mi padre le importaba eran las apuestas. —Negó con una sonrisa amarga—. Pero mi tío nunca dio crédito a esos rumores; se limitaba a reírse de ellos.

—¿Tuvo el almirante algo que ver con que usted ingresara en la Marina? —preguntó Adam con interés.

—Por completo —contestó Gabriel—. Él fue mi referente en la infancia. Sin su influencia, seguramente habría malgastado mis años con la bebida y el juego, como mis compañeros.

—¿Y cree que ya entonces él esperaba que no fuera a heredar el título? —insistió el conde.

Gabriel arrugó la frente.

—Es posible, supongo, pero siempre creí que me tenía verdadero afecto. En realidad, pasé más tiempo con mi tío, de niño, que su propio hijo.

Nicholas tomó la palabra.

—Perdonen, caballeros, pero tanta especulación no nos lleva a ninguna parte. La realidad es que el primo de Gabriel intentó asesinarlo a sangre fría. Y aunque aseguró que lo hizo por orden de su padre, no tenemos más que su palabra. El motivo es secundario. Lo esencial es proteger a Gabriel y llevar a los culpables ante la justicia.

—Y, por supuesto, devolverle su título —añadió Grace, con la indignación vibrando en su voz.

—En cuanto su primo sepa que sigue vivo, tratará de acabar con usted de una vez por todas —comentó Roan—. A él no le queda otra, o lo perderá todo. Quizá crea que su intento de asesinarlo en Cádiz sería difícil de demostrar, pero no querrá arriesgarse a poner su nombre en jaque ni a perder su derecho sobre Northwood.

—Yo sigo pensando que hay que descubrir el motivo —insistió Temperance—. Si probamos que lo hizo por dinero, eso le dará aún más peso a nuestra causa.

Adam asintió despacio y miró a Nicholas.

—Creo que soy yo el más indicado para investigar. —Levantó la mano para detener la protesta del duque—. A usted lo tienen en el punto de mira, Nick, y a mí no. Nadie se extrañará si paso unos días en el pueblo, con la excusa de mis negocios.

—Usted no cuenta con los mismos contactos en el ejército —objetó Nicholas, visiblemente reacio a dejar que otro se pusiera en peligro.

—Pero yo sí tengo —replicó Roan—. Tal vez mis relaciones no sean tan notables como las suyas, Nick, pero estoy seguro de que puede proporcionarme discretamente cartas de presentación para aquellas personas en quienes confía. Al fin y al cabo, es lógico que

yo quiera invertir mis ganancias en negocios navales. Incluso podría llegar directamente a la fuente.

Faith no protestó, pero su expresión dejaba claro lo poco que le agradaba la idea de que su marido corriera riesgos.

Antes de que nadie más pudiera hablar, Gabriel estalló:

—¡Al demonio! No puedo permitir que ninguno de ustedes arriesgue su vida por mí. Ya han hecho más de lo que nadie en su sano juicio habría hecho. Para la mayoría, soy un completo extraño. —La frustración y la angustia de Gabriel eran palpables.

—No podríamos, en conciencia, abandonarlo a estas alturas, Gabriel —repuso Adam con ironía—, y menos ahora, que tenemos confianza y lo tratamos por su nombre.

—¡No hay cosa que esta familia disfrute más que resolver un misterio! —exclamó el reverendo.

—Quizá en esta ocasión se esté refiriendo a usted mismo, padre —replicó Faith, alzando las cejas.

El reverendo Shackleford carraspeó con incomodidad, agitó la mano con aire distraído y añadió:

—Estoy, sin duda, demasiado viejo para andar recorriendo el campo en busca de presuntos asesinos.

—Bueno, eso no le detuvo la última vez —respondió Faith, mordaz.

El reverendo se recostó en su sillón y contempló a su hija con cierto remordimiento. Tras una larga pausa, dijo:

—Puedes estar segura, querida Faith, de que he aprendido la valiosa lección que el Altísimo quiso darme en Torquay.

—Al menos esta vez no es usted el promotor, padre, y eso ya es una grata novedad —comentó Grace, sin hacer caso al fulminante gesto de indignación de su progenitor.

—¿Y qué hay de la seguridad de Gabriel mientras tanto? —preguntó Hope, hablando por primera vez—. Es evidente que sus parientes intentarán acabar con él antes de que se haga público que ha regresado.

—Precisamente en eso confiamos —respondió Nicholas—. Tenemos que lograr que se descubran a sí mismos en un acto temerario. Una vez lo hagan, los atraparemos.

—¿Y si no les damos esa oportunidad? —replicó Hope—. Si anunciamos sin más al mundo que el antiguo vizconde ha regresado, ¿no bastaría con eso para frenar cualquier nuevo intento de asesinato?

Roan se encogió de hombros.

—Eso nos devuelve al tema del dinero. Si el almirante o Henry Atwood están arruinados, podrían estar desesperados. Y aparte está su temor de que la verdad acabe saliendo a la luz. Por supuesto, darán por sentado que Gabriel no dejará ningún cabo suelto. De nuevo, piensa en el escándalo. —Roan sacudió la cabeza—. En mi opinión, es un riesgo que no podemos correr, a menos que primero logremos pruebas suficientes de su traición.

—Preferiría arriesgarme yo mismo antes que ponerlos a ustedes en mayor peligro —protestó Gabriel con vehemencia.

—Si usted no hubiese creído que lo iban a acariciar con una pala en cuanto asomase la cara —gruñó el reverendo—, no habría acudido a Nicholas desde el principio.

Una voz exasperada interrumpió la discusión:

—¡Diablos! Está más claro que el agua que ese Henry está chiflado por completo. Así que basta ya de tanto palique. ¿Cómo vamos a ponerle piedras en el camino a ese bastardo?

Un silencio ensordecedor cayó sobre la sala, mientras todos los presentes miraban a Patience, quien les devolvió la mirada con rebeldía.

—A decir verdad —comentó Felicity Beaumont unos segundos después—, yo misma no podría haberlo expresado mejor.

Henry Atwood estaba borracho. No era raro en él, aunque sí lo era que a esas horas de la mañana —ni siquiera eran las once— ya estuviera tan bebido. Pero, al fin y al cabo, era Navidad.

Se hallaba tumbado en el diván, en el que podía contemplar la espléndida vista desde el salón principal de Northwood Court. Había nevado, y el paisaje parecía sacado de un cuento de hadas.

Pero Henry no veía nada de aquello. Sus ojos estaban fijos en la botella de oporto casi vacía y dudaba si hacer sonar la campanilla para llamar al nuevo mayordomo en ese instante, o esperar a

terminarla. Porque se acabaría esa botella, y sin duda pediría otra, que ya sería la tercera. Había algo extrañamente satisfactorio en vaciar la bodega de su padre.

El problema era que, por más que se negara a admitirlo, en su interior seguía pensando que todo aquello pertenecía a Gabriel. Y sabía que su padre también lo creía. Por eso el viejo avaro no soportaba poner un pie en Northwood Court.

Maldito Gabriel Atwood…

Henry recorrió la sala con una mirada turbia. Él ni siquiera debería estar allí. Su padre era quien debía haberse hecho cargo y convertirse en el vizconde que todos deseaban, mientras él —su único hijo y heredero— renunciaba a la Marina y se entregaba a los placeres de Londres.

Su padre le había prometido que no tendría que seguir en la condenada Marina, que sería solo algo temporal, hasta que la gente olvidara. Pero allí seguía, todavía como capitán, mientras el vizconde Northwood languidecía en su vieja y maltrecha mansión. Nadie lo había visto en meses.

Y, para colmo, Henry no podía quitarse de la cabeza la idea de que Gabriel no estaba realmente muerto. Que, pese a haberlo arrojado desde lo alto de un campanario, su primo había sobrevivido de algún modo.

Incapaz de sacudirse esa sensación, se había ocupado de enviar un espía a Blackmore. Estaba seguro de que el bastardo de Gabriel iría allí si lograba arrastrarse de vuelta a Inglaterra. Incluso había mandado a sus hombres a perseguir un carruaje que había salido de Blackmore la mañana de Navidad, por si resultaba que viajaba en él su primo muerto.

Todo aquello empezaba a trastornarlo. Tenía que controlarse. Apuró su copa de oporto y tocó la campanilla para llamar al mayordomo.

Mañana. Mañana sería él quien tomase las riendas.

Capítulo 10

Por suerte, no nevó durante las semanas siguientes como se esperaba y, apenas tres días después, Roan partió hacia Londres junto con Faith.

—Podemos decirles a todos que buscamos casa en la ciudad —le comentó ella cuando su marido protestó por que lo acompañara—. Es una excusa perfectamente plausible para explicar mi presencia.

Para frustración de Roan, el resto de la familia consideró que era una idea sensata, y Adam incluso les ofreció su residencia en Londres para alojarse. En justicia, el antiguo capitán de la Marina no opuso gran resistencia: ya había recorrido aquel camino con su extensa y obstinada familia en más de una ocasión.

Se decidió que el resto del grupo continuaría con sus planes de regresar a casa, pero con un cochero adicional. Al subir al pescante, Gabriel agradeció que esta vez llevase ropa interior de lana.

El único cambio respecto al plan inicial fue completar el viaje a Blackmore en una sola jornada, aunque el reverendo refunfuñó porque esperaba, al menos en esta ocasión, librarse de acabar con las posaderas hechas puré al llegar a su destino.

Una vez en Blackmore, se esforzarían en ocultar a su inesperado huésped. La casita Pear Tree, en las tierras del duque, se consideró el lugar idóneo para ello: a pesar de los recuerdos dolorosos que le evocaba a Grace, estaba lo bastante apartada tanto de la aldea como de la casa principal, lo que evitaba cotilleos o la curiosidad indebida de vecinos o forasteros.

Luego esperarían allí unos días, aparentando una vida normal y rutinaria, antes de decidir el siguiente movimiento, que dependería

por completo de si Roan lograba reunir pruebas de peso contra el almirante Atwood o su hijo Henry.

Por fortuna, el trayecto a Blackmore, aunque aburrido, transcurrió sin incidentes, para decepción de los más jóvenes Shackleford, que se pasaron todo el tiempo mirando por la ventanilla por si aparecía de pronto algún salteador de caminos.

La presencia del legítimo vizconde Northwood en su refugio temporal pasó inadvertida.

Y como comentó el reverendo en su primera noche de vuelta a la vicaría: «Las cosas siempre salen bien a los justos».

A lo que Percy prefirió no replicar.

En los tres días transcurridos desde que habían introducido a Gabriel a escondidas en la casita Pear Tree, Hope no había conseguido encontrar una excusa para hacerle una visita.

No es que no lo hubiese intentado, pero en realidad su tiempo lo absorbían por completo sus hermanos pequeños. Aunque su padre había ordenado a Patience que asumiera parte de aquella responsabilidad, la muchacha de dieciséis años prefería pasar el día correteando por el campo vestida de muchacho.

La familia había renunciado hacía tiempo a impedírselo, sobre todo porque Patience había demostrado ser una consumada cerrajera. De dónde había sacado aquella destreza, tan impropia de una señorita, era un misterio, ya que la joven se negaba a revelar el nombre de su maestro. Sumado a su habilidad para trepar como un mono, resultaba prácticamente imposible obligarla a quedarse donde no deseaba.

Además, a ojos de su padre, Temperance ya había hundido la dignidad familiar —o al menos las convenciones sociales— con sus actos de un par de años atrás y, según las revistas femeninas que devoraba su esposa, Tempy era ahora toda una celebridad. O quizá, como sospechaba Hope, el reverendo simplemente se había rendido a lo inevitable.

Pero aquel día, Hope había encontrado la resolución que necesitaba para actuar. El día anterior había logrado que Patience le prometiera que ella se encargaría de los niños durante toda la

jornada siguiente. Por supuesto, la promesa no le había salido gratis a Hope, pero esta prefirió no pensar demasiado en qué favor le exigiría su hermana más adelante.

Tampoco quiso preguntarse por qué deseaba con tanto empeño volver a ver al vizconde. No era propio de ella mostrarse tan vehemente en nada, habituada como estaba a permanecer en un discreto segundo plano. Y, sin embargo, el recuerdo de aquellos ojos grises, tan penetrantes, y de la sonrisa torcida que parecía guardar un secreto, le agitaba algo muy hondo. Era una sensación desconocida, como si alguien hubiese encendido un fuego en un rincón oculto de su interior.

Su última conversación a solas había sido un desastre y, aun así, Hope se había jurado que no permitiría que Gabriel se marchara con la idea de que ella no era más que una cabeza de chorlito. Tenía que verlo de nuevo, tenía que demostrarle… algo, aunque ni siquiera supiera el qué.

Aunque estaba segura de que desde la casa del duque lo abastecían con generosidad, en cuanto estuvo vestida bajó a la cocina de la vicaría, esperanzada en encontrar algún dulce que llevarle. Para su fortuna, la estancia estaba vacía excepto por Freddy, que roncaba en su sitio habitual junto al fuego. Sobre la alacena, sin embargo, lo primero que vio fue un pudin de pan y mantequilla, destinado a la cena de esa noche. Reprimió un escalofrío: la señora Tomlinson era famosa por su pudín, y no precisamente por su exquisitez, sino porque resultaba tan correoso que bien podría servir como suela para unas botas.

Hope soltó un suspiro resignado. Desde luego, no iba a conquistar el corazón del vizconde con semejante manjar… Entonces se quedó rígida. ¿Conquistar su corazón? ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso se había vuelto loca?

Se dejó caer en la silla de la cocina y se cubrió la cara con las manos. Sí, lo estaba. Estaba perdiendo la cabeza, si de veras creía que había la menor posibilidad de que Gabriel Atwood se interesara en ella. Oh, ella rellenaba bien sus vestidos —demasiado, quizá—, pero su pelo rojo no era nada apreciado. Los mozos del pueblo se lo repetían con cruel insistencia: ningún hombre se acercaría de buen

grado a una pelirroja, «no fuera a ser que les arrancara los colgajos de cuajo».

Hope ni siquiera estaba segura de qué eran exactamente esos colgajos masculinos, ni por qué una mujer querría arrancarlos, pero lo que quedaba claro era que las pelirrojas no tenían buena fama.

Así que no, no tenía sentido hacerse ilusiones.

Levantó la cabeza y miró con cierta envidia al sabueso dormido junto al fuego. Qué sencillo sería todo, si la vida consistiera en dormir y soñar sin hacerse preguntas ni tener sobresaltos. Se puso en pie con un humilde propósito: ir a buscar un libro. La lectura la apartaría de aquellas ideas absurdas, y al menos aprovecharía la rara ocasión en que Patience se hubiese dignado a encargarse de sus hermanos menores.

Justo cuando estaba a punto de salir, la puerta del patio se abrió de golpe.

Era Jimmy, el mensajero oficioso del duque de Blackmore, con el rostro desencajado.

A sus doce años, al granuja empezaban a ensanchársele los hombros, prometiendo convertirse en un joven apuesto, si lograba moderar su manía de buscar triquiñuelas a cada paso. Si no lo hacía, Hope temía que acabara en el extremo equivocado de una soga. Nunca había entendido por qué Nicholas confiaba tanto en él.

Pero ahora el muchacho la miraba con una expresión que nunca le había visto antes: culpa.

—Disculpe, señorita Shackleford, ¿está el reverendo?

Hope frunció el ceño.

—No lo creo, Jimmy, suele hacer sus visitas parroquiales por la mañana. ¿Ha ocurrido algo?

El muchacho vaciló unos segundos, luchando consigo mismo, hasta que de pronto soltó de golpe:

—Es el *invitao* de Su Excelencia…, el de la casita. *Pa'mi* que... *la ha diñao*.

Capítulo 11

A Hope le llevó unos segundos darse cuenta de que Jimmy se refería a Gabriel y, en cuanto lo comprendió, se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué? ¿Cómo? —balbuceó, con un nudo en la garganta.

—No lo sé, señorita. Parece que *s'a dao* un golpe en la *azotea*. Había sangre por *toas* partes. —El muchacho estaba a punto de echarse a llorar y, de repente, pareció mucho más joven. Toda su fanfarronería había desaparecido; solo se le veía asustado—. No *pueo* decírselo a Su Excelencia; no volverá a fiarse de mí. ¡Era mi maldito trabajo vigilar al bastardo!

—Cuida ese lenguaje, Jimmy —dijo Hope por pura inercia, mientras su mente trabajaba a toda prisa pensando qué hacer. ¿Habrían dado con él sus enemigos y lo habrían dejado por muerto? No había tiempo de buscar a su padre, ni a nadie. Tendría que ir ella —. Dile a Seth que enganche a Lucifer al carro —le ordenó al muchacho, y echó a correr a la despensa para coger cualquier cosa que pudiera servirle.

Mientras iba echando cosas a la cesta, Hope se preguntó, con una risa nerviosa, si el pudin de la señora Tomlinson serviría para taponar una herida en la cabeza.

Hope solo tardó cinco minutos en echarse la capa por los hombros y salir al patio. Por suerte, Seth —el único mozo de cuadra — le había visto la cara a Jimmy y se había abstenido de protestar. Jimmy ya estaba sentado en el banco de listones del carro. Hope subió a toda prisa a su lado, tomó las riendas y, segundos después, salían disparados al camino.

A diferencia de sus hermanas, Hope se entendía mejor con los caballos. O quizá exageraba un poco. La verdad era que conseguía que el único caballo de la casa, Lucifer, hiciera lo que la mayoría de sus hermanas nunca lograban. Su padre siempre decía que era porque ella se parecía a su madre, la única persona a la que aquella bestia de mal genio había tolerado mínimamente. Otra cosa era que Hope se atreviera a montarlo.

Aun así, manejaba las riendas con la suficiente seguridad para llevarlo a donde ella quería. Ayudaba también que Lucifer no había estirado bien las patas desde antes de Navidad. El viento les azotaba la cara mientras volaban por el sendero y, si Jimmy ya venía con miedo, una ojeada al chico le bastó a Hope para ver que ahora estaba absolutamente aterrorizado.

Hacía rato que se le habían esfumado las fantasías románticas: Hope solo pensaba en llegar cuanto antes. No se permitió siquiera considerar la posibilidad de que el vizconde estuviera muerto. Seguramente, el Altísimo no lo habría puesto a prueba tantas veces para que muriera justo cuando la seguridad parecía estar a su alcance.

Por fortuna, para llegar a la casita no tenían que cruzar la aldea. Aunque quizá encontrara por allí a su padre, a aquella velocidad llamarían demasiado la atención y, que ella supiera, las dotes médicas del reverendo no eran mejores que su pluma para los sermones. Estaba claro que necesitaban a Malcolm, y Hope decidió dejar a Jimmy al pie del camino de la finca del duque para que el muchacho fuera a buscar al ayuda de cámara de Nicholas lo antes posible.

Cuando detuvo el carro con un bandazo ante la imponente entrada, le dijo a Jimmy, sin dejar lugar a dudas, que si no aparecía con Malcolm en el plazo de una hora, lo colgaría ella misma del pescuezo.

—Ni se te ocurra largarte —le gritó Hope mientras el chico saltaba al suelo.

—Tranquila, señorita —rezongó él, envalentonado por el simple hecho de seguir vivo tras el trayecto—. Estoy aquí, no en la maldita Torquay.

—Y no maldigas —añadió Hope por encima de su hombro, justo cuando el aún fogoso Lucifer se lanzó de nuevo hacia delante.

Quince minutos después, el caballo galopaba por el sendero que llevaba a la casita Pear Tree, con el carro dando botes detrás. Entre la euforia y el puro pánico, Hope tiró con fuerza de las riendas al llegar frente a la cabaña; durante unos segundos de infarto, creyó que Lucifer no iba a frenar y que ella tendría que saltar, pero el animal se detuvo por fin, temblando.

Durante un instante, Hope se quedó paralizada. Luego, recordando por qué estaba allí, saltó del carro, cogió la cesta y corrió hacia la casa.

—Te lo compensaré, Lucy —le gritó al caballo mientras empujaba la puerta.

El interior de la casita estaba en penumbra, y Hope tuvo que esperar un momento a que los ojos se le acostumbraran.

—¿Lord Northwood? —llamó—. ¿Gabriel?

No hubo respuesta. Con el corazón desbocado, dio un paso hacia lo que parecía ser la sala principal.

En el suelo distinguió la silueta de un hombre inmóvil.

Con un leve grito, Hope dejó la cesta y se arrodilló junto a él. Jimmy tenía razón: había mucha sangre en el suelo. Tragándose un sollozo, se inclinó y acercó la mano a la boca de Gabriel para comprobar si respiraba.

No pudo reprimir un gemido al no sentir su aliento. Estaba a punto de empezar a masajearle el pecho —un remedio que había leído que funcionaba en casos de apoplejía— cuando la boca de él se abrió y soltó un suave ronquido.

Y no fue lo único que salió de sus labios: el tufo a alcohol bastaría para tumbar al bebedor más curtido. Hope tosió y se apartó, carraspeando.

El alivio por hallarlo vivo se mezcló al instante con la irritación. Hope miró a su alrededor y reparó por fin en dos botellas de coñac vacías. Cielos, ¿se las habría bebido él solo? Volvió la vista hacia Gabriel, aún medio inconsciente. Aunque seguía respirando, ella ignoraba lo grave que podría ser el golpe. Estaba claro que él se había caído en plena borrachera y se había dado contra algo. Hope

sabía poco de heridas en la cabeza, salvo que podían ser muy peligrosas.

Se inclinó de nuevo y giró con cuidado la cabeza hacia un lado: en la sien había una pasta pegajosa de color rojo. Con tanta sangre era imposible juzgar la gravedad de la herida. Hope se puso en pie, corrió a la pequeña cocina y respiró aliviada al hallar una cacerola con agua, todavía tibia, colgada sobre las brasas.

La llevó a la sala, sacó un paño de su cesta y lo mojó en el líquido templado. Se aplicó a limpiar la sangre reseca. Al cabo de cinco minutos, Hope se sentó sobre sus talones, mareada y contenta a partes iguales: la lesión parecía más bien superficial, aunque fea. Quizá hicieran falta unos puntos, pero eso podría dejarlo en manos de Malcolm cuando llegara.

Quedaba la gran pregunta: ¿qué hacía ahora? Desde luego, no podía subirlo a la cama ella sola y, además, no sería decoroso. Frunció el ceño. En realidad, ni siquiera debería estar allí con él, algo en lo que ni había reparado cuando decidió venir. Miró su rostro dormido. Difícilmente iba a intentar ultrajarla en su estado. Hope intentó ignorar el extraño cosquilleo que, solo de pensarlo, le corría desde la garganta hasta las piernas. ¿Qué demonios le pasaba? Se estaba volviendo como Temperance.

Una almohada. Eso sí que lo podía hacer: ponerle una almohada bajo la cabeza para que estuviera más cómodo.

Hope se levantó de nuevo, tomó un cojín del sillón junto al fuego y volvió junto a su «paciente», solo para encontrarlo mirándola con desconcierto.

—¿Qu…? —murmuró Gabriel, tratando de incorporarse.

—¡Quieto! —chilló ella, y al instante se encogió al verlo llevarse la mano a la cabeza con un gemido—. Perdón —añadió Hope en un tono mucho más suave, arrodillándose una vez más a su lado—. Por favor, no intente moverse. Creo que se ha caído y se ha golpeado en la nuca. —Le mostró el cojín mientras él seguía mirándola, absorto —. Voy a ponerle esto debajo de la cabeza —explicó, preguntándose si el golpe lo habría dejado un poco aturdido.

Con cuidado, Hope se inclinó y le alzó la cabeza, lo que hizo que el rostro de Gabriel quedara un instante enterrado en el pecho de

ella. Incapaz de evitar ponerse roja como un tomate —aunque él no pudiese verla—, le encajó el cojín debajo y le soltó la cabeza a toda prisa.

Un juramento ahogado de Gabriel acompañó el golpe sordo de su cráneo contra el cojín, y Hope hizo una mueca, arrepentida al instante.

—¿Está bien? —preguntó.

—Ahora mismo no siento el cuerpo, y la cabeza me va a estallar —murmuró él, palpándose con las manos dónde le dolía más.

—No se toque —saltó ella, de forma instintiva.

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Nadie le ha dicho nunca que su voz es un tanto potente, señorita Shackleford? —gruñó él, apagado.

—Desde luego, lord Northwood; pero si usted no hubiese bebido con tanta alegría hasta emborracharse, no se habría caído ni se habría golpeado la cabeza y, en consecuencia, yo no habría tenido que gritar.

Él abrió de nuevo los ojos y la miró con somnolencia.

—¿Borracho, dice? —Gabriel negó con la cabeza, y un punzante dolor lo atravesó—. No recuerdo nada más allá de esta tarde, pero eso no significa que esté ebrio. Puede ser solo por el golpe. Me temo que se equivoca, señorita. —Intentó levantarse, pero desistió enseguida y volvió a caer sobre el cojín con otro gemido.

—¿Me está acusando de mentirosa? —replicó Hope, indignada, poniéndose en pie para recoger del suelo las dos botellas vacías—. Si es así, señor, le sugiero que se fije en esto. —Le pasó las botellas por delante de la cara—. Yo desde luego no me las he bebido, y sospecho que aquí no hay nadie más que pueda haberlo hecho.

Gabriel entornó los ojos mientras miraba las botellas que bailaban sobre su cabeza.

Maldita sea, ¿se habría bebido dos botellas enteras de coñac? Recordaba haberse sentado junto al fuego, inexplicablemente abatido, y pensar que, en algún lugar del mundo, ya sería hora de tomar un trago… y, a partir de ahí, nada.

—No es posible que me haya bebido las dos desde esta tarde —murmuró.

—¿Esta tarde? —replicó Hope—. Lord Northwood, ya es por la mañana y, según mis cuentas, lleva usted en el suelo casi toda la noche.

Por un instante, a Gabriel le costó creerlo; se preguntó si eso le importaba en absoluto y decidió que no. Cerró otra vez los ojos: el simple esfuerzo de enfocar aquellas botellas danzantes le revolvió el estómago. Pensó, de manera fugaz, que si fingía dormirse, quizá Hope lo dejaría en paz y se marcharía. La respuesta llegó un segundo después.

—Quizá se encuentre mejor si se incorpora —sugirió Hope, por suerte para Gabriel, con una nota menos estridente.

Él abrió los ojos de nuevo y esta vez miró directamente a la figura que tenía encima, y reparó por primera vez en su aspecto descompuesto. El cabello, que en gran parte se había escapado de las horquillas, le caía en rizos casi insolentes alrededor del rostro. Tenía las mejillas encendidas y un velo de sudor le perlaba la frente.

Parecía recién levantada del lecho.

De inmediato, imágenes de sus cuerpos desnudos y entrelazados le asaltaron la mente. Casi podía verla con los labios entreabiertos, la piel húmeda, agitándose bajo él. Su cuerpo respondió al instante. Gabriel maldijo para sus adentros y recobró de golpe la lucidez.

Al mismo tiempo, advirtió que Hope estaba sola: no la acompañaba nadie, ni siquiera una doncella.

—¿Ha venido con alguien hasta aquí, señorita Shackleford? —preguntó Gabriel, ronco, temiendo la respuesta.

—Eh…, no —contestó Hope, y su rubor creciente indicaba que había entendido perfectamente lo que él insinuaba.

Gabriel volvió a gemir, esta vez por motivos bien distintos.

—Debe marcharse de inmediato —dijo, intentando incorporarse una vez más.

—De ningún modo —replicó Hope al instante, alzando la voz sin querer, y Gabriel apretó los ojos, dejándose caer de nuevo sobre el cojín.

—Perdón —musitó ella—. Es que…, bueno, Jimmy vino a pedirme ayuda, y yo pensé…, bueno, él pensó…, que usted estaba muerto. Así que lo mandé a que buscase a Malcolm y viniera enseguida.

—Sola —intervino Gabriel, cansado.

—Sí, sola —confirmó Hope—. ¿Debería haberme puesto a buscar una carabina? Creí que estaba usted… ¡muerto! —Hope gritó la última palabra sin disculparse, con una inesperada humedad en sus ojos.

Pensó que Gabriel protestaría, pero, en lugar de eso, él suspiró.

—Necesito levantarme del suelo —murmuró—. Me duele tener que pedirle más, señorita Shackleford, cuando ya ha hecho usted más de lo exigible por mi bienestar, pero… ¿sería tan amable de ayudarme a incorporarme?

—No sé si será lo mejor para su cabeza —objetó Hope, rectificando por completo su sugerencia anterior.

—Si llega alguien y me encuentra tirado en el suelo, medio desnudo, no será lo mejor para su reputación —replicó Gabriel entre dientes.

Por primera vez, Hope reparó en el atuendo de él. O en su falta de atuendo. Llevaba solo unos calzones finísimos, desabrochados. Y su camisa, de fina muselina y abierta casi hasta la cintura, dejaba ver un pecho esculpido, salpicado de vello negro que descendía por su abdomen plano y firme… y más abajo.

Esta vez, Hope no pudo reprimir su rubor; se le puso la cara tan roja, que competía con su propio cabello. Gabriel arqueó una ceja, burlón ante su tardía toma de conciencia, y alzó la mano.

—Si me ayuda a sentarme, creo que a partir de ahí podré apañarme solo.

Sin fiarse de que su voz no la traicionase, Hope dio un paso y le tomó la mano. Estaba caliente, y ella se obligó a calmar el absurdo galope de su corazón.

—A la de tres: tire —murmuró Gabriel—. Una, dos, tres…

Hope tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. Por desgracia, el agarre de Gabriel era mucho más firme que el de ella y, aunque él logró incorporarse, Hope sintió que perdía el equilibrio. Al notar que la sujeción flaqueaba, Gabriel soltó de inmediato, pero ya era tarde: con un gritito, Hope cayó hacia delante y, apenas con tiempo para girarse, fue a parar sobre el regazo de él.

Capítulo 12

Al aferrarse a sus hombros para no caerse, lo primero que pensó Hope fue que no solo la mano de Gabriel estaba caliente; después, todos sus pensamientos se desvanecieron al alzar la cabeza y mirarlo a los ojos.

Ningún hombre la había mirado jamás con deseo. De hecho, Hope había llegado a preguntarse si podría inspirarlo alguna vez. Al encontrarse con la mirada de Gabriel, dejó de dudarlo: él tenía las pupilas dilatadas y el gris que las rodeaba era el de un mar embravecido. Aquella mirada la devoraba con tal ansia que se le cortó la respiración y el corazón se le desbocó.

Sin pensar, Hope se movió, buscando sin darse cuenta acercarse a aquel calor. Entonces fue Gabriel quien contuvo el aliento. Con los ojos brillantes, soltó una maldición, la atrajo hacia sí y cubrió su boca con la suya.

Los labios de él se deslizaron sobre los de Hope con el hambre de un náufrago, y ella, con un gemido bajo, cedió a aquella desesperación, entreabriendo los suyos bajo su presión. Perdida en un océano de sensaciones, Hope no protestó cuando la mano de Gabriel buscó unos de sus senos y sus dedos acariciaron con destreza el pico rosado. Al contrario, ella gimió en su boca y se arqueó hacia él, mientras una necesidad inquieta le corría del pecho al centro mismo de su cuerpo. Febril, Hope enterró sus dedos en el cabello de la nuca de Gabriel, hasta que… de pronto, bruscamente, él apartó su boca y la empujó.

—Tenemos que parar —logró decir Gabriel, ronco.

Jadeando, Hope negó a ciegas y volvió a pegarse a él. Una parte pequeña y sensata de ella sabía que él tenía razón, pero todo su cuerpo vibraba con su contacto. Estaba más viva que nunca y, por Dios, no quería que aquello terminara. Jamás.

—Hope… —gimió Gabriel, cuando ella volvió a buscar su boca—. Si no se aparta ahora, puede que no sea capaz de contenerme.

Hope sabía que era verdad. Sentía la prueba del deseo de él entre las piernas; en vez de apartarse, ella se movió con impaciencia, lo que le hizo que Gabriel echase la cabeza hacia atrás y se aferrase sus hombros. Jadeando, Gabriel cerró los ojos.

—No he tocado a una mujer desde hace más de un año —dijo entre dientes—. Debe apartarse ahora.

Sus palabras cayeron sobre Hope como un jarro de agua fría.

Él llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer.

Por eso la deseaba. Por eso la había besado.

No porque la encontrara irresistible, sino porque ella estaba allí, a mano.

Con un vuelco en su estómago, Hope se puso torpemente en pie y corrió hacia la cocina.

Dios Santo, ¿qué había hecho? Se arregló la ropa a toda prisa, alisándose la falda con manotazos casi violentos. Luego se llevó la mano al pelo. Maldita sea: casi todo su cabello se había soltado de sus horquillas, y seguro que más de una yacía por el suelo, alrededor del vizconde. Luchando contra las ganas de llorar, se recogió la melena y la ató con un cordel. Si llegaba Malcolm solo, quizá ni se fijaría.

Aunque…, si ella se marchaba ahora, tal vez estaría ya a medio camino de la vicaría para cuando el ayuda de cámara apareciera. El súbito rumor de voces afuera puso fin a sus cavilaciones. Al mirar por la ventana, vio a Malcolm desmontar del caballo, con Jimmy, ansioso, esperando.

Demasiado tarde para huir. Hope se mordió el labio, cuadró los hombros y se ordenó a sí misma sacar su coraje. Se había metido ella sola en ese lío; y ahora le tocaba salir de él.

Hope volvió a la sala justo cuando Malcolm entraba por la puerta. Para su alivio, Gabriel ya estaba sentado en el sillón junto al fuego,

con los calzones y la camisa abrochados. Aun así, Hope alcanzó a ver el brillo de sudor en su frente y una palidez poco común. De no haberla besado como un loco cinco minutos antes, habría jurado que estaba pálido como la cera.

—¿Qué demonios te ha pasado, muchacho? —soltó Malcolm, entrando a zancadas. Apenas le dirigió una mirada a Hope, cosa que ella agradeció profundamente.

—Como ves, he sufrido un feo golpe en la cabeza —respondió Gabriel, débil, ladeando el rostro para mostrar la herida.

—Sí que lo es, y apuesto a que las dos botellas vacías de coñac no tienen nada que ver en esto, ¿verdad? —murmuró el escocés, inclinándose para examinarlo, mientras Gabriel apretaba los dientes —. Habrá que coser la herida, cuanto antes, mejor. —Malcolm se irguió y se volvió hacia Jimmy, que se asomaba por el quicio de la puerta—. Trae agua del pozo y ponla al fuego.

—Hace falta más leña —intervino Hope—. El fuego está casi apagado.

—Gracias por su ayuda, señorita Shackleford —dijo Malcolm con suavidad; Hope, que había contenido el aliento esperando una reprimenda, solo encontró amabilidad y gratitud en su voz—. De no haber sido por su sangre fría, señorita, sospecho que lord Northwood estaría ahora bastante peor. —Hizo una breve pausa—. Pero Jimmy y yo ya nos apañaremos. Puede irse.

Hope abrió la boca para protestar, sin saber muy bien por qué, pero la preocupación en la mirada de Malcolm la detuvo: él había entendido la posición delicada en la que ella estaba. Hope asintió, tensa. Se puso la capa y empezó a recoger sus cosas.

—Jimmy, trae leña y aviva los dos fuegos —siguió indicando Malcolm—. Lord Northwood está helado y el calor le vendrá de perlas.

«Pues hace un momento estaba bien caliente», pensó Hope con una risa casi histérica.

Con la cesta en la mano, se despidió en voz baja del ayuda de cámara, que no le respondió, concentrado en Gabriel. Hope miró a este por última vez, pero él tenía los ojos cerrados. «Mejor así», se dijo a sí misma, y salió a la fría luz del sol.

Lucifer estaba degustando unos dientes de león y la miró con fastidio cuando Hope se subió al carro.

—No me mires de ese modo… —murmuró ella, tomando las riendas—. Nos vamos, pero te prometo algo mejor cuando lleguemos a casa.

Pocos minutos después trotaban de vuelta por el sendero hacia el camino principal. Hope procuró no torturarse con la evidencia de que lo había echado todo a perder ni recrearse en el torbellino de sensaciones que le dejó el beso de Gabriel. Prefirió fijarse en la inquietud que había visto en los ojos de Malcolm.

No sabía si reír o llorar. Jamás se habría imaginado en una situación así. ¿En qué estaba pensando al ir sola a ver a un hombre soltero? ¿Quería decir aquella mirada de Malcolm, que ya la tenían por una mujer caída en desgracia?

Y, si lo era, ¿tenía alguna relevancia? A fin de cuentas, con el historial de sus hermanas, ¿qué importaba otra Shackleford más?

Había que admitir que, pese a sus protestas, al reverendo le costaba horrores seguir con la rutina con un problema semejante pendiendo sobre sus cabezas; y el día que fuera demasiado viejo para indagar asuntos turbios, sería el día que estaría mejor tomando el té y pastas con el Altísimo.

Mientras tanto, concentrarse en preparar el sermón del domingo se le hacía endiabladamente difícil. Esta vez, cómo no, contendría advertencias solemnes contra el asesinato, el robo y la deshonestidad, con una ración extra sobre el secuestro. El reverendo negó con la cabeza: si con eso los culpables no se daban por aludidos, ya no sabía qué más añadir.

Suspiró, guardó el escrito dentro de la Biblia y pensó que aún tenía tres días para suavizarlo un poco y dejar «una luz al final del túnel», por así decirlo. Consultó su reloj de bolsillo: eran casi las cuatro. A esa hora, el Red Lion estaría a rebosar de parroquianos. Y lo que no se comentaba en el Red Lion carecía de importancia. Así que decidió hacer una visita a la taberna. «Naturalmente, solo para recabar información», se dijo; quizá pudiera animar a Percy para que se tomase con él una pinta antes de cenar.

Llamó a Freddy y echó a andar hacia la iglesia para buscar a su coadjutor —que, sin duda, estaría puliendo los candeleros del altar —, dándole vueltas al pretexto con el que podría convencerlo.

Era de locos lo difícil que estaba siendo apartar a Percy de sus obligaciones. Incluso en un día tan bueno como ese, el señor Shackleford tendría que encontrar una excusa de peso. Ordenarle sin más que lo acompañara no serviría: luego le tocaba pagar las consecuencias en su sermón de la semana siguiente.

Eso sí: al menos Percy le hacía de conciencia, y por eso el reverendo estaba agradecido… la mayor parte del tiempo.

Por desgracia, también era verdad que, cuando tocaba tomar cartas en el asunto, el muchacho se volvía un lelo de tomo y lomo.

Esta vez, el reverendo creía haber dado con una artimaña excelente, casi imposible de rechazar para Percy. Y, además, no era una patraña completa, lo cual siempre ayudaba con el mandamiento de «no mentirás».

—¿Estás ahí, Percy? —gritó al abrir la puerta de la sacristía.

Freddy se le adelantó y se lanzó, entusiasmado, sobre el hombrecillo que, como era de esperar, estaba de rodillas, con un trapo en una mano y un candelabro en la otra.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó el coadjutor, con cautela.

—Más bien pensaba ayudarte yo a ti, amigo mío —replicó el reverendo, jovial.

El buen humor de Augustus Shackleford no pareció contagiar a Percy, que se sentó sobre los talones y lo miró con desconfianza. El reverendo suspiró y continuó:

—Ya has estado bastante rato de rodillas, Percy. Te hace falta tomar el aire. Coge tu chaqueta.

—¿Adónde vamos? —preguntó el coadjutor, receloso.

—Tenemos dos horas antes de la cena —sonrió el reverendo—, así que había pensado en dar un paseo. Disfrutar del paisaje. Contemplar la majestad de Dios y todo eso.

—Es de noche —repuso Percy, seco.

—Me gustaría invitarte a una jarra de cerveza, Percy —consiguió decir por fin el reverendo—. Por ir más allá del deber…, servicios prestados…, ya sabes.

El coadjutor lo miró en silencio; por un momento, Shackleford temió haberse pasado. Luego Percy sonrió, tímido, y se puso en pie.

—Eso me gustaría mucho, señor. Y… gracias.

—¡Estupendo! —exclamó el reverendo—. Date prisa y abrígate, ahí fuera hace un frío que congelaría hasta los pedos. —Frotándose las manos para entrar en calor, aguardó a que Percy dejara el candelabro en el altar y recogiera la sacristía antes de ponerse la levita y el abrigo.

Por supuesto, el reverendo Shackleford no mencionó que su verdadero propósito era husmear en la taberna: estaba convencido de que no aportaría nada a la conversación.

Al volver a casa, Hope no le dejó el caballo a Seth sin más. Decidió que Lucifer merecía algo de mimo por la hazaña de esa mañana. Que el animal intentara morderla mientras lo cepillaba no disminuyó su cariño por aquel bicho de mal genio; de hecho, el proceso resultó extrañamente calmante…, salvo cuando no fue lo bastante rápida para esquivar sus dientes.

En realidad, Hope también retrasaba entrar en la vicaría por si su padre ya se había enterado de su salida precipitada y quería saber qué demonios la había hecho galopar por el camino como si el mismo diablo le pisara los talones.

Se entretuvo en las cuadras un par de horas, y Seth no tardó en aprovechar el respiro. Pero el sol empezó a ponerse y ya no pudo aplazarlo más. Pronto oscurecería, y en el establo las velas estaban prohibidas, salvo en caso de emergencia. Con un suspiro, Hope llenó el pesebre de Lucifer y le dio la manzana prometida. Luego, arriesgándose a recibir una coz, le dio una palmada rápida en el anca y salió.

Para su alivio, la casa estaba en silencio, lo cual, pensándolo bien, era casi sospechoso. No había rastro de Freddy: señal de que su padre probablemente estaba fuera. «Si tuviera que apostar, diría que está en el Red Lion», pensó.

Aunque la ausencia del reverendo la alegraba, si él podía enterarse de algo, sería allí. «Y con adornos, sonará peor», se dijo Hope.

Suspiró, asomó la cabeza al salón y vio a su madrastra roncando a pierna suelta en su diván favorito. Al menos, alguien estaba donde debía. Hope asintió para sí, cerró la puerta con cuidado y subió las escaleras, preguntándose si tendría que organizar una batida para encontrar a sus hermanas. Tal vez, si se habían metido en algún lío, eso eclipsaría sus propias indiscreciones.

Casi optimista ante la posibilidad de que sus hermanas hubieran hecho alguna sonada travesura, Hope subió a la habitación de juegos. Al abrir la puerta, se sorprendió: la estancia estaba exactamente como la había dejado la tarde anterior. Frunció el ceño y entró. No esperaba que Patience se esmerase demasiado en el cuidado de los pequeños, pero sí que al menos hiciera el paripé.

Inquieta, Hope se acercó a la ventana y miró hacia la oscuridad.

Capítulo 13

Como era de esperar, el Red Lion estaba a reventar. Para sorpresa de Percy, el reverendo pasó de largo su rincón favorito y se abrió paso hacia el bar, donde el jaleo era mayor.

—Buenas tardes, reverendo —corearon varias voces ásperas, mientras una multitud de gorras y sombreros se alzaba en señal de respeto hacia el venerado guía espiritual de Blackmore.

—Vi algo raro hoy, con su permiso, reverendo —se aventuró a decir un hombre cuando amainaron los saludos—, y pensé que quizá querría enterarse.

—Ilústreme, Bernard; soy todo oídos —dijo el reverendo Shackleford, mientras el tabernero deslizaba dos jarras de cerveza hacia él y Percy. Aquello sí era de agradecer: en cuanto algo sucedía, toda la taberna lo comentaba, fuera jugoso o no.

—Pues verá —dijo Bernard—. Primero, estaba yo en el campo de nabos y veo a su Hope llevando el carro por el camino como si todos los demonios del infierno la persiguieran.

El reverendo frunció el ceño. ¿Qué demonios hacía Hope correteando sola por el campo? No era propio de ella. Si había una hija en la que podía confiar para estar donde debía, era Hope. Y, aunque alguna vez él no supiera al instante dónde estaba, bastaba con oírla hablar para situarla en un santiamén.

—Y, por si fuera poco —continuó Bernard—, llevaba a ese tunante de Jimmy Fowler sentado a su lado en el carro —añadió, paladeando la expectación de los presentes—. El pobre tenía cara de estar a punto de vomitar… o de hacérselo encima.

Se oyeron risitas al imaginar el susto del chiquillo.

—¿Eso es todo? —cortó el reverendo, con las primeras punzadas de inquietud. La cerveza ya no le entraba como esperaba.

—Ojalá, reverendo —repuso Bernard—. No había pasado ni una hora cuando veo a su Patience andando por el camino con sus dos hermanas y hermano pequeño detrás, tal cual el flautista de Hamelín. —Esta vez nadie rio: todos notaron que se acercaba lo sustancioso—. Le pregunté adónde iba —prosiguió—. Con su venia, reverendo, quería asegurarme de que el chiquitín estuviera bien. —Augustus Shackleford asintió, seco. Todo el pueblo sabía que Anthony, con casi ocho años, seguía a sus hermanas hasta el mismísimo excusado—. Y Patience me dijo que estaban perfectamente y que, bajo ningún concepto, contara que los había visto —dijo Bernard bajando la voz—. Que se me parta la espalda y no vuelva a enderezarse si miento. Yo no habría dicho nada, pero, antes de que siguieran su camino, el pequeño soltó que buscaban a Prudence porque esta se había ido a ver al hombre al que le habían quitado la casa. He estado preguntando, y nadie conoce a ningún fulano por aquí a quien le hayan birlado la vivienda. Así que he pensado contarle a usted, reverendo, todo este batiburrillo, perdón, toda esta historia.

—¿Dijo algo más el crío? —preguntó el señor Shackleford, casi sin voz.

—No, señor, nada más. La hermana mayor le mandó callar y se lo llevó a toda prisa.

El reverendo dio un trago de forma automática, mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar. Era normal que su prole anduviera por ahí durante el día, pero solían volver antes del anochecer, no fuera a ser que se perdieran la cena. Recordó la vicaría tal como la había dejado: en un silencio que no auguraba nada bueno. Lo más probable era que sus hijos siguieran fuera, buscando a lord Northwood. Sintió un vacío en el estómago. Fue Percy quien puso voz al miedo que le apretaba las tripas.

—Si han ido hasta la casita Pear Tree, señor —susurró el coadjutor—, con esta oscuridad, cualquiera de ellos podría haberse caído en la poza de Wistman.

Gabriel no recordaba haber sentido nunca tanto alivio por quedarse solo. Reclinó la cabeza, palpitante de dolor, contra el respaldo y pensó que Malcolm era demasiado perspicaz para su propio bien. Había olvidado ese rasgo del escocés.

Mientras Malcolm le cosía la herida, el hombre no dijo una sola palabra, concentrado en la tarea; pero, cuando terminó, la mirada que le dirigió a Gabriel habló por sí misma. Tal vez fuera imaginación suya, pero, incluso sin un reproche explícito, Gabriel se sentía el mayor canalla del mundo.

¿Qué caballero se aprovecha de una chiquilla recién salida de la escuela? Desde luego, no uno con un ápice de honor. Y lo peor era que Gabriel no lograba borrar la imagen de ella de su mente.

Hope Shackleford, con el rostro encendido, los labios hinchados y rosados por sus besos, el cabello casi suelto del todo, cayéndole por los hombros.

Era lo más erótico que había visto en su vida y, pese al dolor de la herida y el inevitable martilleo en su cabeza, su cuerpo respondió solo con recordarlo.

No sabía si agradecer o lamentar que Malcolm no le hubiera hecho la pregunta directa. Pero no se hacía ilusiones: el escocés informaría al duque y, tarde o temprano, Gabriel debería dar explicaciones.

«¿Y qué demonios podría decir?», pensó, inquieto, pasándose la mano por el pelo y soltando un quejido cuando sus dedos rozaron la sutura. Tenía calor; quizá le había subido la fiebre. Malcolm había dejado los dos fuegos bien atizados para toda la noche y pan y queso en la cocina para la cena.

Eso sí, se llevó con él la botella que quedaba de coñac después de haber vertido, sin ninguna piedad, un buen tercio sobre los puntos. La herida seguía escociendo, y Gabriel sospechaba que olía a destilería.

Soltó un gemido. «Maldita sea, ¿qué diablos voy a hacer?» No estaba en posición de casarse. Para su sorpresa, la idea de desposar a Hope Shackleford no le provocó el rechazo que habría esperado. El matrimonio nunca le había preocupado gran cosa y evitaba el

mercado matrimonial de la alta sociedad como la peste: le parecía un circo.

Naturalmente, sabía que algún día tendría que pasar por el aro, aunque solo fuera para asegurar un heredero; pero, entretanto —incluso en el rincón más apartado de Hampshire—, nunca había faltado una mujer dispuesta a calentarle la cama si él lo deseaba. Y tampoco era que las arcas de Northwood estuvieran vacías, así que, con treinta y tres años, creía que tenía tiempo de sobra para disfrutar de su soltería.

Y así habría sido, de no estar rodeado de parientes homicidas.

De todas formas, aunque Nicholas le exigiera reparar la reputación de su cuñada, el duque no lo haría mientras cupiera la posibilidad de que ella acabara viuda en un suspiro o, peor, que sufriese el mismo destino de su marido. Como poco, Nicholas aguardaría.

La verdad era que, a estas alturas, Gabriel Atwood, vizconde Northwood, no era precisamente un buen partido.

Con un suspiro, Gabriel se puso en pie a duras penas, decidido a atacar el pan y el queso. Fuera ya estaba casi oscuro y, por lo menos esa noche, se creía a salvo de la ira de Nick. Cogió un candil; al hacerlo, cerró los ojos, mareado. Cuando volvió a abrirlos, pensó que deliraba: tres caras pálidas lo contemplaban con pánico.

—¿Qué demo…? —empezó a decir, pero lo interrumpieron a gritos.

—¡Estaba todo a oscuras!

—¡No lo vimos!

—¡Se ha caído!

—¡Él no sabe nadar!

—¡Ella no puede sujetarlo más!

—¡Se va a ahogar!

—¡Luego se quedará penando en la poza y ya no podremos bañarnos allí!

—¡Basta! —tronó Gabriel, con la cabeza a punto de estallarle.

Miró a las tres niñas sollozantes y, por fin, reconoció que eran las pequeñas Shackleford.

—Por favor, tiene que ayudarnos —susurró la mayor.

Gabriel salió de su aturdimiento. Ignorando las protestas de su herida, cruzó a grandes zancadas hasta el farol junto al porche y lo encendió con el candil. Cuando la llama prendió, se volvió hacia las aterradas niñas.

—Vosotras dos —ordenó a las más pequeñas—, quedaos aquí. —Luego miró a la mayor—. ¿Puedes guiarme?

La niña asintió sin decir palabra y echó a correr hacia la penumbra.

—¡Espera! —gritó Gabriel, desesperado, mientras la seguía hacia fuera—. No servirá de nada si te caes tú también. Dame la mano. —Por un segundo, creyó que la niña no lo escuchaba, pero ella se detuvo y le tendió la mano. Gabriel se la apretó con fuerza y respiró hondo—. Llévame hasta allí.

—Que alguien vaya ahora mismo a la vicaría a ver si han vuelto los niños —ordenó el reverendo Shackleford. Se dijo a sí mismo que no tenía sentido organizar una batida si los «culpables» podían estar sentados ya en su cocina. Por desgracia, el enviado regresó enseguida con malas noticias: no solo no habían vuelto, sino que Agnes sufría un posible ataque de apoplejía—. ¡Rayos y truenos! —murmuró el reverendo, sin saber qué hacer.

—Hay que avisar al duque —balbuceó Percy.

—Para cuando Su Excelencia llegue, si los niños están metidos en un buen lío, será demasiado tarde —replicó Augustus Shackleford, con una punzada de pavor poco habitual en él—. Iremos nosotros, Percy —decidió, mirando al hombrecito que se retorcía las manos—. ¡¿Alguien tiene un caballo?! —bramó hacia la barra. Era una vana esperanza: los caballos eran cosa de gente con posibles; con suerte, en el pueblo solo habría uno o dos dueños de un jamelgo… quizá con carro.

—El viejo Miller salvó esa bestia del desolladero.

—Con ese rocín tardarán toda la noche en llegar a la poza —gruñó otro.

El reverendo contuvo unas ganas poco corrientes de blasfemar. Percy parecía a punto de desmayarse.

—Padre —lo llamó Hope, y la taberna enmudeció.

—¿Qué rayos haces aquí? —preguntó el reverendo, abriéndose paso entre los curiosos.

—Tengo a Lucifer fuera —dijo Hope, sin aliento. Un murmullo divertido recorrió a los parroquianos: lograr que el animal de los Shackleford hiciera algo, ya de por sí prometía espectáculo; y si el reverendo pensaba montarlo, más le valdría estar en buena conexión con el de arriba…

—Yo no puedo montar a ese animal del demonio —farfulló Augustus Shackleford, de la misma opinión.

—No sea ridículo, padre —dijo Hope por encima del hombro, volviendo a salir—. He traído el carro.

Media taberna se abalanzó hacia la puerta para no perder detalle. Hope se encaramó sin dudarlo al carro y miró a su padre y a Percy, que la contemplaban como si ella tuviera dos cabezas.

—¿A qué esperáis? —gritó Hope gesticulando con urgencia, mientras Lucifer resoplaba.

—¡Bien hecho, Hope, hija mía! —exclamó el reverendo con aprobación al acomodarse en el banco a su lado—. ¡De tal palo, tal astilla! —Luego, se inclinó hacia Percy, que estaba a punto de subir también al carro—. Llévate a Freddy de vuelta a la vicaría, muchacho, y dale a Agnes sus sales. Con un poco de suerte, ya se habrá desmayado.

Un murmullo lastimero se filtró entre el gentío: no cabía duda de que al coadjutor le había tocado la peor parte. Antes de que Percy pudiera protestar, un vecino le alargó un farol al reverendo justo cuando Hope chasqueó las riendas y el carro salió traqueteando, con los faroles bamboleándose.

Por segunda vez en el día, Hope se lanzó a toda prisa hacia la casita Pear Tree; esta vez, con medio pueblo como testigo. Y tres hombres, apartados bajo los aleros, que observaban en silencio: no solo tenían caballos, sino que no tardaron en ir a por ellos.

Capítulo 14

Hope estaba a punto de retirarse a su cuarto cuando empezó el alboroto. Al oír los chillidos de su madrastra, bajó corriendo y vio a un aldeano plantado en el umbral, retorciendo su gorra, mientras Agnes berreaba «¡Anthony!» a pleno pulmón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hope directamente al desconocido, sabiendo que de su madrastra, que ahora daba tumbos por el recibidor con un pañuelo en la frente, no iba a sacar nada en claro.

—El reverendo quería saber si los críos habían vuelto a casa —dijo el hombre.

A Hope se le encogió el estómago.

—No, no han vuelto —respondió con rapidez—. ¿Sabe mi padre adónde han podido ir?

El hombre negó con la cabeza, deseoso de largarse.

—El viejo Bernard dice que los vio bajar por Green Lane. El pequeño dijo que buscaban a Prudence.

—¿Prudence estaba desaparecida? —preguntó Hope, incrédula.

—Por lo visto, ella había ido a ver a un fulano al que le habían quitado la casa.

El nudo en el estómago de Hope se hizo más apretado. Sus hermanas habían salido hacia la casita Pear Tree y seguían sin aparecer. De pronto, supo lo que tenía que hacer.

—Vuelva con mi padre y dígale que los pequeños no han regresado —ordenó.

El aldeano se puso la gorra y salió disparado. Hope cerró de un portazo, buscó a su madrastra y, al no verla en el pasillo, entró en el

salón: Agnes estaba desmadejada en el diván, gimiendo. No había tiempo que perder y, en verdad, Agnes no iba a dejar de hacer aspavientos. Hope llamó a Lily, la doncella para todo y, en cuanto esta se presentó, Hope le pidió que preparase té para su señora. Luego, se echó la capa por los hombros, encendió un farol y salió a las cuadras.

Hope dejó el farol fuera y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Por suerte, la noche era clara y tenía la luna a su espalda, así que enseguida pudo distinguir a Lucifer en su pesebre. Ponerle los arreos a oscuras fue trabajoso, pero, para su sorpresa, el animal no se movió ni intentó morderla. Más asombroso aún: el caballo no solo salió al patio al trote, sino que se dejó enganchar al carro. Hope sacudió la cabeza, colgó otro farol del otro lado, subió al pescante y tomó las riendas: quizá Lucifer estaba disfrutando de la aventura. Desde luego, era lo más emocionante que le pasaba en años.

Al dejar atrás Blackmore, Hope aflojó el ritmo para no perder los faroles ni acabar en una zanja.

—No podemos sacar el carro del camino, padre —dijo—. Si cree que esas cabezas de chorlito están cerca de la poza de Wistman, tendremos que ir a buscarlas a pie.

—Ya les quitaré yo la tontería —gruñó el reverendo, entornando los ojos hacia la oscuridad—. Como Anthony se moje un dedo del pie, Agnes me colgará con sus propias manos. —Su tono brusco no ocultaba su preocupación: Hope sabía que su padre los quería. A todos.

—Gabriel podrá ayudarnos —añadió ella, con más seguridad de la que sentía—. Con los puntos, su cabeza estará mejor.

—¿Gabriel, dices? —saltó el reverendo—. ¿De qué puntos hablas?

A Hope se le cayó el alma a los pies. Notó la mirada recelosa de su padre, pero mantuvo la vista fija al frente. «Para mentir bien hay que tener buena memoria…».

Los cinco minutos siguientes fueron los más largos de la vida de Gabriel. Ni siquiera en Cádiz, cuando había estado a punto de morir,

había sentido ese miedo. Hasta rezó para que la chiquilla supiera adónde iba: aquello estaba tardando demasiado. De pronto, vio un reflejo brillante.

Agua.

Soltó la mano de la niña y le ordenó que se quedara donde estaba; luego echó a correr el resto del camino, agitando el farol con desesperación para ver algo, lo que fuera.

Allí estaba.

Una figura menuda yacía boca abajo entre los juncos.

—¡Aquí! —El grito, cargado de pánico, le dijo a Gabriel que solo disponía de unos segundos.

Alzando el farol, corrió hacia la niña sollozante y se dejó caer a su lado. La cabeza del menor de los Shackleford asomaba apenas fuera del agua, y el crío estaba inconsciente. Gabriel sostuvo el farol con una mano mientras con la otra aferró el cuello de la chaqueta del pequeño. De un tirón logró sacar el torso del agua. La niña a su lado, despierta y rápida, se puso de rodillas, se inclinó y agarró al pequeño por los calzones. Entre los dos consiguieron, por fin, sacarlo de la poza helada.

—¿Ha tragado agua? —ladró Gabriel a la atónita niña.

—Yo…, no, no lo creo.

—Hay que darle calor cuanto antes. Toma. —Gabriel le tendió a la chica el farol, y Patience Shackleford lo cogió sin discutir, cosa que su padre habría llamado un milagro—. Sostenlo en alto para que pueda ver por dónde piso —gruñó el vizconde, alzando al pequeño Anthony contra su pecho.

Con cuidado, Gabriel emprendió el camino de vuelta hacia donde la otra chiquilla seguía retorciéndose las manos. El trayecto hasta Pear Tree se hizo interminable; Gabriel tropezó más de una vez en el terreno desigual. Cuando por fin divisaron las luces de la casita, las dos niñas lloraban ya a moco tendido y Gabriel sentía que le ardía todo el cuerpo.

Las dos hermanas más pequeñas, a las que había dejado dentro, abarrotaban la puerta con ansiedad, y Gabriel tuvo que gritarles que se apartaran. Se hicieron a un lado sin decir palabra y, sin detenerse, Gabriel depositó al niño junto al fuego.

—Subid al dormitorio y traed mantas y almohadas —ordenó, mientras empezaba a quitarle la ropa empapada. Para su inmenso alivio, al desprenderle la chaqueta, Anthony abrió por fin los ojos y rompió a llorar. Un estrépito anunció el regreso de las niñas con las mantas; Gabriel atrapó una, luego otra, y envolvió al pequeño en ellas—. Ya estás a salvo —murmuró, colocándole una almohada bajo la cabeza.

Por suerte, las lágrimas de Anthony se agotaron en pocos minutos y, tras mirar a su alrededor, alzó la vista hacia Gabriel:

—¿Hay algo de comer?

El vizconde negó con la cabeza, entre incrédulo y rendido. Verdaderamente, los niños eran la especie más resistente sobre la tierra.

Luego se puso en pie y se dispuso a repartir su escasa cena.

El camino hasta la casita Pear Tree se le hizo eterno, y Hope llegó casi mareada a causa de la fatiga y la angustia.

Había logrado capear las preguntas de su padre sobre la herida del vizconde, diciendo que Jimmy Fowler le había contado el accidente de lord Northwood. Hope contuvo la respiración en el silencio que siguió, con tiempo de sobra para pensar que, tal vez, se parecía a sus hermanas mayores más de lo que creía.

Hope tragó saliva y se concentró en mantener a Lucifer por el sendero hacia la casita. Cuanto más se acercaban, más se le agolpaban los temores por sus hermanos. Si Gabriel no estaba en condiciones de ayudarlos, se encargarían de buscarlos solo su padre y ella. Cualquier bochorno por su desliz de esa mañana había quedado muy por detrás ante la posibilidad de que su familia estuviera en peligro.

Al final, Lucifer se plantó en seco ante la cancela, sin que Hope tirara de las riendas.

—¡Dios nos asista! —exclamó el reverendo mientras se apeaba a toda prisa—. ¿Qué demonios le has hecho a esta bestia?

Hope negó con la cabeza, tan desconcertada como él, y se quedó paralizada cuando la puerta de la casita se abrió de par en par.

—¡Padre! —gritaron dos voces a coro. Para el inmenso alivio de Hope, eran las gemelas, Charity y Chastity.

—¡¿Qué puñetas habéis estado tramando?! —bramó el reverendo, bajando por el caminito—. ¿Dónde está Patience? ¿Anthony está bien? ¿Y Pru? ¿Están con vosotras?

—Nosotras estamos perfectamente, padre, pero lord Northwood, no. Se ha dado en la cabeza contra la chimenea.

—Cáspita, otra vez no… —murmuró Hope cuando llegó junto a Gabriel, tendido en el suelo frente a la chimenea. Lo habían cubierto con mantas y Patience rondaba a su alrededor, sorbiendo los mocos y compungida. Anthony y Prudence miraban, ojipláticos, los pies del herido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hope.

—Creo que se ha mareado —dijo Patience.

—¿Está muerto? —soltó Prudence, sin rodeos.

—No, no está muerto —respondió Hope, a la vez que se agachaba junto a Gabriel. Al ver su rostro perlado de sudor, reconoció el efecto de la fiebre.

—¿Qué diantres está pasando aquí? —inquirió el reverendo, alarmado—. ¿Acaso quiso tomarse ciertas libertades? —la emprendió con Patience—. ¿Por eso le has atizado en la cabeza?

Patience frunció el ceño.

—No sea absurdo, padre; claro que no pretendió tomarse libertades. Por el amor de Dios, como poco, tenía cuatro testigos. ¿Qué cree que es, un descerebrado?

—Creía que Jimmy dijo que lord Northwood estaba perfectamente; entonces, ¿qué ha ocurrido? —insistió el reverendo, volviéndose hacia Hope.

—Creo que ha sido otro golpe en la cabeza —declaró Hope, sin poder ocultar su zozobra.

—¡Rayos y centellas! ¿Cuántas veces se ha estrellado ya? A este paso le va a hacer la competencia a Percy —bufó el reverendo—. ¿Y si a fuerza de porrazos se nos queda trastornado? ¿O, cuando menos, atontado? Como despierte creyéndose Julio César, vamos a acabar todos en un serio problema.

—¿De qué habla, padre? —saltó Hope; luego se volvió a Patience, que miraba al inconsciente Gabriel con inquietud—. ¿Qué ha pasado?

—Él ha salvado a Anthony de ahogarse —se adelantó Prudence —, y menos mal, porque no me apetece nada bañarme en la poza con su cadáver flotando al lado.

Patience y Hope se la quedaron mirando, horrorizadas.

—No flotaría —replicó Chastity—; Anthony se habría hundido hasta el fondo, entre las algas, y se quedaría allí a la espera de agarrar a los nadadores desprevenidos. Y cuando estos mirasen al agua, verían su cara blanca observándoles, mientras planea su perdición.

—¿Qué es «perdición»? —preguntó Prudence.

—Una muerte horrible —entonó Charity, poniendo voz lúgubre.

—Yo no quiero estar en las algas… —gimió Anthony—; allí no hay nada de comer.

—De verduras estarías bien servido —arguyó Prudence.

—¡Menuda sarta de paparruchas! —tronó el reverendo, dejando claro de dónde había sacado Hope su vozarrón—. Me estáis tentando a pensar que estáis todos tocados del ala.

—No diga disparates, padre —zanjó Hope, cortando la arenga—. Es solo imaginación de niños, sin más.

—Eso no es lo que dijo Willie Thatcher —apuntó Prudence, tan pancha—. Dijo que…

Un sonoro gemido la interrumpió. A una, todas las cabezas se volvieron hacia el vizconde, que intentaba incorporarse.

—¿A qué diablos viene todo ese maldito ruido? —murmuró Gabriel.

—Por favor, milord, no se mueva —pidió Hope, empujándolo de vuelta a su improvisado lecho—. Se ha dado otro golpe en la cabeza.

—¿Y viene a brindarme más auxilio, tal vez? —replicó Gabriel, espeso, alzando la mano para enredarla en su pelo. Hope se quedó rígida cuando él comenzó a quitarle las horquillas.

—Suéltela enseguida, señor mío —chasqueó el reverendo, poniéndose por primera vez a su vista—, a menos que quiera que lo atraviese con mi sable.

—Dígame que no ha traído ese trasto, padre —negó Patience con la cabeza—. No queremos que vuelva a atravesarse a sí mismo.

—Le informaré de que con esa misma arma he enseñado más de una lección provechosa a un bergante —replicó el reverendo, a la defensiva.

—Como la vez que casi le cortó un dedo a Percy —apuntó Chastity.

—O como cuando estuvo a punto de ensartar al abad —añadió Charity.

—Y por poco…

—¡Basta! —tronó Augustus Shackleford, y volvió su atención a Gabriel, que los miraba a todos completamente perdido—. Lord Northwood, mi hija me informa de que ha cogido fiebre por sus recientes hazañas. Eso, y solo eso, me impide retarlo ahora mismo —sentenció, ignorando los resoplidos incrédulos a su espalda—. Así que lo llevaremos a la cama, donde aguardará la llegada de Malcolm. Otra vez. —El reverendo bajó la vista hacia Hope, que seguía de rodillas junto al vizconde—. Tú y Patience, cogedle por los pies; yo me encargo de agarrarlo por los hombros. Y cuidado con no golpearle con la maldita barandilla: no necesita otro coscorrón en la mollera.

Hope asintió, sin atreverse a decir nada que pudiera empeorar las cosas.

—Puede usted estar seguro de que soy perfectamente capaz de irme a la cama por mis propios medios —declaró Gabriel, rígido, desde el suelo. Para demostrar su total capacidad, se puso en pie… y en seguida se tambaleó peligrosamente hacia la repisa de piedra de la chimenea.

—¡Rayos y centellas! —murmuró el reverendo—. Venga, milord, apóyese en mi brazo. —Y, paso a paso, atravesaron la salita hasta llegar a las estrechas escaleras del fondo.

Diez minutos después, Augustus Shackleford regresó con gesto preocupado.

—¿Cómo está? —preguntó Patience, inquieta.

El reverendo suspiró, frunciendo el ceño, y se dejó caer agradecido en el sillón junto al fuego.

—Diría que delira un poco, a juzgar por lo que farfullaba.

—No podemos dejarlo solo —dijo Hope—. Al fin y al cabo, está así porque ayudó a rescatar a Anthony.

—Y evitó que se convirtiera en un espectro —añadió Prudence, con admiración.

—¿En un qué? —El reverendo arqueó las cejas.

—Willie Thatcher dice que eso es lo que pasa cuando te ahogas.

—Paparruchas —cortó Patience—. Y aquí no se ha muerto nadie.

—Todavía… —replicó Prudence, lúgubre.

—Por piedad, Pru, deja ya esos horribles pensamientos —saltó Hope, exasperada; luego negó con la cabeza y se volvió hacia el reverendo—. Padre, es evidente que lord Northwood no puede quedarse solo. Una de nosotras debe quedarse hasta que llegue Malcolm. Es lo mínimo que deberíamos hacer por él, se lo debemos.

Augustus Shackleford soltó otro suspiro y se dispuso a responder, pero Hope se adelantó:

—Yo me quedaré a velar a Su Señoría mientras usted lleva a estos cinco trastos a casa. Una vez allí, mande a Seth a Blackmore para pedir con urgencia la ayuda de Malcolm.

El reverendo iba a discutir, pero a Hope se le agotó la paciencia:

—Por el amor de Dios, padre —dijo ella—, en el estado en que está, lord Northwood no podría seducir ni a una hoja de lechuga mojada. Mi virtud está perfectamente a salvo.

El señor Shackleford frunció el ceño —la comparación no le hizo ninguna gracia—, pero, cuando abrió la boca, no encontró de qué quejarse. En verdad, reconoció que estaba hecho polvo y que no serviría de ninguna ayuda. Si se quedaba a cuidar del vizconde, lo más probable era que acabase dormido en la cama, junto al paciente.

Así, el reverendo asintió, se puso en pie a duras penas y señaló la puerta a sus cinco hijos menores.

—Vamos, panda de tunantes —les dijo—, ya habéis armado bastante jaleo por hoy.

—Debería quedarme con Hope —se ofreció Patience, sintiéndose culpable por su participación en el embrollo.

—Por una vez, te vas a quedar donde yo te vea —replicó el señor Shackleford de forma tajante. Acto seguido cogió a su hija del hombro y la encaminó hacia la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando Hope se le adelantó.

—En cuanto el vizconde se recupere, habrá que trasladarlo —dijo con vehemencia—. Desde esta noche, todo el pueblo sabe que escondemos a alguien aquí, aunque no sepan de quién se trata. Y después de lo que pasó en Nochebuena, a los enemigos de Gabriel les será facilísimo atar cabos.

El reverendo le sostuvo la mirada a Hope unos segundos, pensativo, y asintió de nuevo. Luego se dio la vuelta y salió de la casita con los niños.

En cuanto Hope se quedó por fin a solas, soltó un suspiró, se dejó caer en la butaca y se quedó mirando las llamas, ya moribundas. Debería echar leña antes de que se apagaran, pero el cansancio la venció y, por unos minutos, se limitó a disfrutar del silencio.

Un ruido inesperado la sacó de su modorra. ¿Habría vuelto su padre? Quizá Lucifer había perdido una herradura. Con pereza, se levantó y fue hacia la puerta. Estaba a punto de preguntar quién era cuando vio que el pomo empezaba a girar, muy despacio. Con el corazón en la garganta, se quedó inmóvil, mirando cómo el pestillo hacía clic y la hoja se abría con cuidado. Un instante después, estaba cara a cara con un hombre al que no conocía de nada. Él vaciló, tan sorprendido como ella, y se quedaron observándose el uno al otro durante lo que a Hope le pareció una eternidad.

Entonces ella reparó en la pistola que él sujetaba; Hope ahogó un grito, dio media vuelta y echó a correr hacia las escaleras.

Apenas alcanzó el primer peldaño cuando una mano grande la agarró del pelo y la tiró hacia atrás. Solo pudo oír un crujido seco antes de que la oscuridad la engullera.

Capítulo 15

Al reverendo Shackleford le costaba creer que aún fuera temprano cuando por fin condujo el caballo y la carreta hasta el patio junto a la vicaría. No perdió el tiempo y empezó a gritar llamando a Seth, que debía de andar por allí. O eso esperaba. Sabía que el mozo de cuadra solía irse a tomarse una pinta al Red Lion antes de acostarse en su camastro del altillo sobre el establo, pero con suerte, aún no habría terminado de cenar.

En efecto, el reverendo lo encontró en la cocina y, una vez enterado de lo ocurrido, salió corriendo al momento, seguido por la señora Tomlinson, Lily y, por último, Freddy, visiblemente reacio a dar un paseo tardío.

La puerta principal, sin embargo, permanecía cerrada, y los sollozos desgarradores que se oían al otro lado tapaban por completo cualquier ruido procedente del exterior.

Con un gesto de resignación, el reverendo le entregó las riendas a Seth, después de darle instrucciones precisas. Luego, empujó a su prole, ahora más calmada, hacia la amenazante puerta cerrada.

—Quizá deberíamos irnos directamente a la cama, padre —sugirió Chastity, ansiosa por evitar a su madrastra.

—¿Sin cenar? —replicó Charity, frunciendo el ceño.

—Me voy a morir de hambre y me quedaré en los huesos —se quejó Prudence.

—Quiero mi cena —lloriqueó Anthony.

—Al diablo con todo… —murmuró Patience desde la retaguardia, asegurándose de que su padre no la oyera.

Justo cuando llegaron a la entrada, la puerta se abrió de golpe y apareció Percy, con el rostro desencajado. De hecho, parecía dispuesto a salir corriendo.

—¡¿Pero qué diantres haces, Percy?! —bramó el reverendo—. ¿Le has dado las sales a Agnes?

—¡No me vengas con pamplinas, Percy Noon! —chilló una voz tras él, haciendo que el reverendo tragase saliva, con la pinta de cerveza subiéndole por la garganta—. ¡Dime ahora mismo dónde está mi hijo o te vas a arrepentir de haber nacido!

Percy gimió, le lanzó el frasco de sales al reverendo sin decir palabra y desapareció en la noche.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Augustus Shackleford. Se quedó mirando con anhelo al fugitivo coadjutor, preguntándose si no debería imitarlo.

Pero esconderse en la maldita sacristía no iba a librarlo del desastre. Su esposa era capaz de mantener esa cara de acelga durante meses si se lo proponía.

Enderezando los hombros, el reverendo empujó a los cuatro más pequeños por la puerta delante de él, como si se tratasen de un ariete, y carraspeó antes de anunciar:

—Querida, ya lo he traído de vuelta. Anthony está aquí.

—¡Anthony! —gritó su madre, alzándose las faldas mientras corría hacia el motivo de su orgullo y alegría. El reverendo jamás la había visto moverse tan deprisa, y no pudo evitar preguntarse si sería capaz de frenar. Por si acaso, apartó a sus hijos a un lado.

Por desgracia, el objeto de tanta atención eligió ese preciso momento para echarse a llorar y contarle a su madre que casi se había ahogado y que se había convertido en un espeto.

—Espeto no… —murmuró Prudence—. Espectro.

—Ay, mi niño precioso —lloriqueó Agnes, que no solo consiguió detenerse antes de estamparse contra la puerta, sino que incluso logró arrodillarse. Si el reverendo no hubiese estado tan preocupado por cómo pensaba su esposa levantarse después, habría quedado francamente impresionado. Por un instante pensó en escabullirse mientras ella agasajaba con mimos a su retoño, pero apenas un minuto después, Anthony, harto ya de tanto llanto y achuchones, se

zafó del abrazo de su madre y declaró que ya estaba listo para la cena.

Decidido a apostar por la caballerosidad, sobre todo, porque la alternativa era dejar a Agnes tirada en la entrada toda la noche, Augustus Shackleford dio un paso al frente y le tendió la mano.

—Querida, permíteme que te ayude a levantarte —dijo con toda la dulzura de que fue capaz.

—No me vengas con esas, Augustus Shackleford —replicó ella con fiereza, aunque le agarró el brazo—. Si le hubiese pasado algo a mi niño, te habrías ido al otro mundo sin cabeza.

Después de eso, no había mucho más que decir y, por suerte, Lily eligió ese momento para anunciar que la cena estaba servida.

El primer pensamiento de Hope, al ir recobrando la conciencia, fue que por fin comprendía cómo debía de haberse sentido lord Northwood. De hecho, no pudo evitar preguntarse evitar preguntarse si la cabeza se le iba a caer rodando por el suelo de un momento a otro. El segundo pensamiento fue que se encontraba fatal y, con esa idea, abrió los ojos de golpe y vomitó de inmediato sobre los pantalones de quienquiera que estuviera sentado detrás de ella. Porque sí, estaba sentada. A lomos de un caballo.

—¡Rayos y mil demonios! —maldijo una voz con grosería, mientras un par de manos la empujaban hacia delante contra el cuello del animal. Al darse cuenta de que la bestia en la que iba montada estaba en movimiento, Hope volvió a vomitar, ahora devorada por un miedo abrasador. De forma instintiva, empezó a forcejear contra las manos que la sujetaban, mientras miraba a su alrededor con desesperación.

—¡Échame una maldita mano, anda! —gruñó el hombre a su espalda, deteniendo en seco al caballo—. Si la perra vuelve a soltar su porquería, la reviento contra el suelo.

Por fin, la vista de Hope terminó por aclararse y, en medio de la oscuridad, alcanzó a distinguir otros dos caballos que avanzaban con cautela por el sendero, a la derecha y un poco más atrás. Cuando se acercaron, reconoció al hombre que montaba el primero: era el

forastero moreno de la cabaña. Sujetaba las riendas del caballo que venía detrás.

Allí, amarrado a la silla y con los brazos atados alrededor del cuello del animal, yacía Gabriel, inconsciente y con el cuerpo vencido hacia delante.

Hope hizo un esfuerzo por contener un gemido.

—¿Por qué no la matamos de una vez? —masculló su captor—. No podrá delatarnos si se la están comiendo los gusanos.

El otro jinete detuvo su caballo y le tendió a su compañero un trapo mugriento.

—John la quiere viva. Dice que nos servirá de moneda de cambio si el caballero intenta hacerse el valiente.

—Pues a mí todo esto me huele a chamusquina. ¿No estaba John deseando despachar a ese bastardo?

—Puede que le tenga ganas, pero no va a jugarse el pescuezo por nadie, y yo tampoco.

—Pero ni siquiera sabemos si este es el tipo que buscamos —replicó su compinche mientras se limpiaba como mejor podía los pantalones empapados de vómito.

El jinete que llevaba las riendas soltó un bufido.

—Claro que lo es. Son como dos gotas de agua. John solo necesitó echarle un vistazo para ir volando a contarle a su jefe la buena nueva —declaró, frunciendo el ceño al ver el estado de los pantalones del otro.

——Bien cómodo para ti, ¿eh? —gruñó el captor de Hope, arrojando el trapo manchado a su compañero—. Si el viejo Tam no se hubiera caído de su jamelgo y se hubiese roto el maldito cuello el día de Navidad, ahora tendrías a Atwood respirándote en la nuca como un condenado. Tal como están las cosas, no te toca compartir.

—No es culpa mía que seas un enclenque —respondió el otro con una risita, antes de clavar los talones en el flanco de su montura para seguir avanzando.

Hope se sintió desfallecer mientras pasaban las horas. No sabía quiénes eran aquellos hombres, pero sí tenía una idea bastante clara de quién estaba detrás de todo. ¿Significaba eso que los llevaban a la antigua casa de Gabriel en Hampshire? Si era así, el camino era

largo y, dado que no habían hecho una sola parada, su teoría cobraba aún más fuerza. Viajaban por campos que a Hope le eran desconocidos y, desde que había recuperado el conocimiento, no había visto ni una mísera casita. Para colmo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que Gabriel ya estuviera muerto.

Su silueta apenas se movía, y al recordar su rostro empapado en sudor en la cabaña, le aterraba pensar que la fiebre hubiera acabado con él. ¿Qué sería de ella, si el cuerpo debilitado del vizconde no resistía el viaje?

Los pensamientos de Hope se arremolinaban sin descanso entre breves desvanecimientos: en cuanto la cabeza dolorida se le inclinaba hacia delante, se despertaba sobresaltada y aquellas imágenes sombrías regresaban con más crudeza. Conforme avanzaba la noche, y aunque la envolvía una manta mugrienta, el frío fue adueñándose de ella, calándole hasta los huesos, hasta que los dientes le castañetearon sin control y todo su cuerpo se estremecía en temblores convulsos.

De pronto, justo cuando creía que no podía aguantar más, el jinete que iba delante habló:

—Más allá hay un cobertizo. Ya lo he usado antes. Tengo que echar una meada, y los caballos también necesitan un respiro. Será un sitio tan bueno como cualquier otro para descansar.

Hope notó el asentimiento de su captor. Cinco minutos después, la bajaron del caballo sin miramientos y la dejaron caer al suelo. Cuando volvió a sentir las piernas, primero notó un hormigueo, y luego un dolor agudo que le arrancó un gemido. En cuanto pudo sostenerse en pie, se tambaleó hasta Gabriel, que aún permanecía inmóvil. Se agachó junto a él y acercó el rostro al suyo. ¿Seguía vivo? En aquella penumbra era casi imposible saberlo. Conteniendo el llanto, apoyó una mano en su frente. Seguía caliente, pero ya no abrasaba. Al parecer, el frío había servido de algo, después de todo.

—Necesita un techo —soltó Hope, dirigiéndose a los dos hombres, los cuales comprobó, con asco, que no se molestaban en ocultar cómo vaciaban sus vejigas.

—Pues mételo en la choza, qué remedio —respondió uno de ellos con indiferencia.

Hope cerró los ojos con fuerza y contuvo las ganas de gritar. Luego se incorporó y fue a abrir la puerta del cobertizo abandonado. El interior era un pozo de oscuridad y, para su horror, oyó el chirrido tenue de las ratas correteando por el suelo. Miró por encima del hombro a sus captores, que ya se estaban abrochando los pantalones, y desvió la vista cuando una oleada de terror le heló el cuerpo. Si decidían violarla, no podría evitarlo. Hope respiró hondo para ahuyentar el pánico y regresó junto a Gabriel. Este no estaba en condiciones de impedir que aquellos miserables hicieran lo que quisieran con ella, pero aun así, su presencia le daba algo de consuelo.

Hope soltó un gemido, deslizó las manos bajo los hombros de él y empezó a arrastrarlo hacia el refugio. Gabriel debió de haber recuperado un poco el conocimiento, porque murmuró algo y clavó los talones en el suelo, ayudándola de forma instintiva.

Minutos después, ya estaban dentro del cobertizo, y Hope se dejó caer al lado de Gabriel, jadeando. Al mirarlo, sintió un alivio repentino al descubrir que tenía los ojos abiertos.

—¿Qué ha pasado? —susurró él con voz ronca.

Hope emitió una risa entrecortada, a medio camino entre el llanto y el agotamiento, y se apartó el cabello del rostro con los dedos sucios. ¿Por dónde podía empezar, demonios? Negó con la cabeza. No era el momento. Él necesitaba descansar. Y ella también, si querían tener alguna posibilidad de escapar con vida.

Se quitó la manta de encima y la extendió sobre los dos, luego se acurrucó junto al cuerpo aún cálido de Gabriel. Él se movió levemente y, de pronto, extendió un brazo bajo el cuello de ella para atraerla hacia sí. Hope se resistió un segundo, pero acabó suspirando, vencida, y se acurrucó sobre el pecho del vizconde. Todavía le dolía la cabeza, pero el dolor se había convertido en una punzada sorda y, pese al miedo que le inspiraban los despreciables canallas que los habían secuestrado, no tardó en caer rendida de sueño.

En cuanto Malcolm escuchó el relato atropellado de Seth, sobre lo ocurrido en el Red Lion y lo que vino después, el escocés fue

directamente a informar a Nicholas.

El duque estaba jugando con su hijo en el saloncito, mientras su esposa los observaba divertida. La escena resultaba idílica, y el ayuda de cámara se sintió más que reacio a perturbar aquella paz tan difícilmente conquistada. Por un momento incluso pensó que quizá estaba siendo exagerado.

Pero en cuanto Su Excelencia oyó lo que le había contado el mozo de cuadra a Malcolm, este supo que había hecho lo correcto al acudir a él.

—¿Crees que alguien poco recomendable pudo escuchar aquella conversación en la taberna? —le preguntó Nicholas mientras dejaba a Peter en brazos de su niñera.

—Sí, el lugar estaba muy concurrido. Si algún bellaco tenía puestos los ojos en Blackmore, no podemos descartar esa posibilidad.

Nicholas suspiró y le ordenó que avisara al jefe de caballerizas para que preparara dos caballos. Luego se volvió hacia Grace.

—Querida, aunque siento un profundo afecto por tu familia, no puedo negar que su tendencia a meterse en líos resulta en ocasiones levemente frustrante.

—¿Levemente frustrante? —Grace soltó una risita—. Amor mío, estás mostrando una contención admirable. Viéndolo con perspectiva, quizá habría sido mejor enviar a lord Northwood a algún remoto rincón de Escocia.

Nicholas se levantó con una carcajada.

—Aún puede que no sea mala idea.

—Avisaré a la señora Tenner para que retrase la cena hasta que volváis —dijo Grace, alzando la cara para recibir un beso de su marido. Luego lo observó marchar con paso resuelto. Bajo su tono burlón, Grace tenía un nudo en el estómago. Quería creer que su malestar era culpa del pescado que había comido al mediodía, y no de un inquietante presentimiento.

Media hora más tarde, Nicholas y Malcolm desmontaban frente a la cabaña de Pear Tree, tras haber cruzado la verja con sus caballos hasta llegar a la misma puerta. Dejaron las riendas sueltas para que

las bestias mordisquearan la poca hierba que había, llamaron a gritos a Hope y golpearon la puerta, pero nadie respondió. Nicholas respiró hondo, empujó la hoja de madera y ambos entraron en la casita.

No tardaron en comprobar que la planta baja estaba vacía. Malcolm subió los escalones a toda prisa y volvió enseguida con la cara sombría.

—Arriba tampoco hay nadie. Parece que han sacado al vizconde de la cama a rastras.

—¿Y Hope? ¿Sabemos qué le ha pasado? —Nicholas echó un vistazo a su alrededor—. Es evidente que ella se encontraba aquí cuando se lo llevaron, porque su capa está en el suelo.

—A juzgar por cómo está tirada, diría que la llevaba puesta cuando entraron esos canallas. Tal vez se le cayó al tratar de huir.

—O quizá se la quitaron ellos —espetó Nicholas, ya incapaz de contener su furia—. ¿Intentaría escapar por las escaleras? —Se acercó a la base del primer tramo y allí, en el peldaño más bajo, vio una horquilla. La recogió y la sostuvo a la luz de la vela—. Desde luego, pertenece a una mujer. No podemos asegurar que sea de Hope, pero cabe pensar que intentó subir para llegar hasta lord Northwood.

—No lo consiguió —gruñó Malcolm entre dientes. Se agachó y recogió un mechón de cabello cobrizo—. Intentó alcanzarlo, sí. Pero la arrastraron de vuelta tirándole del pelo.

—Tenemos que buscarla fuera —ordenó Nicholas. Volvió sobre sus pasos, cogió los faroles y salió de la casita. Luego le tendió uno de los faroles a su ayuda de cámara—. Tú ve por la derecha, yo revisaré el lado izquierdo.

Afortunadamente, minutos después, ambos respiraban algo más aliviados: no encontraron nada que indicase que Hope hubiera sido asesinada.

—Entre la marcha de Augustus y nuestra llegada no han pasado más de dos horas —calculó el duque—. No creo que los secuestradores hayan tenido tiempo de matar y enterrar un cadáver, no si temían ser descubiertos.

Observó cómo Malcolm alzaba su farol y avanzaba hacia la verja, escudriñando el suelo.

—Aquí hay demasiadas huellas para sacar algo en claro —murmuró el escocés al cruzar el cercado.

Fuera del jardín de la cabaña, Malcolm caminó de un lado a otro hasta que se detuvo a examinar un punto del terreno.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Nicholas, que acababa de alcanzarlo—. Caballos —musitó el duque tras unos segundos de inspección—. Y más de uno.

—Sí. Estuvieron atados aquí, a la valla —dijo Malcolm—. Las huellas de más allá son del carro del reverendo, pero estas no. Yo diría que eran cuatro monturas. —Le lanzó una mirada a Nicholas—. Apostaría a que se llevaron a ambos. No habrían dejado a Hope atrás, si sabían que podía identificarlos. Eso los llevaría directos a la horca.

Nicholas asintió con gravedad y dirigió la vista hacia la oscuridad.

—No deben de llevar más de un par de horas de ventaja. Como viajan de noche, irán con cuidado. Podríamos alcanzarlos sin dificultad.

—Pero no sabemos en qué dirección han partido —repuso Malcolm—. No podemos lanzarnos a la ventura en plena oscuridad. Y cualquier rastro será imposible de seguir sin luz.

Nicholas se pasó la mano por el cabello, frustrado. Malcolm tenía razón. Sería una locura ir tras ellos a ciegas. Aun así, la espera le sabía a derrota, y temía que ese retraso les costara la vida a Hope y a Gabriel. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Como bien dices, no sabemos con certeza a dónde se dirigen, pero podemos deducirlo. Si piensan llevar a Gabriel hasta su primo, irán a Northwood Court o a la casa de su padre, que creo que está cerca de Portsmouth. Una vez allí, Atwood podrá hacer con él lo que le plazca.

—¿Y por qué no lo han matado ya, entonces? —gruñó Malcolm.

—Tal vez no estén seguros de haber capturado al hombre correcto —conjeturó Nicholas—, o quizá prefieren no añadir un asesinato a su lista de fechorías. Probablemente actuaron en cuanto

supieron que Northwood seguía vivo. Dudo que esperasen a recibir instrucciones.

—¿Crees que han actuado por su cuenta?

—Creo que es posible que alguien les diera la orden de informar si veían algo sospechoso, y que ellos hayan decidido que ganarían mucho más si entregaban personalmente al vizconde.

Malcolm asintió, pensativo, mientras seguía al duque de vuelta al jardín. Apagaron las velas que quedaban encendidas en la cabaña, cerraron la puerta y Nicholas silbó para llamar a su caballo.

—Partiremos en cuanto amanezca —anunció, montando de un salto—. Ya no podemos depender de que Roan encuentre pruebas contra el almirante Atwood —dijo en voz alta mientras el escocés subía también a su caballo—. El enemigo ha movido ficha, Malcolm. Y no nos queda más remedio que seguir la partida hasta el final —concluyó, y acto seguido espoleó al semental.

Capítulo 16

Hope se despertó unas horas más tarde, sobresaltada por un débil sonido dentro del cobertizo. Durante unos breves segundos permaneció tendida, desorientada, hasta que los recuerdos inundaron su mente y, por puro instinto, intentó moverse. Una presión firme en el brazo que rodeaba sus hombros se lo impidió.

—No te muevas —dijo el vizconde contra su cabello.

Su voz fue apenas un susurro, pero ella obedeció y fingió dormir, mientras sus captores, evidentemente, se preparaban para acostarse.

—No me importaría darle a esa zorra un buen repaso antes de entregarla —masculló uno de ellos.

Hope reprimió un gemido ante el obsceno comentario, y el brazo de Gabriel se tensó con fuerza.

—Primero tendrías quitarte de encima esa peste a vómito —se burló su compañero—. Yo creo que esperaré a encontrar una fulana que sepa cómo darme un buen revolcón. La escuálida que está ahí tirada no aguantaría ni una sola embestida.

Al cabo de unos minutos, uno de los hombres se quejó con voz somnolienta.

—Eh, déjame un poco más de esa manta. —Pero su única respuesta fue un sonoro ronquido.

Media hora después, Gabriel se movió por fin y retiró con cuidado el brazo que tenía bajo los hombros de Hope.

Un leve siseo al flexionar los dedos le reveló a ella cuánto dolor había estado él soportando.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Hope en voz baja al incorporarse un poco, tratando de verle el rostro.

Gabriel se llevó un dedo a los labios y echó un vistazo hacia sus secuestradores. Al comprobar que estaban dormidos, levantó la cabeza y le susurró al oído:

—Gírate hacia tu lado derecho. Yo haré lo mismo. Es la forma más sencilla de hablar sin que los despertemos.

Con el corazón golpeándole el pecho, Hope hizo lo que le pedía. Gabriel se giró también de inmediato, apoyó su cuerpo contra la espalda de ella y la abrazó por la cintura con el brazo izquierdo. La intimidad del gesto hizo que Hope contuviese un jadeo, sobre todo, cuando sintió su aliento en su mejilla.

—Gira un poco la cabeza hacia mí —le dijo él.

Cuando ella se movió, enseguida sintió el roce de un beso, tan leve que pensó haberlo imaginado… hasta que Gabriel depositó otro aún más suave sobre su sien.

—Perdóneme por haberla metido en este lío —murmuró él con un suspiro.

—Creo que trabajan para su primo —susurró Hope, deseando, para su consternación, que él volviera a besarla. ¿Cómo vamos a escapar? —preguntó, esforzándose por ignorar la cercanía de su boca.

Gabriel oyó sus palabras, pero le costaba cada vez más concentrarse en lo que decía. ¿Por qué diablos se le había ocurrido sugerir que se colocaran así? ¿Y qué clase de canalla era él, pensando en las curvas de su cuerpo en un momento como este? Pero, por muy tentadora que ella le resultase, estaba convencido de que ni siquiera sería capaz de ponerse en pie sin ayuda, y mucho menos de hacer nada más.

Suspiró, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el duro suelo. Aún podía percibir el leve aroma a lavanda del cabello de ella.

—No creo haberme recuperado lo suficiente para organizar una huida —murmuró Gabriel contra la nuca de ella—. Si intentara hacerme el héroe, temo que solo conseguiría que nos matasen a los dos.

Sintió que ella asentía, y se odió a sí mismo por haberla arrastrado a una situación tan desesperada. Hope solo lo tenía a él para protegerla y, en el estado en que él se encontraba, temía ser un completo inútil.

Sin embargo, preferiría morir antes que permitir que cualquiera de esos miserables le pusiera una mano encima.

Permanecieron en silencio unos instantes, hasta que él notó que el cuerpo de ella temblaba. Con el ánimo encogido, comprendió que Hope estaba llorando, aunque hacía grandes esfuerzos por contenerse.

—No llores, por favor —le susurró con voz ronca, acercándose otra vez a su oído—. No permitiré que te hagan daño, te lo juro. Creo que se proponen llevarnos a Northwood Court. El viaje hasta allí durará al menos dos o tres días. Mientras tanto, recuperaré mis fuerzas y, en cuanto haya una oportunidad, escaparemos de estos desalmados.

Sin poder evitarlo, le depositó otro beso, ligero como una pluma, en el cabello.

Ella asintió de nuevo y, poco a poco, sus sollozos reprimidos se fueron calmando, hasta que su respiración se hizo más pausada y Gabriel comprendió que se había quedado dormida.

Entonces la atrajo un poco más hacia sí. Nunca había experimentado un torbellino de emociones tan intenso por una mujer. Estaba agradecido por la confianza que ella tenía en él, y se sentía ferozmente protector, como si ella le perteneciera, y aterrorizado por la posibilidad de fallarle.

No sabía en qué momento había ocurrido, pero Hope Shackleford se le había metido bajo la piel de una forma que ninguna otra mujer había logrado, y tenía la dolorosa certeza de que, llegado el momento, dejarla marchar le sería casi insoportable. Pero debía hacerlo, si querían tener al menos una mínima posibilidad de futuro juntos.

Gabriel sabía que tenía que seguir adelante. Ya no podía esconderse como un cobarde de Henry Atwood. Fuera cual fuese el desenlace, estaba decidido a llegar hasta el final.

El duque de Blackmore se resistía a informar al reverendo Shackleford sobre el secuestro de su hija, principalmente, porque no se fiaba de que el vicario no saliera disparado en su rescate, con alguna idea descabellada que acabase provocando una tragedia. El hecho de que el reverendo hubiese tenido éxito en el pasado, cuando otros habían fracasado, no influía en absoluto en su criterio. Augustus Shackleford era, sin duda, un imprudente de cuidado y, en esta ocasión, Nicholas estaba decidido a mantenerlo al margen.

Ahora bien, Su Excelencia no se sentía, en conciencia, capaz de mentirle de forma abierta a un hombre de Dios, un dilema que compartió con su esposa cuando él le informó, con gesto sombrío, lo que él y Malcolm pensaban que había sucedido.

Estaban sentados en el despacho del duque, junto al ayuda de cámara y los restos de la cena que la señora Tenner les había subido en una bandeja. A pesar de su preocupación por su hermana, Grace no tenía el mismo reparo en engañar a su padre.

—Tienes toda la razón, Nicholas —declaró ella—. No podemos arriesgarnos a que mi padre actúe por su cuenta.

Dicho esto, Gabriel escribió una breve nota asegurándole al reverendo que Hope estaba bien y que pronto regresaría a casa.

—No es mentira del todo —alegó cuando su marido la leyó con escepticismo—. De hecho, confiamos sinceramente en que Hope se encuentre bien y pueda reunirse con la familia en breve.

Nicholas sabía que la actitud decidida de su esposa no era más que una forma de ocultar el miedo que la carcomía por dentro, ese temor visceral de que algo horrible hubiera sucedido y no volvieran a ver a Hope. Por eso, accedió a regañadientes a enviar la nota. Diez minutos después, llamaron a Jimmy, quien, refunfuñando, se encargó de llevar el mensaje.

Aparte de los tres presentes, nadie más sabía del secuestro de Gabriel y Hope.

—Al amanecer, dispondré que avisen a Roan —dijo el duque—. No sé si él podrá hacer algo y, de hecho, para cuando reciba la noticia, Hope y el vizconde Northwood… —Se calló al instante y se pasó la mano por el pelo con aire desesperado.

—Es posible que ya hayan sido rescatados, lo sé —añadió Grace con determinación, esforzándose por contener las lágrimas.

Nicholas le tomó la mano con dulzura, mientras Malcolm tomaba la palabra.

—Recomiendo que pidamos ayuda a Roan cuanto antes —sugirió el escocés con gravedad—. El muchacho tiene fama de ser buen luchador, y el haberse criado en las calles le da una ventaja que un caballero como Su Excelencia no tiene.

Nicholas resopló ante la valoración de su ayuda de cámara, pero asintió de todos modos.

—Si nuestro mensajero cabalga sin detenerse, cambiando de montura solo cuando sea necesario, podría llegar a Londres en veinticuatro horas —concluyó el duque—. De hecho… —Se levantó —. Por mucho que me repugne hacerlo, creo que una calamidad como esta justifica sacar a alguien de la cama. Si nuestro hombre parte en menos de una hora, quizá llegue a la capital antes de mañana por la noche.

—Es una empresa arriesgada, sin duda —musitó Malcolm con una mueca—, pero creo que merece la pena intentarlo. Tendrás que escoger a tu mejor jinete.

Nicholas asintió y se dirigió a su escritorio, aunque se detuvo un instante.

—Enviaré también un mensaje a Ravenstone —anunció—. Adam no es un petimetre, y estoy seguro de que nos prestará su ayuda. De hecho, podría llegar a Northwood Court antes que nosotros. —Se sentó y tomó la pluma—. Les pediré a ambos que nos esperen al este de la finca de Gabriel. Según tengo entendido, los terrenos son bastante amplios y podremos ocultar nuestra presencia. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Aunque, si nos hemos equivocado de destino, que Dios nos ampare.

Augustus Shackleford no albergaba la menor duda de que algo turbio estaba ocurriendo. La carta de Grace era, en la práctica, una confesión a gritos de que algo iba mal y, al leerla, no pudo evitar pensar que sus propios hijos lo creían tonto de remate.

Después de cenar, se retiró a su despacho. La verdad era que estaba molido tras toda la conmoción pasada, y había decidido que echarle una bronca a Hope en cuanto volviera no le haría ningún bien a su hígado, así que dejaría el sermón para el día siguiente. En su lugar, optó por una copa de *brandy*, que le ayudaría a serenarse.

Por supuesto, Percy no aparecía por ninguna parte. El coadjutor no se había presentado en la cena, y el reverendo le había ordenado a Lily que le llevara algo de pan y queso a la sacristía antes de acostarse.

Freddy, en cambio, roncaba junto al fuego, mucho más contento después de haberse zampado una buena ración del pudin de pan y mantequilla de la señora Tomlinson. En definitiva, el reverendo Shackleford daba por terminado todo aquel alboroto.

La verdad era que debería haberlo sabido.

Alrededor de las nueve sonó el timbre. Frunciendo el ceño, el reverendo se levantó trabajosamente, esquivó a Freddy y se dirigió a la puerta. El sabueso ni se inmutó.

—Vaya perro guardián estás hecho —masculló para sí.

Diez minutos después, tras despachar al mensajero del duque con una buena regañina por impertinente, volvió a acomodarse junto al fuego, aunque la serenidad que había sentido antes se había esfumado como el humo por la chimenea.

—Rayos y centellas —refunfuñó—. A Hope le ha pasado algo, lo noto en las tripas. Grace puede contarme todas las milongas que quiera; Augustus Shackleford conoce a su prole.

La verdad era que, por mucho que lo negaran con vehemencia, todos sus hijos pensaban como él: actuar primero, pensar después. Le fastidiaba admitirlo, pero precisamente por eso estaban metidos en este maldito embrollo.

Con un suspiro, volvió a mirar la carta. A todas luces, debía dejar el asunto en manos de Nicholas. Estaba convencido de que el duque lo tenía todo bajo control.

Bueno… tal vez no del todo. Pero lo más probable era que Su Excelencia supiera lo que había que hacer.

Bueno… tal vez no exactamente.

¡Al diablo! Aquello requería otro *brandy*.

Al amanecer, Gabriel se despertó de una patada seca en la espalda.

—Hora de ponerse en marcha.

Haciendo una mueca por el dolor repentino en las costillas, se apartó de Hope, que aún dormía. Cerró los ojos, apretó los dientes y se incorporó lentamente hasta quedar sentado. Seguía sintiéndose débil y tambaleante, pero notó, al menos, que el martilleo en la cabeza había desaparecido. Al mirar a su compañera, deseó con todas sus fuerzas dejarla dormir un poco más, pero sabía que, si no la despertaba él, lo harían aquellos rufianes.

Sin embargo, antes de que pudiera tocarla, Hope se removió, alertada por la súbita pérdida del calor del cuerpo de Gabriel. El miedo la atrapó de golpe, aterrorizada ante la idea de que él se hubiera marchado, y se incorporó con rapidez. Al momento, dejó escapar un gemido: cada músculo de su cuerpo protestaba por el brusco movimiento.

Gabriel le tocó el hombro con suavidad, en un gesto tranquilizador.

—Parece que debemos continuar el viaje. Si desea hacer sus necesidades, me quedaré de guardia para asegurarme de que nuestros captores no la vean.

Maldita sea, ahora que él lo había mencionado, Hope se dio cuenta de que tenía la vejiga dolorosamente llena. Si intentaba aguantarse mucho más, acabaría poniéndose en evidencia.

—¿Puedo contar con su palabra de que usted tampoco me observará, señor? —replicó ella con sequedad mientras se ponía en pie con una mueca.

Gabriel arqueó las cejas.

—Sea lo que sea que piense de mí, señorita Shackleford, debo recordarle que, ante todo, soy un caballero. Y como tal, jamás me permitiría faltar a su intimidad —declaró Gabriel en tono fue rígido, aunque le costó un enorme esfuerzo apartar de su mente la imagen poco decorosa de Hope alzándose las faldas. Y eso sin contar con la forma nada caballerosa en que él la había abrazado durante toda la noche. Carraspeando para disimular su incomodidad, Gabriel se incorporó con dificultad, reprimiendo un gruñido. Por todos los

Cielos, se sentía tan débil como un gatito. Respiró hondo, le indicó a Hope que se mantuviera tras él y salió del cobertizo.

—La señorita y yo necesitamos ocuparnos de nuestras necesidades —informó con frialdad—. No tardaremos.

A la luz del día, sus secuestradores parecían aún más andrajosos. Estaba claro que ninguno de los dos había visto un cubo de agua en mucho tiempo, y las ropas que llevaban no eran más que harapos. No costaba imaginar por qué se habían arriesgado tanto: sin duda, no tenían ni un penique en sus sucios bolsillos.

Mientras Gabriel conducía a Hope hacia la parte trasera del cobertizo, se preguntó si esos villanos serían del pueblo, y compartió con ella su duda mientras le daba la espalda.

—No lo creo —murmuró Hope.

Sus palabras le llegaron entrecortadas, acompañadas por el roce de las faldas, lo cual hizo volar la imaginación de Gabriel más de lo razonable. Apretando los dientes, se obligó a mirar al frente.

—No me suena haberlos visto antes, al menos —añadió ella—. Y no olvide que nos asaltaron de camino a Ravenstone. —Hope vaciló un instante, y Gabriel se la imaginó frunciendo el ceño—. Pero esos hombres llevaban el rostro, a excepción de su cabecilla, y ninguno de estos dos desgraciados lo es. —Otro roce de faldas interrumpió su razonamiento—. En cualquier caso —prosiguió ella al cabo de un momento—, creo que su primo sospechaba desde hacía tiempo que usted seguía con vida. Ya puede darse la vuelta, he terminado.

Ella tenía las mejillas en llamas cuando él se giró, pero la repentina presión en la vejiga de Gabriel le hizo olvidar cualquier pensamiento pecaminoso.

—¿Sería tan amable de darse la vuelta? —le pidió Gabriel, escueto, al ver que ella seguía mirándolo fijamente.

—¡Oh! —exclamó Hope, que ya estaba roja como un tomate. Cerró los ojos con más fuerza de la necesaria, y se giró.

—¡Maldita sea! ¡¿Cuánto tarda un señorito en mear?! —gritó uno de los secuestradores con vulgaridad—. Como no estéis de vuelta en cinco segundos, voy *pa'llá* y os saco a rastras.

Gabriel tragó saliva para contener su rabia y se abrochó los pantalones lo más rápido que pudo. Aquel no era el momento para

enfrentamientos, pero habría dado cualquier cosa por dejarle la cara como un mapa.

Diez minutos después, retomaron el camino. Gabriel ya no iba atado a la silla, pero le habían maniatado las muñecas a la espalda, lo que hacía que cabalgar fuera casi imposible. Aun así, sus captores parecían convencidos de que él era capaz de liberarse, y lo amenazaron con cortarle el cuello a su acompañante si él hacía el menor movimiento en falso.

Esa fe en su capacidad para escapar habría resultado halagadora…, si no fuera por la expresión desesperada de Hope, cuyo rostro se había quedado blanco como el papel. Y por el hecho de que él, en realidad, ni siquiera podía mover los dedos.

Gabriel apretó la mandíbula con rabia contenida y lanzó una mirada asesina a las espaldas de los dos canallas mientras los caballos emprendían un trote lento.

En ese instante se juró a sí mismo que vería a esos bastardos tras las rejas, o colgando de una soga, cuando todo esto terminara.

Capítulo 17

El reverendo Shackleford estaba convencido de no haber pegado ojo en toda la noche.

Con la primera luz del día, ya estaba arrastrando a un aturdido Freddy fuera de su cálida cama y enganchando, una vez más, a Lucifer al carro. Decir que el animal no estaba contento era quedarse corto, y para cuando el vicario logró subir al pescante, no tenía del todo claro si aún conservaba los diez dedos. Chasqueó las riendas con determinación, y apretó los dientes cuando el caballo se negó a moverse. Era obvio que su inesperada docilidad del día anterior se debía únicamente a la presencia de Hope.

De un forma nada habitual en él, a Augustus Shackleford se le formó un nudo en la garganta al pensar en lo que podía haberle ocurrido a su hija, y sintió una renovada determinación por arrancarle la verdad a Grace. No le cabía duda de que Nicholas ya habría partido, así que ella no podría escudarse tras su marido.

Por el momento, tenía que lograr que el maldito jamelgo se moviera de una vez. Con un suspiro resignado, el reverendo se apeó del carro y fue a por una bolsa de manzanas.

Una hora más tarde, el señor Shackleford estaba echando humo, sudando a mares y sin una sola manzana que ofrecerle a Lucifer. De hecho, el diabólico caballo había comido tanta fruta que el reverendo temía que Seth tuviera que limpiar el establo cada hora durante una semana. Eso, claro está, si el terco animal regresaba a su cuadra. A esas alturas, el reverendo Shackleford estaba más que tentado de llevarlo directamente al carnicero.

Miró con envidia a Freddy, que hacía tiempo que había desistido de correr junto al carro y ahora dormitaba junto a él, hecho un ovillo, roncando felizmente.

Por suerte para Lucifer —que no tenía ni idea de lo cerca que había estado del desastre—, las verjas de Blackmore aparecieron al fin tras una curva. Dado que el sol, en la medida en que se dejaba ver, ya estaba bien alto, el reverendo confiaba en que Grace no pudiera inventarse una excusa para no recibirle. Desde luego, no le resultaría fácil con tan poco margen de tiempo.

El reverendo ató el caballo a un arbusto al pie de las escaleras y, resoplando, subió hasta la puerta principal todo lo deprisa que pudo.

Sin embargo, transcurrió media hora antes de que Grace apareciera en el pequeño salón donde el mayordomo del duque, Huntley, había hecho pasar al reverendo... y, con menos entusiasmo, a Freddy, que se había negado a quedarse fuera en el carro. Para cuando la duquesa llegó, Shackleford no estaba precisamente de humor para cortesías. Se puso de pie con esfuerzo y le habló a su hija sin tapujos.

—Y no pienses que vas a escurrir el bulto esta vez, jovencita. Estoy completamente seguro de que tu nota era una sarta de paparruchas, y no pienso consentir que me tomes por lelo. —Acto seguido se irguió, infló el pecho y bramó—: ¡Exijo que me digas ahora mismo qué demonios le ha pasado a tu condenada hermana!

—Oh, por el amor de Dios, déjelo ya, padre —replicó Grace con calma—. Por supuesto que sabía que no se tragaría semejante mentira. Le esperaba desde el amanecer.

Cabalgaron durante casi todo el día, con apenas unas breves pausas. En ese tiempo, Gabriel no tuvo ocasión de hablar con Hope y, en las escasas veces en que le desataron para poder hacer sus necesidades, ella permaneció en todo momento bajo la vigilancia de uno de los secuestradores. Les habían dado un mendrugo de pan para desayunar, acompañado de un par de sorbos de agua turbia, pero de aquello ya hacía horas, y Gabriel observaba con creciente inquietud el rostro demacrado y pálido de Hope. Ella no estaba

acostumbrada a privaciones como estas. Sin duda, él lo soportaba mejor gracias a sus desventuras en España.

Al caer la tarde, para su alivio, sus captores decidieron hacer un alto. Esta vez, sin embargo, no encontraron refugio alguno. Hope no dejaba de temblar, y Gabriel temió que estuviera al borde del colapso. De algún modo, tenía que alejarla de aquellos malnacidos.

Sentado en el suelo, Gabriel observó el entorno. Al principio le había resultado desconocido por completo, pero cuanto más lo analizaba, más convencido estaba de que se encontraban cerca de Northwood Court. Si no se equivocaba, había un pueblo al otro lado de la colina, en dirección contraria. No les llevaría más de un par de horas a pie llegar hasta allí. Miró a Hope, que permanecía en silencio al otro lado del claro. Estaba abrazada a sus piernas flexionadas, con la mirada perdida. ¿Tendría ella fuerzas para semejante caminata? Tal vez sí, después de haber descansado. Gabriel decidió arriesgarse.

—Como pueden ver, señores, mi compañera sufre intensamente por el frío. Si me permiten que me siente a su lado, nuestra cercanía le aportará algo de calor. —Apretó los dientes, esperando la respuesta soez que sabía que iba a escuchar. No se equivocó.

—Yo tengo más que tú *pa´ calentarle* los huesos a la perra —soltó uno con una sonrisa lasciva, mientras el otro se dirigía a Hope—. Vente con nosotros, preciosa, que te vamos a tener bien calentita.

—Si pretenden usarla como moneda de cambio con mi primo —respondió Gabriel con frialdad—, les convendría asegurarse de que no enferme. Una rehén muerta no sirve de nada… y puede acabar metiéndoles en un lío más grave del que ya tienen. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Al igual que una violación. —Gabriel sabía que se la estaba jugando al provocarles así, pero tenía que convencerlos para que permitieran a Hope compartir su calor. Estaba convencido de que ella no aguantaría mucho más—. Tengo las manos atadas a la espalda, por el amor de Dios —gruñó al ver que no se movían—. Si quieren, pueden atarnos a ese maldito árbol, pero si no me permiten que la ayude a entrar en calor, creo que morirá antes de que acabe la noche.

Hope levantó la cabeza al oír la palabra «morirá» y, por un instante, la indiferencia que él vio en su rostro, le heló la sangre.

Por suerte, unos segundos más tarde, uno de los secuestradores se encogió de hombros, fue hasta donde estaba Hope y la levantó de un tirón. Le ató las manos por delante y luego la arrastró hasta Gabriel.

—Como intentéis algún truco, la mato yo mismo —gruñó, arrojándola al suelo.

Casi por instinto, Hope se acercó a Gabriel, buscando el escaso calor de su cuerpo. Poco después, el segundo rufián fue hasta ellos y les lanzó más pan, que estaba tan duro que rebotó en el pecho de Gabriel y acabó en el barro a sus pies.

—No os lo comáis todo de golpe —se burló el hombre entre risas.

Reprimiendo una respuesta mordaz, Gabriel se inclinó hacia Hope, que no había mostrado la menor reacción ante aquella mísera cena.

—¿Puedes alcanzarlo? —le preguntó él en voz baja, señalando con un gesto el trozo de pan sucio—. Ambos tenemos que comer, señorita Shackleford. No será el mejor manjar, pero con el estómago vacío, cualquier cosa es mejor que nada.

Ella miró el pan en silencio durante un segundo, se inclinó y lo cogió. Luego se volvió hacia Gabriel y se lo ofreció.

—La cena está servida, milord —susurró ella con ironía—. Y, dadas las circunstancias, creo que ya puede llamarme Hope.

Al oírla, Gabriel sintió un alivio tan intenso que casi se le escapó un gemido. Y cuando ese alivio se transformó en un torrente de afecto, tuvo que contener las ganas desesperadas de inclinarse hacia ella y besarla.

—Hope —repitió él, con una sonrisa casi juvenil. Ella iba a salir adelante. Él había temido que se hubiera perdido entre las sombras del abatimiento, pero debería haber sabido que estaba hecha de otra pasta.

—Comida de dioses —murmuró Gabriel con sarcasmo, mordiendo la corteza seca que ella le acercó a la boca.

—Siempre que no tengan mucha hambre —replicó Hope, dando a su vez otro mordisco con desgana.

Durante unos minutos, se concentraron en engullir el correoso pan. Hope alternaba entre alimentar a Gabriel y comer ella misma,

para diversión de sus captores, que los observaban riendo por lo bajo.

—No les preste atención —murmuró Hope cuando vio que la furia de Gabriel empezaba a desbordarse—. Solo quieren provocarle para que haga una tontería. Lo sabe, milord.

—Lo sé —admitió él con pesar—. Y llámeme Gabriel, por favor.

Hope le dedicó una sonrisa. Fue un gesto leve, pero iluminó su rostro, y el corazón de Gabriel golpeó con fuerza en su pecho. Fue una sensación extraña y desconocida. Por primera vez, supo lo que significaba estar enamorado. Porque ya no podía engañarse: lo que sentía por Hope Shackleford no era otra cosa que amor.

Solo de pensar en perderla se le retorcía el alma de una forma que iba más allá del dolor físico. La seguridad de ella se había convertido en su prioridad absoluta. De algún modo, él conseguiría sacarla de ese infierno. Y luego, pondría fin a la amenaza de su tío y su primo de una vez por todas.

De algún modo.

—La verdad, padre, me sorprende que haya esperado hasta que se hiciera por la mañana para venir —comentó Grace con naturalidad mientras el reverendo seguía mirándola sin saber qué decir—. Casi esperaba verle anoche, pero me alegro de que haya aguardado a que Nicholas se marchara. Nos habría costado Dios y ayuda convencer a mi marido de que nos dejara espiar la casa del almirante Atwood. —Grace se agachó para acariciar al sabueso, que brincaba encantado a su alrededor.

—No me extraña —bufó el reverendo Shackleford—. Nunca escuché una idea más descabellada.

—Nicholas y Malcolm se dirigen a Northwood Court —explicó Grace con impaciencia—. Y con toda lógica, han enviado mensajes a Adam y a Roan pidiéndoles que se reúnan allí con ellos.

—¿Y qué demonios hacen en Northwood Court? —la interrumpió el reverendo, sin entender una palabra de lo que su hija farfullaba.

Grace soltó un suspiro.

—De veras, padre, parece que ha perdido facultades. Antes era muchísimo más agudo. —Se puso en pie y tocó la campanilla. Fue

entonces cuando el reverendo reparó, por primera vez, en que su hija llevaba ropa de viaje—. Lord Northwood y Hope han sido secuestrados por al menos dos canallas. Creemos que oyeron la conversación en el Red Lion y que, muy probablemente, lo siguieron a usted y a Hope cuando fueron a la casita Pear Tree.

—¡Rayos y centellas! —bramó el reverendo—. Entonces todo este maldito desastre es culpa mía.

Grace negó con la cabeza, pero antes de que pudiera responderle, se abrió la puerta del saloncito.

—Por favor —le pidió ella a Huntley—, ordene que preparen mi coche y encargue que se ocupen del caballo y el carro del reverendo. Es posible que viajemos durante la noche, y necesitaremos algo que llevarnos al estómago y unas mantas. Ah, y asegúrese de que los dos cocheros vayan armados y bien abrigados.

Si al mayordomo le sorprendió la petición de su señora, no lo demostró. Simplemente asintió y se retiró.

—No es culpa de nadie, padre —declaró Grace—. Su preocupación por sus hijos ha sido perfectamente comprensible, incluso encomiable —Hizo una pausa y, para indignación de su padre, añadió—: De hecho, hasta diría que fue una grata sorpresa. —Ignorando las protestas entrecortadas de su padre, Grace se puso los guantes antes de continuar—. Esos hombres estaban al acecho y, si usted no les hubiera dado pistas, estoy convencida de que habrían averiguado el paradero de Lord Northwood por otros medios. Pero bueno, me estoy desviando del tema —dijo con firmeza—. Nicholas está convencido de que Henry Atwood está detrás del secuestro y que sus hombres se dirigen ahora mismo con los rehenes hacia Northwood Court. Lo más probable es que Hope simplemente estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado, y la llevasen con ellos como garantía adicional. —La voz le tembló, y Grace tuvo que tragar saliva y tomar aire para contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse—. Me inclino a pensar que su hipótesis es acertada. Sin embargo, existe la posibilidad, remota, pero real, de que se dirijan a Rutledge Manor, la residencia del tío de Gabriel. —Ya más calmada, volvió a hacer una pausa para asegurarse de que su padre no se había perdido entre tantos

nombres. Su expresión escandalizada la tranquilizó—. Usted y yo, padre, iremos a la casa del almirante. Cubriremos la retaguardia, por decirlo así. Si salimos enseguida, al abrigo del carruaje podremos viajar durante la noche y, con suerte, llegar a primera hora de mañana.

Durante unos segundos, el reverendo Shackleford se quedó sin palabras. Grace era la digna hija de su padre. Más de lo que él mismo había imaginado jamás. Estuvo a punto de echarse a llorar. Entonces tuvo un pensamiento repentino.

—¿Y Percy?

—Ya he enviado una nota a la vicaría para informar a Agnes de que estará usted fuera un par de días, y he solicitado que Percy nos espere frente al Red Lion —respondió Grace, abriendo la puerta.

—¿Y no descubrirá todo el mundo lo que estamos tramando? —protestó el reverendo, siguiéndola por el pasillo, con Freddy pisándole los talones.

—Naturalmente —replicó Grace con calma—, pero, siendo realistas, las posibilidades de que salgamos de Blackmore sin levantar sospechas son nulas. Así que más vale aprovechar los cotilleos del pueblo. Quién sabe qué rumores útiles podrían servirnos de guía.

Gabriel Atwood no estaba muerto. Henry Atwood siempre lo había sabido, al igual que su padre. Pero ahora tenían pruebas de ello. Uno de los hombres que había enviado a vigilar Blackmore había regresado ese mismo día con la noticia de que el bastardo de su primo había sido encontrado escondido en una cabaña en la propiedad de Nicholas Sinclair.

Henry no sintió satisfacción alguna por haber tenido razón al dudar de la muerte de Gabriel ni por haber acertado al suponer que este buscaría refugio en casa del duque de Blackmore. De hecho, todo el maldito asunto acababa de complicarse de forma exponencial.

Si permitía que Gabriel lo denunciase, al final, todo se reduciría a su palabra contra la suya. Henry había cubierto bien sus huellas con la ayuda de su padre, y dudaba que Gabriel pudiera demostrar nada

sobre su intento de asesinato, ni siquiera contando con el respaldo de un miembro influyente de la aristocracia.

Pero ni Henry ni su padre se recuperarían jamás del escándalo. En el mejor de los casos, él acabaría como el primo arruinado y lo enviarían de vuelta a altamar. Y en el peor…, su padre perdería su rango, y él sería expulsado de la Marina Real. Ambos serían tratados como parias y, casi con toda seguridad, vetados en todos los salones y clubes de Londres.

Su vida se habría acabado, al igual que la de su padre… aunque, en el fondo, Henry no estaba seguro de que a este le importara lo más mínimo, tan empeñado como estaba en cavarse una tumba temprana por culpa del alcohol.

—¡Maldita sea! —murmuró Henry entre dientes, sintiendo la soga invisible que empezaba a apretarle el cuello.

La verdad era que había llegado a un callejón sin salida.

Gabriel Atwood tenía que morir. Y pronto.

Y cuando por fin lograra librarse de su primo, se aseguraría de que el muy desgraciado acabase enterrado en la fosa más profunda.

Preferiblemente, antes de que el duque de Blackmore se enterara de que el antiguo vizconde ya no se escondía en su finca.

Capítulo 18

Gabriel pasó toda la noche tratando de idear algún plan que permitiera a Hope escapar. Dormir había sido prácticamente imposible, dado que seguía con las manos atadas a la espalda. Ni siquiera podía darse la vuelta, y su único consuelo era la deliciosa sensación del cuerpo de Hope acurrucado frente al suyo. Si no hubiera estado tan endemoniadamente incómodo, el roce de sus nalgas contra él habría provocado reacciones mucho más evidentes en ciertas partes de su anatomía.

Podría haberle pedido que se tumbara detrás y que le desatara con disimulo una vez que sus captores se durmieran. Pero, por desgracia, aquellos condenados se mostraban mucho más cautelosos ahora que estaban cerca de su destino, y se turnaban para montar guardia, de modo que uno de ellos permanecía despierto durante toda la noche. Gabriel no pensaban correr riesgos a estas alturas.

En la oscuridad que precedía al amanecer, aceptó por fin que Hope se vería obligada a acompañarlos hasta Northwood Court. No se hacía ilusiones: Henry no le mostraría la menor piedad a su molesto primo —y, por desgracia, muy vivo—. Después de todo, no la había tenido en Cádiz, y ahora las apuestas eran aún más altas. Pero lo que más lo aterraba era pensar en lo que podía pasarle a Hope. No sabía si Henry estaba al tanto de que había una rehén adicional, y en realidad eso era irrelevante. Tanto si ya sabía que sus secuaces la habían traído con ellos como si no, Gabriel no albergaba dudas de que Henry no permitiría jamás que ella saliera con vida. Y a pesar de que los secuestradores parecían convencidos de que

obtendrían una buena recompensa, Gabriel temía que acabarían todos enterrados en una zanja, junto con la misma pala con que la habían cavado.

Gabriel se mordía los labios agrietados, absorto en sus pensamientos, pese al dolor lacerante que le subía por los brazos. Tal vez pudiera convencer a los canallas de que sacarían mucho más dinero si le pedían un rescate al duque de Blackmore. No sabía cuál era la postura de Nicholas respecto al pago de rescates, pero estaba seguro de que Su Excelencia haría todo lo que estuviera en su mano para asegurar el regreso, al menos, de su cuñada.

¿Acaso aquellos hombres sabían siquiera que Hope Shackleford era cuñada del duque? Gabriel sintió un primer destello de esperanza. No había razón para que lo supieran. Por lo que podía deducir, no eran de la zona y se habían limitado a observar y escuchar en busca de información sobre Gabriel Atwood. Lo más probable era que Henry les hubiera dado la menor cantidad de datos posible. Se incorporó de golpe. Ahora que lo pensaba… ¿Su primo conocía el parentesco de Hope con el duque?

Qué estúpido había sido...

Gabriel se esforzó por sentarse, y su movimiento hizo que Hope gimiera en sueños y se acurrucara más contra él. Por desgracia, su intento por moverse también llamó la atención del hombre que lo vigilaba.

Ninguno de los dos habló, y Gabriel apartó la mirada al instante. Lo último que necesitaba era provocar un enfrentamiento. El secuestrador le lanzó una mirada desdeñosa y luego giró la cabeza, seguramente, creyendo que lo tenía dominado.

Hope se agitó a su lado y lo miró con ojos aún somnolientos. Tras unos segundos, soltó un quejido y se incorporó con dificultad.

—¿Pasa algo? —murmuró, tratando de devolverle la circulación a sus dedos entumecidos.

Gabriel negó con un gesto en la penumbra, sin apartar la vista de sus captores. El que estaba de guardia volvía a dormitar, pero él no albergaba dudas de que se despertaría en cuanto intentaran escapar.

Gabriel bajó la vista hacia el rostro apenas visible de Hope. Su cabello, habitualmente tan vivo, estaba enredado y sucio; tenía

manchas oscuras en las mejillas, y los ojos muy abiertos por la preocupación. Por él.

Gabriel deseó con todas sus fuerzas tomarla entre sus brazos y besarla hasta que el miedo desapareciera. En lugar de eso, se inclinó y apoyó la frente en la de ella. Hope no se apartó, sino que suspiró y, al cabo de un segundo, alzó el rostro y sus labios buscaron los suyos con delicadeza.

—Gracias —murmuró ella—. Por darme el valor de seguir adelante.

—No estarías metida en este lío si no fuera por mí —respondió Gabriel con la voz cargada de angustia.

—Mi padre ya habrá informado a Nicholas —dijo Hope—. El duque vendrá a rescatarnos, estoy segura.

Gabriel se quedó inmóvil.

—¿Tu padre sabía que estabas conmigo en la cabaña? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Naturalmente —replicó ella, desconcertada—. Su intención era ir a buscar a Malcolm después de llevar a mis hermanos de vuelta a la vicaría.

Gabriel volvió a fruncir el ceño, mientras unas sombras vagas y unos ecos lejanos se arremolinaban en su mente.

—¿Qué hermanos? —susurró.

Hope se echó hacia atrás y lo miró en silencio. Entonces comprendió.

—No recuerdas haber rescatado a Anthony, ¿verdad? —le preguntó.

—Yo… —Gabriel se detuvo. Le vinieron recuerdos difusos: gritos, voces… y después, llevar a alguien en brazos. A un niño.

Hope apoyó sus manos atadas sobre su codo.

—Gabriel, rescataste a mi hermano de la poza de Wistman. Fue eso lo que te provocó la fiebre. Mi padre y yo fuimos a la cabaña para buscarlo a él y a mis cuatro hermanas, pero al llegar te encontramos desplomado en el suelo. Me quedé contigo mientras él se llevaba a los cinco de vuelta a casa, antes de ir a Blackmore para pedirle ayuda a Malcolm.

Gabriel negó con la cabeza y parpadeó. Lo último que recordaba con claridad era cuánto le dolía la cabeza y preguntarse si sería capaz de cenar algo. Había supuesto que ella estaba allí para cuidarlo y no había pensado más allá…, lo cual, ahora que lo consideraba, era una completa estupidez. ¡Si estaba anocheciendo, por amor de Dios! Poco a poco, comenzó a recuperar sus recuerdos, vagos y desordenados.

Miró a los secuestradores, que ya empezaban a moverse, y luego bajó la vista hacia el rostro preocupado de Hope.

—Entonces…, ¿quieres decir que tu padre pensaba avisar a Nick de mi fiebre? —susurró con urgencia.

Hope asintió.

—Y traer de vuelta a Malcolm. —Hizo una pausa y añadió, en voz muy baja—: Estábamos muy preocupados por ti.

Gabriel cerró los ojos mientras el alivio lo inundaba de golpe: Nicholas ya estaba al tanto del secuestro.

Henry no sabía nada de la relación entre el duque de Blackmore y la familia Shackleford. Solo conocía la antigua amistad entre Gabriel Atwood y Nicholas Sinclair. Su primo no se esperaba en absoluto la intervención del duque, y mucho menos tan rápido. Pero, debido a la implicación de Hope, Gabriel no tenía dudas de que Nicholas ya debía de estar moviendo cielo y tierra para preparar una operación de rescate.

Henry había jugado mal sus cartas. Gabriel solo tenía que mantenerse vivo —y mantener viva a Hope— hasta que llegase la ayuda.

Nicholas y Malcolm cabalgaron sin detenerse hasta que comenzó a oscurecer. Habían optado por un camino muy transitado que unía Devon con Hampshire y que contaba con numerosas posadas. Eso les permitió avanzar casi hasta que cayó la noche antes de buscar alojamiento. Aunque al duque le inquietaba la idea de hacer una parada, Malcolm le convenció de que no serviría de nada llegar a Northwood Court extenuados, y mucho menos con los caballos agotados. A regañadientes, Nicholas aceptó, aunque dejó muy claro que estarían de nuevo en marcha al amanecer.

El trayecto hasta Rutledge Manor se les hizo eterno. Al menos, a Grace y a su padre. Percy dormía como… bueno, como Grace imaginaba que lo haría un jabalí. Freddy tampoco ayudaba mucho: se retorcía y gruñía en sus sueños perrunos. Para cuando llegaron a Hampshire, tanto Grace como el reverendo estaban a punto de lanzar al joven roncador fuera del carruaje.

Grace y su padre no habían tenido oportunidad de perfilar ningún plan en común y, durante el viaje, ambos acabaron trazando —de forma más o menos disimulada— estrategias completamente distintas.

Grace tenía toda la intención de entrar por la puerta principal y contarles a todos —o al menos a la esposa del almirante— en qué enredos andaban metidos su marido y su hijo.

El reverendo Shackleford, por el contrario —que ya empezaba a especializarse en andanzas furtivas—, daba por hecho que adoptarían un enfoque más sigiloso… muy similar al que él y Percy habían empleado al investigar Redstone House durante su estancia en Torquay.

Freddy, por su parte, solo pensaba en el desayuno.

Grace pidió al cochero que detuviera el carruaje junto a las modestas verjas de la casa del almirante Atwood. Allí desayunaron e intentaron despertar a Percy. Una vez saciado, el reverendo se apeó con Freddy, supuestamente, para que el sabueso hiciera sus cosas, y Grace aprovechó enseguida para hablar a solas con el coadjutor.

—Percy, ya conoces la afición de mi padre por las entradas teatrales —dijo ella sin rodeos—, y te ruego que, por esta vez, intentes contener sus impulsos más excesivos. Sin duda, él querrá que me quede en el carruaje mientras se encarga de «explora el terreno», por así decirlo. —Grace hizo una pausa, suspiró y observó con resignación cómo su padre se acercaba entusiasmado al carruaje—. Naturalmente, esperaré a que ambos estéis fuera de la vista —prosiguió deprisa—, y entonces le diré al cochero que siga adelante. Una vez dentro de la mansión, pienso sacar toda esta trama a la luz. Me niego a creer que la esposa del almirante conozca la traición de su marido. Si Hope y Gabriel están prisioneros en Rutledge Manor, exigiré a voces que los liberen. —Hizo otra pausa,

carraspeó y añadió—: Por supuesto, no puedo garantizar que mi… ejem… plan resulte justo como espero, así que debéis manteneros cerca, … por si acaso.

Percy la miró, perplejo. Aunque estaba de acuerdo en que el enfoque del reverendo para resolver los líos en que se metían no era precisamente el más sensato, en esta ocasión opinaba que la estrategia de Su Excelencia era, como poco, igual de disparatada.

—¿No deberíamos esperar al menos hasta que…? —Percy se vio interrumpido cuando la portezuela del carruaje se abrió de golpe, dejando ver el rostro eufórico del reverendo, y Percy no pudo evitar preguntarse qué demonios hacía él allí, acompañado de dos personas que, mucho se temía, estaban completamente chifladas.

Al amanecer, volvieron a montar a caballo y reanudaron la marcha. Una hora más tarde, Gabriel reconoció el paisaje que rodeaba su hogar. Ni él ni Hope habían recibido nada más de comer y, al verla encorvada en la silla, sujeta únicamente por el rufián que cabalgaba con ella, Gabriel solo podía rezar para que el poco honor que le quedara a Henry lo empujara a ofrecerles una última comida… antes de, sin duda, convertirlos en abono para las espléndidas rosas de Northwood Court.

Y si la cortesía no surtía efecto, tal vez lo hiciera la curiosidad por su inesperada resurrección.

A decir verdad, Gabriel dudaba seriamente de tener fuerzas para oponer resistencia si Henry decidía actuar sin contemplaciones.

Por fortuna, sus captores le habían desatado las manos de la espalda, atándole en su lugar las muñecas al arzón de la silla. Suponía que no lo habían hecho por compasión, sino para no llamar demasiado la atención si eran vistos por algún curioso. El dolor en sus manos y brazos había sido, al principio, insoportable, y Gabriel tuvo que morderse el labio para no gritar. Sin embargo, al cabo de una hora, la punzada aguda se convirtió en un dolor sordo, y pudo volver a mover los dedos. De hecho, había pasado todo el trayecto repitiendo aquel simple gesto, sabiendo que la capacidad de usar las manos podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

El tiempo era gélido, y el viento azotaba los páramos de Hampshire con furia. Apenas podía distinguir el rostro de Hope, envuelta como estaba en su sucia manta. Pese a la entereza que ella había demostrado antes, él sabía que estaba agotada, al borde del colapso, y la rabia que Gabriel sentía hacia sus captores crecía a cada paso que lo acercaba a su antiguo hogar.

Y entonces, de pronto, aparecieron ante sus ojos las verjas de Northwood Court, y a pesar del terror que lo consumía, Gabriel sintió una punzada de emoción que le apretó la garganta. Llevaba demasiado tiempo lejos y, por más lamentables que fueran las circunstancias, se dio cuenta de que una parte de él se alegraba de haber vuelto.

Hope, en cambio, apenas reparó en que estaban cruzando las verjas para entrar en los cuidados jardines de la casa solariega de Gabriel. Ella tenía puesta toda su atención en un solo objetivo: no caerse del caballo. En el fondo, se sentía avergonzada por su escasa resistencia. Gabriel había recibido un trato mucho peor, y aun así se mantenía firme, con una impasibilidad que, incluso a través de su agotamiento, hablaba de una futura y feroz sed de venganza. Hope solo podía suponer que sus captores eran tan torpes como codiciosos, pero, a pesar de su miedo, la fortaleza del vizconde le inspiraba una fe absoluta en que él encontraría el modo de sacarlos de allí.

No tenía ni idea de cómo lo haría y, en ese instante, su segunda preocupación —además de no desmayarse— era llevarse algo a la boca. Lo que fuera. Su estómago estaba convencido de que ya la habían degollado.

Cuando el caballo se detuvo al fin, Hope levantó la cabeza con esfuerzo y no pudo reprimir un jadeo de asombro ante la hermosa fachada de Northwood Court. Aunque no era tan imponente como la residencia de Nicholas ni tan majestuosa como la de Adam, la casa de Gabriel transmitía justo eso: la imagen de un hogar. El tono cálido de los ladrillos, de un color miel, desprendía una calidez reconfortante incluso en aquel día inclemente.

Sin embargo, antes de que pudiera observar la reacción de Gabriel, la bajaron de la montura sin miramientos y la soltaron de

pie en el suelo. Sus piernas flaquearon al instante y estuvo a punto de derrumbarse.

Una mano sucia le aferró el brazo justo a tiempo para evitarlo. Ya iba a tratar de zafarse del intenso agarre cuando reconoció que aquella mano era la de Gabriel.

El vizconde no disimuló su preocupación al mirarla y, aunque Hope sabía que tenía un aspecto terrible, la inquietud en los ojos de él hizo que la inundara una dulzura infinita. Fue en ese instante cuando, de pronto, supo que aquel hombre de verdad se preocupaba por ella.

Antes de que él pudiera decir nada, lo empujaron con brusquedad hacia los escalones.

Aturdida, Hope se dejó arrastrar por la escalinata hasta el pórtico y, justo cuando llegaron arriba, se abrió la elegante puerta principal.

Allí, de pie, observándolos con desdén —y con algo más que ella no supo identificar— se encontraba Henry Atwood. Hope no tuvo problemas en reconocerlo. El parecido entre los dos primos era asombroso. Solo había una diferencia, pensó: sus ojos.

Los de Gabriel eran cálidos y compasivos. Los de su primo la miraban como si fuera un insecto.

Y entonces lo entendió, con un escalofrío nauseabundo: los ojos de Henry Atwood, simplemente, carecían de vida.

Capítulo 19

—Muy bien, Percy. Ahora que hemos dejado a Grace sana y salva en el carruaje, podemos continuar con nuestro plan.

El coadjutor suspiró, preguntándose si debía esperar a conocer cuál era exactamente ese plan antes de ponerle objeciones, o si sería mejor negarse en redondo a participar en lo que fuera que el reverendo tuviera en mente. Por supuesto, existía una tercera opción: delatar a la duquesa. Pero, de algún modo, aquello le parecía propio de un cobarde, sobre todo, teniendo en cuenta que sentía un gran aprecio por Grace. Por otra parte, interponerse en sus intenciones —aunque sin duda desataría su ira— podría ser lo más sensato, dado que, en el fondo, Percy consideraba toda su estrategia una sarta de disparates.

En realidad, hiciera lo que hiciera, ya estaba metido hasta el cuello.

—¡Rayos y centellas, Percy! ¿Me estás escuchando siquiera?

La voz irritada del reverendo interrumpió sus cavilaciones, y el coadjutor alzó la vista.

—Lo siento, señor —respondió al cabo de un instante—. Admito que estaba pensando en Su Excelencia. Quizá dejarla en el carruaje no haya sido la decisión más… sensata.

El reverendo Shackleford frunció el ceño, y Percy se calló de inmediato.

—Percy Noon, mi afecto por ti se mantiene firme contra viento y marea —anunció su superior con una expresión que dejaba muy claro que él mismo no entendía el porqué—. Dicho esto, en nuestra

última empresa, creí que por fin empezabas a sacar un poco de valor. —Hizo una pausa y suspiró con dramatismo antes de continuar —: Pero los últimos acontecimientos demuestran que sigues siendo igual de echado para atrás. Si de verdad te estoy pidiendo demasiado, puedes quedarte en el carruaje con Grace. —El reverendo lo miró con la desolación heroica de un hombre herido en lo más profundo. Y como Percy se limitó a mirarlo en silencio, lo interpretó como un reconocimiento avergonzado de su escasa audacia. Así, el señor Shackleford le dio unas palmaditas en el hombro y asintió con aire comprensivo—. El Altísimo actúa a través de todos nosotros de formas misteriosas —declaró en tono apacible —, pero, de vez en cuando, sus siervos terrenales tenemos que darle un empujoncito en la dirección correcta. —Le dedicó a Percy una sonrisa alentadora—. Muy bien —proclamó, dándole otra palmada de ánimo al ver que seguía sin responder—. Vamos a ello. Freddy, por aquí…

Grace soltó un suspiro de alivio en cuanto su padre y Percy desaparecieron de su vista. Luego, golpeando con los nudillos el techo del carruaje, le indicó al cochero su deseo de continuar por el sendero hacia la casa.

El corazón le latía a mil por hora, y tuvo que repetirse una y otra vez que ella era la duquesa de Blackmore y que, como tal, estaba muy por encima de esos canallas usurpadores que pretendían acabar con la vida de alguien a quien consideraba su amigo.

Cuando por fin se detuvieron frente a la puerta principal, Grace respiró hondo mientras uno de los cocheros bajaba de un salto para abrir la portezuela. Al descender, ella les dedicó una sonrisa agradecida a ambos, sabiendo que debían de estar agotados. Luego, consciente de que seguramente tenían familia, les dio instrucciones para que se retiraran a una zona menos visible y aguardaran allí.

Una vez que el carruaje se alejó, la duquesa alzó la vista hacia la fachada silenciosa. Se irguió, se recogió las faldas y, con paso inseguro, se encaminó hacia la puerta. Sabía perfectamente lo irregular de su visita y no tenía intención de fingir cuando estuviera frente a la señora Atwood. Confiaba en que el almirante no se

encontrara en casa, al menos, no aún. Aunque, si Hope y Gabriel estaban encerrados allí, dudaba mucho que el hombre no estuviera presente.

Grace era también muy consciente de lo arriesgado de su plan, pero consideraba necesario jugar esa carta. Si Gabriel y su hermana estaban en Rutledge Manor, ella tenía que intentarlo.

Y, por último, pese al frenético golpeteo de su corazón, Grace no creía que el almirante Atwood se atreviera a hacer daño a alguien de su posición. Antes de que le fallara el valor, respiró hondo de nuevo y tiró del cordón de la campanilla de bronce junto a la puerta. El sonido retumbó en el interior de la casa, y Grace se mordió el labio, esperando con ansiedad.

—De verdad, primo, te estás volviendo agotador. Esperemos que esta vez, cuando acabe contigo, al menos tengas la decencia de permanecer muerto.

La última frase, dicha con una veneno indiscutible, reforzó la certeza de Gabriel de que Henry no le mostraría ninguna piedad. Y la forma en que él miraba a Hope en ese momento, hizo que Gabriel tirara de sus ataduras con rabia impotente.

—Henry —gruñó Gabriel entre dientes, intentando atraer su atención hacia él y alejarlo de Hope—. En cambio tú, te estás volviendo desesperadamente repetitivo. Solo un hombre sin imaginación consideraría el asesinato a sangre fría como el remedio a todos sus problemas.

Los ojos de Henry se volvieron hacia él, y Gabriel pudo ver cómo brillaban con una furia maliciosa. Tal vez fuera imprudente molestar a la serpiente estando ambos prisioneros, pero sabía que, ahora más que nunca, debía mantener a su primo a la defensiva.

—Te sorprendería hasta dónde llega mi imaginación —respondió Henry, claramente decidido a no dejarse provocar, y luego se giró de nuevo hacia Hope—. Así que esta es tu ramera, ¿eh? —le espetó, examinándola con interés—. Debo admitir que no esperaba encontrarme con dos cautivos. —Henry alzó una ceja y miró a sus hombres con gesto inquisitivo.

—La furcia estaba allí, milord. No podíamos dejarla atrás —respondió uno, encogiéndose de hombros—. Podíamos haberla matado allí mismo, claro está, pero pensamos que tal vez querría hacerle unas preguntas primero.

Henry ignoró el tono poco respetuoso del secuestrador y asintió, pensativo.

—¿Y quién es ella?

—Ni idea. Apareció en la taberna y salió pitando con el maldito reverendo hacia la cabaña donde se escondía este bastardo. Cuando conseguimos seguirles la pista y llegar hasta allí, ya solo estaban ella y Atwood. Algo había pasado, eso seguro, porque el señorito estaba en la cama, inconsciente, sudando como un cerdo.

—John ya me lo dijo —murmuró Henry, observando a ambos hombres con frialdad.

—No teníamos tiempo de matarla y mucho menos de deshacernos del cadáver —añadió el otro—, así que nos la llevamos con nosotros.

—¿Y creéis que es solo una furcia del pueblo que fue a darle un rápido revolcón a mi primo? Una lástima que él no estuviera en condiciones de disfrutarlo —se burló Henry, volviéndose hacia Gabriel—. Ahora que lo pienso, primo, tienes un aspecto lamentable. Tal vez no haga falta pegarte un tiro, después de todo. —Luego fue hacia Hope y le alzó la barbilla—. Válgame Dios, estás asquerosamente sucia —murmuró con desdén, apartándose enseguida—. Parece que mi querido primo ha tenido que rebajar sus aspiraciones. —Se limpió la mano en los pantalones con gesto de asco y, aparentemente cansado de atormentar a sus prisioneros, les dio la espalda de golpe y ordenó a los hombres que los llevaran dentro.

Mientras los empujaban sin miramientos por la puerta, Gabriel buscó con la mirada a algún testigo, pero el amplio vestíbulo estaba desierto.

—Si esperas ver a algún criado, te vas a llevar una decepción —dijo Henry por encima del hombro mientras los conducía al fondo de la casa—. Heavers y Reynolds, esos dos viejos chochos, fueron

despedidos hace meses. Ahora prefiero tener a mi propio personal, así que olvídate de buscar aliados, primo.

Su primo se detuvo ante una puerta, y a Gabriel se le encogió el corazón al comprender a dónde los llevaba.

Henry la abrió, se dirigió hacia una pared revestida de paneles de madera y, al pulsar… algo, Hope oyó un chasquido. Parpadeó al ver cómo se abría uno de los paneles, revelando una estrecha escalera que descendía hacia la oscuridad.

—¿Recuerdas cuando nos quedamos atrapados aquí abajo toda la noche? —comentó Henry con aire jovial mientras empezaba a bajar.

—¿Te refieres a cuando me encerraste? —gruñó Gabriel.

—Ah, sí. Eso era —rio su primo—. Me parece recordar que te measte encima cuando tu padre por fin te sacó. Te dio una buena paliza por cobarde, ¿no?

—Y recuerdo que tú también recibiste una buena tanda de golpes por parte del tuyo —bufó Gabriel mientras Henry llegaba al pie de la escalera.

—Cierto —concedió este—. Pero valió la pena. —Con otra carcajada, abrió otra puerta, y se apartó a un lado.

Hope se echó hacia atrás mientras la arrastraban hacia la negrura.

—Como no te muevas, te haré entrar a patadas.

—Hope, está bien. Estoy contigo —susurró Gabriel con voz baja y reconfortante, aunque lo que realmente deseaba era matar a esos tres con sus propias manos.

—Yo también estoy contigo —se burló Henry desde el fondo—. Pero no por mucho tiempo, primo. Solo es mi curiosidad lo que te mantiene con vida.

Gabriel sintió una mínima satisfacción cuando lo empujaron dentro, a oscuras. Tenía razón: Henry no podía evitarlo. Necesitaba saber cómo había sobrevivido su primo en Cádiz. Gabriel se tragó un gemido al caer al suelo, pero enseguida se levantó para sujetar a Hope cuando la empujaron tras él.

—Necesitamos luz —dijo Gabriel con firmeza cuando su primo se disponía a cerrar la puerta—. ¡Y algo de comida! —añadió a gritos,

tratando de no sonar desesperado.

Unos segundos después, su primo abrió de nuevo la puerta y dejó un farol en el suelo.

—No querría que tu damita tuviera miedo a la oscuridad como tú —rio Henry, antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Comida! —volvió a gritar Gabriel, justo cuando la hoja se cerraba de golpe. Al otro lado se oyeron risas, seguidas del sonido de pasos que se alejaban—. Maldito bastardo… —maldijo con rabia, olvidando por un instante que Hope estaba allí. Le repugnaba la desesperación que había impregnado su última súplica.

Un leve sollozo lo devolvió a la realidad. Murmurando otra maldición, esta vez entre dientes, Gabriel fue a coger el farol. La vela que ardía en su interior era relativamente nueva, y calculó que duraría dos o tres horas más.

Llevó la luz hacia Hope, se sentó junto a su cuerpo encogido y, tras colocar el farol en el suelo, la rodeó con sus brazos sin decir nada.

—Perdóname —murmuró, dejando suaves besos en su frente.

Hope se acurrucó contra él en silencio durante unos segundos, y luego dejó escapar una risita ahogada.

—¿Por qué cosa, en concreto?

Gabriel le acarició la mejilla, obligándola a mirarlo. Henry tenía razón: estaba sucia. Ambos lo estaban. Su pelo, enmarañado y revuelto, enmarcaba su rostro… y aun así, sus ojos oscuros lo contemplaban con total confianza, con una fe absoluta.

A los ojos de Gabriel, jamás había estado más hermosa.

—Por mis palabras —susurró él—. Por haberte metido en este endiablado lío… y por esto.

Calló, y se inclinó para besarla. Sus labios se encontraron en un delicado roce, pero cuando ella deslizó los brazos en torno a su cuello y separó sus los labios, su beso se hizo más profundo, con un matiz desesperado, hasta convertirse en una entrega total, urgente, que hizo que Gabriel lo olvidara todo, excepto su necesidad de ella.

Hope soltó un gemido al ponerse de rodillas y pegarse a él, buscando algo… algo más. Gabriel gimió a su vez, sin pensar ya con

claridad, y la sujetó por la cintura, deslizando las manos hasta sus nalgas para atraerla contra su erección.

Ignorando el suelo frío y húmedo, él cayó de espaldas, llevándola consigo. Hope aterrizó sobre él con un leve resoplido y, al mirarlo a los ojos bajo la temblorosa luz de la vela, se quedó sin aliento.

—Hope… —dijo Gabriel con voz ronca mientras ella bajaba de nuevo la cabeza para buscar sus labios.

—Calla —susurró Hope, apoyando las manos a ambos lados de sus hombros antes de inclinarse para besarlo otra vez. Sintió que él tiraba de su escote hacia abajo. El aire frío sobre sus pechos desnudos le arrancó un jadeo, pero en cuanto Gabriel los acarició con una mano experta, frotando el pulgar sobre el pico sensible, una oleada de placer le recorrió el cuerpo hasta instalarse entre sus piernas.

Hope gimió y se frotó contra la dureza que le presionaba los muslos, moviéndose por instinto hacia el único lugar donde sentía que debía estar. Los dedos de Gabriel siguieron su vaivén, acariciándola de forma incansable, mientras su boca seguía devorándola, y ella se apretaba contra él cada vez con más hambre, buscando alivio a esa tensión que crecía en su interior.

Pero eso no le bastaba.

Hope sabía que tenía que haber más. Se apartó y se irguió hasta quedar sentada a horcajadas sobre Gabriel. Él la miró desde abajo, con los ojos centelleando de deseo mientras alzaba las manos para volver a acariciar sus pechos, ahora expuestos por completo.

Jadeando, Hope arqueó la espalda para ofrecérselos, sintiendo cómo la invadía una mezcla de vulnerabilidad y poder. Llevó una mano hacia la cintura de Gabriel y la otra a los botones de sus pantalones, y entonces él se quedó quieto.

Casi sin pensar, Hope detuvo el movimiento y bajó la vista hacia Gabriel.

—Tenemos que parar —dijo él, respirando con dificultad.

Hope lo miró y comprendió que aquellas palabras le estaban costando todo el autocontrol que le quedaba. Se humedeció los labios y reanudó su búsqueda para encontrar los botones. Sin

apartar sus ojos de los de él, los fue desabrochando uno a uno, y luego deslizó su mano para acariciarlo.

Sin romper el contacto visual, rodeó con los dedos su erección, y Gabriel soltó un gruñido ahogado.

—Enséñame qué debo hacer —susurró ella, sacando su miembro con cuidado de los pantalones.

—Hope, no podemos… —murmuró Gabriel, aunque al mismo tiempo alzó las caderas para facilitarle el gesto.

—Quiero saberlo —contestó ella con suavidad—. No quiero morir sin saberlo —añadió, aumentando su presión—. Enséñame —repitió.

—Si sigues así —le advirtió él, ronco de deseo—, lo único que aprenderás es lo que pasa cuando un hombre se derrama en tu mano.

—Enséñame —dijo Hope por tercera vez, soltándolo solo para inclinarse y darle un beso tierno en los labios—. Por favor, Gabriel. No quiero morir siendo virgen.

Él cerró los ojos un instante, sabiendo que ya estaba perdido. Con un gruñido, cedió, tomando su rostro entre sus manos para besarla de nuevo. Esta vez su lengua la buscó con ferocidad, mientras la giraba y la tumbaba con cuidado sobre el suelo. En cuanto la tuvo debajo, colocó una rodilla entre sus piernas y, separándose apenas de sus labios, descendió hasta sus pechos, enrojecidos por las caricias. Con una última mirada a su rostro embelesado, tomó uno de sus pezones con su boca, haciéndola gemir y aferrarse a sus hombros.

Su lengua recorrió uno, luego el otro, mientras Hope se retorcía bajo él, girando la cabeza de un lado a otro, abrumada por las sensaciones.

Con el corazón desbocado como si fuera la primera vez, Gabriel le subió las faldas y la expuso a su mirada hambrienta. No había tiempo para la ternura. Podían ser descubiertos en cualquier momento. Y aunque no entendía por qué, más allá del deseo, sentía que debía hacerla suya. Por completo.

Le acarició entre los muslos y, sin dejar de mirarla, deslizó un dedo en su interior. Por todos los Cielos… Estaba húmeda. No necesitaría más preparación. Introdujo un segundo dedo y movió

ambos despacio. Hope lanzó un gemido y se arqueó hacia él, alzando las caderas para recibirlo y separando las piernas sin dudar.

—Por favor… —suplicó ella.

Gabriel no necesitó más. Se incorporó sobre ella.

—¿Estás segura, amor? —le preguntó, luchando por no perder el control.

Hope alzó las manos para enmarcar su rostro. Sentía el extremo de su virilidad, dura y palpitante, presionando su entrada íntima.

—Enséñame —susurró ella una vez más.

Con un gemido ronco, Gabriel se hundió en su húmeda calidez. Todos sus pensamientos se desvanecieron bajo la necesidad de sentir cómo lo envolvía. La oyó gemir, sintió la resistencia de su cuerpo y, cuando estuvo dentro del todo, se detuvo, jadeando.

¿Le habría hecho daño?

Se inclinó para mirarla, con todo su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse. Su suave calor lo atraía como una trampa exquisita.

—¿Quieres que pare? —consiguió decir Gabriel.

Hope lo miró. Incluso ahora, él le ofrecía elegir. Cerró los ojos. Lo amaba. Lo amaba lo suficiente como para entregarse a él en lo que bien podría ser el último día de su vida.

Ella le sonrió y negó con la cabeza. Luego le rodeó la cintura con los brazos y lo atrajo hacia sí.

Gabriel lanzó un nuevo gemido, echó la cabeza hacia atrás y embistió con fuerza. Hope se arqueó, sintiendo cómo la llenaba por dentro. Al principio, solo se dejó llevar por esa sensación, pero pronto comenzó a seguir el ritmo, a alzar las caderas para encontrarlo, persiguiendo la presión palpitante que crecía, crecía y crecía… hasta que, de pronto, el placer la sobrepasó y, con un grito ahogado, la arrastró una oleada de placer inesperado.

A lo lejos, sintió cómo él aceleraba sus movimientos, que se volvían más urgentes, hasta que Gabriel dejó escapar un gemido entrecortado, la penetró por última vez y se perdió en ella.

Estaban sucios, magullados y tendidos sobre un suelo frío y duro.

Y Gabriel acababa de experimentar el clímax más poderoso de toda su vida.

Capítulo 20

—Bien, Percy, agáchate para hacerme de trampolín y echaré un vistazo al terreno, por así decirlo.

—Ese muro debe de medir casi dos metros —protestó el coadjutor—. Ya intentamos algo parecido en Redstone House, señor, y no se puede decir que acabara bien.

—Aquella vez se trataba de una condenada ventana —bufó el reverendo—. Nada que ver con esto. Si logro subirme a lo alto del muro, podré ayudarte a escalarlo y ya estaremos dentro.

—¿Y Freddy?

El reverendo se detuvo en seco. A todas luces, se había olvidado del sabueso, que en ese momento escarbaba entre la maleza.

—Tendrá que quedarse aquí. Anda, Percy, deja de remolonear. Puede que Hope esté ahí dentro y depende de nosotros sacarla.

El reverendo esperó con impaciencia hasta que, con un suspiro resignado, el coadjutor se arrodilló.

—El suelo está frío y mojado —murmuró, colocando las manos con cautela en la tierra húmeda.

—Estamos en pleno invierno, ¿qué esperabas? —replicó el reverendo sin una pizca de compasión—. Muy bien, no te muevas.

El primer intento del señor Shackleford por encaramarse a la espalda de su coadjutor terminó con el pobre Percy espatarrado en el barro, mientras Freddy brincaba a su alrededor con entusiasmo.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el reverendo—. Esto es más difícil de lo que parece.

—Esta conversación ya la hemos tenido… —replicó Percy, escupiendo una sustancia marrón y asquerosa—. Y ahora he echado

a perder mi levita.

—Ya te hacía falta una nueva, en realidad. Te diré una cosa, Percy: estoy a favor del voto de pobreza, pero si eso implica entrar en la iglesia con pinta de mendigo, va siendo hora de que te rasques el bolsillo.

El coadjutor se incorporó, malhumorado, y se inclinó hacia delante para intentar quitarse el barro de encima.

—Puede que tengas razón, al menos esta vez —admitió el reverendo tras unos segundos, mirando el muro con cierta desconfianza—. Quizá si te doy un poco de impulso, puedas mirar lo que hay al otro lado.

Percy soltó otro suspiro mientras su superior formaba un estribo con las manos.

—Vamos, muchacho, date prisa, que mi espalda no está para estos trotes.

Con cautela, Percy colocó el pie en las manos del reverendo.

—Solo deme un minu...

Las palabras se convirtieron en un grito sordo cuando el reverendo Shackleford lo alzó con fuerza, catapultando al desdichado coadjutor por los aires. Medio segundo después, Percy aterrizó de espaldas en lo alto del muro.

Como el reverendo no carecía por completo de compasión, cuando le preguntó a Percy qué es lo que podía ver, lo hizo con un tono dulce y cortés.

Durante unos segundos, su única respuesta fue el jadeo intermitente del coadjutor, que casi se había quedado sin respiración.

—No tenemos todo el día —añadió el reverendo, a quien el sentimiento de piedad no le duró demasiado.

—Freddy —logró articular Percy unos segundos después—. Veo a Freddy.

—¿Cómo que ves a Freddy? ¿Has vuelto a beberte el vino de misa, Percy?

—El perro ha debido de encontrar una entrada —dijo el coadjutor, sin aliento—. ¿Puede ayudarme a bajar, señor?

—Entonces, eso significa que hay una abertura muy cerca… —murmuró el reverendo, ignorando por completo las piernas que Percy agitaba frenéticamente sobre su cabeza—. Quédate donde estás —ordenó—. Voy a investigar.

—¡No me deje aquí!... No, Freddy, esto no es un juego. ¡Perro malo!

Los gruñidos y ladridos se entremezclaron con los chillidos del coadjutor mientras el sabueso intentaba morderle los tobillos a modo de juego.

—¡Truenos y relámpagos, Percy, no te lo vas a creer! —exclamó el reverendo desde unos diez metros de distancia—. ¡Hay una puerta! —Segundos después, el señor Shackleford regresó sobre sus pasos—. Muy bien, vamos a bajarte —anunció, aferrando los tobillos del coadjutor.

—No... ¿Qué...? ¡Pare!... —Percy no llegó a terminar la frase, porque el reverendo le dio tal empujón que lo catapultó de cabeza contra unos arbustos al otro lado del muro.

El reverendo solo tardó un instante en aparecer junto a él.

—Listo como un zorro, este perro —murmuró, acariciando con entusiasmo la cabeza del sabueso—. ¿Pero qué demonios haces ahí tirado, Percy?

Abrió la puerta un mayordomo tan anciano como Bailey, el viejo criado de su casa de Londres al que su esposo se negaba a despedir. Aquella visión reconfortó a la duquesa: quería creer que eso demostraba cierta bondad por parte del almirante Atwood. Aunque, a decir verdad, no había mostrado mucha compasión hacia su sobrino.

—¿Se encuentra en casa la señora? —le preguntó Grace, procurando mantener su tono entre la cortesía y la autoridad—. Le ruego que le diga que desea verla la duquesa de Blackmore.

El mayordomo la observó en silencio y, por un momento, ella se preguntó si sería sordo.

—He dicho... —comenzó a decir Grace, pero se calló al ver que el anciano se daba media vuelta y se alejaba, dejándola allí plantada.

Grace permaneció indecisa en el umbral, sin saber muy bien qué hacer. Desde luego, la visita no estaba saliendo como había planeado. Supuso que el hecho de que el mayordomo hubiera dejado la puerta abierta indicaba su intención de avisar a su señora. Con cierta vacilación, Grace entró en el sombrío vestíbulo. Echó un vistazo alrededor y apenas vio un par de velas encendidas, pese a la falta de luz natural. Por su experiencia, eso solo significaba una cosa.

El almirante no tenía un penique.

Pero ¿por qué? Como nuevo vizconde Northwood, tenía acceso a una gran fortuna. Que ella supiera, la finca no estaba falta de recursos. ¿Por qué entonces iban a querer el almirante y su odioso hijo deshacerse de Gabriel?

Mientras aguardaba en el pasillo, comenzó a quitarse los guantes, sobre todo para tener algo que hacer con las manos. Pasaron cinco minutos sin que hubiese rastro del mayordomo ni de la señora de Atwood, y la inquietud inicial de Grace empezó a convertirse en irritación. De hecho, estaba a punto de dirigirse hacia la puerta por la que el mayordomo había desaparecido, cuando una mujer surgió de la penumbra. Su aparición fue tan repentina que Grace dio un paso atrás, creyendo que se trataba de un fantasma.

Durante unos segundos, ambas se miraron en silencio.

—¿Se puede saber qué hace aquí, Su Excelencia?

Así que esta era la esposa del almirante Atwood. Era una mujer menuda que en otro tiempo debió de ser hermosa, pero ahora tenía el rostro enjuto y el vestido colgaba de su cuerpo como de un perchero. Era obvio que su vida no había sido feliz.

Grace respiró hondo.

—He venido a hacer averiguaciones sobre su sobrino, señora Atwood —afirmó con firmeza.

La señora Atwood la observó, visiblemente desconcertada.

—¿Gabriel?

Grace asintió.

—El mismo —respondió, intentando contener su impaciencia.

—Gabriel Atwood está muerto. Falleció en España. Es de dominio público, Excelencia. Me sorprende que no lo sepa.

—Se le cree muerto, es cierto —replicó Grace con cautela—, pero tengo buenas razones para pensar que Gabriel, en realidad, sobrevivió... —Hizo una pausa y respiró de nuevo con profundidad—. De hecho, creo que es posible que el vizconde Northwood esté ahora mismo en esta misma casa.

—El actual vizconde Northwood, en efecto, reside en esta casa.

La voz masculina, profunda y helada, llegó desde lo alto de la escalera, y Grace alzó la vista, con el corazón golpeándole en el pecho. Aquel hombre era sin duda el almirante Benjamin Atwood, y mientras descendía los peldaños, ella pudo advertir que su estado no era mejor que el de su esposa. Todo se volvía cada vez más extraño.

Grace se apartó discretamente hacia la puerta. Por fin empezaba a comprender lo imprudente que había sido al venir sola. Había creído que su título le bastaría como escudo, pero estaba claro que se había equivocado.

El almirante alcanzó el último peldaño sin apartar los ojos de ella. A medida que se acercaba, Grace pudo ver su parecido con Gabriel.

—¿Qué le hace pensar que mi sobrino sigue con vida? —preguntó el almirante con frialdad—. ¿Y por qué demonios cree usted que él está aquí?

Grace tenía el pulso desbocado, pero tragó saliva y se irguió. No podía permitirse mostrar debilidad.

—Su sobrino, el legítimo vizconde Northwood, está vivo —proclamó con voz digna de una duquesa—. Y lo sé porque vino a ver a mi esposo, como seguramente sabe, el duque de Blackmore. El propósito del vizconde era pedirle ayuda a mi marido para frustrar un vil complot, cuyo objetivo era asesinarle a sangre fría y robarle su herencia.

Durante unos segundos, Grace temió haberse excedido. Pero, para su sorpresa, el almirante soltó una carcajada.

—¿Y dónde está él, entonces? —preguntó Benjamin Atwood entre risas. Como Grace no respondió de inmediato, el almirante frunció los labios en una mueca burlona—. ¿Acaso Su Excelencia ha bebido más jerez de la cuenta? Tal vez, dados sus delirios, su esposo debería pensar seriamente en encerrarla. Por su propia seguridad, claro está.

Se había acercado aún más a ella, obligando a Grace a retroceder paso a paso, mientras el miedo le calaba los huesos. Aquel hombre hablaba como quien ya no tiene nada que perder. Su desfachatez demostraba un desprecio absoluto por su posición, y Grace recordó de pronto las palabras de su esposo, cuando le advirtió que se parecía demasiado a su padre. Evidentemente, tenía razón. No cabía duda: se había metido en un buen lío, y hasta el cuello.

Conteniendo su temor, Grace le sostuvo la mirada, y por fin advirtió que también él tenía ese aire desastrado de su esposa. Su ropa estaba raída y sucia, y sus rasgos eran los de un hombre trastornado… o gravemente enfermo.

Benjamin Atwood era, sin lugar a duda, un hombre atormentado.

—No puedo afirmar con certeza que Gabriel esté aquí —repuso ella con cautela—. Pero sí sé que fue secuestrado, y mi hermana con él, hace apenas dos días, por una panda de rufianes pagados por su hijo Henry.

—¿Henry lo tiene? —El horror en el rostro de Benjamin Atwood no era fingido, y eso bastó para convencerla de que, al menos esta vez, el almirante no estaba implicado en los crímenes de su hijo.

Él abrió la boca para continuar, pero fue su esposa quien se le adelantó.

—¡Mentira! —silbó ella con fiereza, cruzando la estancia para ponerse junto a su marido—. ¡Eso es mentira! —Su rostro se había deformado por la rabia, y escupía saliva al hablar—. Mi hijo jamás haría daño a su primo. ¡Jamás!

Grace la miró fijamente. Allí estaba, pensó, su verdadero peligro. Recordó por un momento al pequeño Peter. Nunca hay que subestimar la lealtad de una madre hacia su hijo. Estaba claro que la señora Atwood ignoraba que Henry había atentado contra la vida de su primo. No una, sino dos veces. Y si Grace no se equivocaba, la intención de Henry Atwood era terminar lo que había empezado, y quizá llevarse también por delante a Hope. Pero estaba muy claro que los Atwood ignoraban que Gabriel siguiera con vida.

Y tal vez ella pudiera sacarle partido a esa ignorancia.

—Si Gabriel no está aquí —arriesgó—, entonces es seguro que él y mi hermana están retenidos en Northwood Court.

Caroline Atwood seguía negando con la cabeza mientras fulminaba a Grace con la mirada, y con todo su cuerpo irradiando rencor y hostilidad. En cambio, el almirante parecía haberse derrumbado por completo. Y ahora solo mostraba el cansancio absoluto de un hombre al borde del colapso.

Grace inspiró hondo y centró toda su atención en el hombre abatido que tenía delante.

—¿Sabía usted que Henry intentó asesinar a Gabriel a sangre fría mientras estaban en Cádiz? —le preguntó sin rodeos.

El almirante no necesitó responder: sus ojos le dijeron que lo sabía. Aun así, todo en su actitud indicaba un arrepentimiento abrumador.

No ocurría lo mismo con su esposa.

—¿Cómo se atreve a venir aquí con esas repugnantes acusaciones? —estalló Caroline Atwood, antes de abalanzarse sobre Grace para agarrarla del brazo.

—Suélteme de inmediato —dijo esta con la voz más fría que logró reunir.

—¿O qué? —le espetó Caroline con ferocidad—. ¿Qué va a hacer, Su Excelencia?

Al mirar a los ojos enfurecidos de la mujer, Grace sintió por primera vez verdadero miedo. Dirigió una rápida mirada al almirante, pero él seguía allí, inmóvil, como si estuviera en trance.

Con el corazón ya en la garganta, Grace intentó zafarse del férreo agarre, pero, pese a su aspecto frágil, Caroline Atwood era fuerte, y ella no consiguió liberarse.

—¿Acaso el duque sabe que está usted aquí? —insistió la mujer con desprecio, y entrecerró los ojos al intuir de pronto que la duquesa podría haberse presentado allí sin el conocimiento de su esposo.

—Tal vez Su Excelencia no esté al tanto de las acciones impulsivas de su esposa, pero yo sí lo estoy, ¡vaya que sí! —bramó una voz a espaldas de Grace.

Percy, al parecer, no había logrado disuadir a su padre de su afición por las entradas teatrales.

Y, en verdad, Grace jamás se había sentido tan agradecida.

Después de abandonar la posada, con los caballos ya descansados, Nicholas y Malcolm avanzaron con gran rapidez y llegaron a Northwood Court bastante antes del mediodía. El día era frío y había mucho viento, lo que mantenía a todo el pueblo bajo techo, salvo a los más decididos. Desde el tramo ruinoso del muro que rodeaba la finca, el único punto desde el que podían observar la casa, no se percibía movimiento alguno en el interior. Sin embargo, el duque opinaba que aquella calma no significaba que Gabriel y Hope no estuvieran retenidos allí.

Ambos ignoraban si los mensajes que enviaron habían llegado a Adam y Roan, pero, aun así, confiaban en que recibirían refuerzos. No obstante, con o sin ayuda, los dos sabían que tendrían que actuar en cuanto se presentara una oportunidad.

Así pues, esperaron y observaron.

Capítulo 21

Hope yacía acurrucada entre los brazos de Gabriel y se preguntaba cómo podía sentirse tan absurdamente feliz en medio de unas circunstancias tan horribles. Recordó a Temperance —la más sociable de todas sus hermanas— describiendo el acto de hacer el amor con Adam como «una maravilla más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado jamás». Hasta hacía apenas media hora, Hope había pensado que su hermana estaba trastornada por el amor. De hecho, había llegado a considerar que la persecución del conde de Ravenstone por parte de Tempy rayaba en lo escandaloso. Pero eso había sido hacía treinta minutos.

Ahora estaba allí, tendida en un suelo frío y duro, con un hombre al que apenas había conocido hacía unas semanas, y durante ese instante, nada importaba más que ellos dos. Por supuesto, Hope era lo bastante pragmática como para saber que aquella euforia no duraría. Sin embargo, por el momento, mantenía el miedo a raya centrándose por completo en el hombre que la rodeaba con sus brazos y, de forma más escandalosa aún, en las deliciosas sensaciones que él había despertado en su interior.

Gabriel, por su parte, no sentía ninguna euforia. Más bien, sus emociones podían describirse con una palabra: pavor, uno como jamás había conocido. Hacer el amor con Hope lo había llevado a unas alturas que hasta entonces solo había soñado. Pero no solo había intensificado los sentimientos que ya albergaba por ella, sino que le había hecho experimentar un temor atroz a perder a la mujer de la que acababa de darse cuenta de que estaba enamorado.

Ahora más que nunca, estaba decidido a acabar con el bastardo de su primo. Pero, sobre todo, por fin tenía un motivo para vivir. Algo que iba más allá de un título o de los ladrillos y la argamasa que lo sustentaban. En efecto, Gabriel tenía ahora una verdadera razón para sobrevivir, más allá del tiempo que le llevara hacer pagar a Henry sus atroces crímenes.

Y eso le aterraba.

Mientras acariciaba el cabello de Hope, Gabriel depositó un beso suave en su frente.

—Tenemos que recomponernos un poco —murmuró con pesar—. Si Henry llega a sospechar que somos algo más que simples conocidos, intentará utilizar esa información a su favor.

Hope alzó el rostro hacia él con un suspiro.

—Ojalá pudiéramos quedarnos así para siempre —susurró con tristeza.

Gabriel se inclinó y volvió a besarla en los labios.

—Es lo que desearía —musitó—, pero creo que nuestros estómagos acabarían opinando lo contrario.

Como respuesta, el estómago de Hope gruñó de forma bastante elocuente, y Gabriel soltó una risita. Con visible renuencia, se separó de ella y la ayudó a incorporarse.

—En realidad, no es solo el estómago —murmuró Hope con una mueca—. Me da la impresión de que todos los huesos y músculos de mi cuerpo se han puesto de acuerdo para protestar.

—Bueno, habría preferido que nuestro primer encuentro íntimo hubiera tenido lugar en circunstancias algo más… agradables —comentó Gabriel, sentándose a su lado con un gruñido.

—¿Empezando por una cama? —bromeó Hope.

—Oh, sin duda alguna, una cama. ¿Y quizá con algunos pétalos de flores adornando las almohadas?

—Rosas —decidió ella, mientras se recolocaba el vestido para recuperar algo de decoro—. Creo que los pétalos de rosa olerían de maravilla. —Soltó una risita y miró a Gabriel—. Aunque me temo que, en el desastroso estado en el que estamos, ni cien pétalos marcarían la diferencia.

Gabriel le devolvió la sonrisa, con el corazón hinchado de amor y orgullo por el temple inquebrantable de ella.

—Entonces tal vez deberíamos… —Se calló al instante al oír el giro de una llave en la cerradura. Los ojos de Hope se abrieron de par en par por el miedo, y Gabriel le apretó con fuerza la mano en un gesto tranquilizador antes de levantarse con rapidez. Por fortuna, ya no estaban desvestidos, y Gabriel esperó a que se abriese la puerta con una expresión relativamente impasible. No le sorprendió ver allí a los tres secuaces de Henry, ni tampoco que dos de ellos les apuntaran directamente con sendas pistolas. Su primo no estaba dispuesto a correr riesgos.

Lo que sí le sorprendió fue ver que el tercero portaba una bandeja.

—Ni se os ocurra hacer alguna maldita tontería —advirtió el rufián, dejando la bandeja en el suelo con rapidez—. Y no os lo zampéis todo de una sentada —dijo con sorna antes de dar un portazo y volver a echar la llave.

Gabriel se acercó a la bandeja. Contenía dos vasos de agua, dos trozos de pan, queso y algo que parecía carne. Se volvió hacia Hope, que lo observaba con… bueno, con esperanza.

Él recogió la bandeja y regresó junto a ella, colocándola entre ambos.

—Espera —le advirtió a Hope cuando esta alargó la mano hacia el pan más cercano—. Podrían haberlo envenenado. No me sorprendería que mi primo intentara quitarnos de en medio por la vía fácil.

Hope lo miró, frustrada. Tenía un hambre del demonio.

—Déjame al menos probarlo yo primero —añadió él, al ver la angustia reflejada en sus ojos. Se inclinó y le dio un beso rápido, como de consuelo, antes de llevarse a la boca con cautela un trozo de pan. Cinco minutos más tarde, Gabriel ya había probado todo lo que había en la bandeja, sin mostrar señales de malestar. Hope no le había quitado los ojos de encima en ningún momento. Aunque él no estaba del todo seguro de si esa atención se debía a la preocupación por su salud o al hambre, lo cierto es que ella le recordaba un poco al perro de la familia, Freddy.

Gabriel contuvo una carcajada ante la idea y le indicó a Grace con un gesto que ya podía comer.

—Sigo vivo, así que adelante, cariño.

Hope se lanzó sobre la comida con rapidez. Gabriel, en cambio, comió con moderación. Se había acostumbrado a raciones escasas y esporádicas durante su viaje de regreso, y aún no había recuperado del todo su buen apetito.

Cuando no quedó ni una miga, Hope suspiró y se acarició el estómago.

—Nuestras vidas penden de un hilo… y jamás había disfrutado tanto de una comida tan miserable —declaró—. Ha sido mejor que el banquete más opulento. —Grace soltó un eructo muy poco digno y se sonrojó a la luz de la vela. Gabriel no pudo evitar reír, lo que hizo que ella se ruborizara aún más.

—Querida mía, ahora tu cara hace juego con tu pelo —se burló él.

Hope intentó darle un manotazo con fingida indignación, pero Gabriel le sujetó los brazos y la atrajo hacia sí.

—Ojalá tuviéramos tiempo para provocarte más sonrojos —murmuró él, con los labios a un palmo de los suyos.

Pese al peligro en que aún se encontraban, Hope sintió un cosquilleo entre los muslos. Ella sostuvo la mirada de Gabriel y notó cómo el corazón se le aceleraba. El instante se prolongó y, por primera vez, no halló ninguna réplica ingeniosa.

Al fin, Gabriel inclinó la cabeza y la besó. Antes la había tomado con urgencia, devorándola como si le fuera la vida en ello; ahora, en cambio, la besó con suavidad, despacio, con un matiz de exploración y cargado de promesas. Cuando se separaron, Hope comprendió que, si lograban salir de allí vivos, él ya la había hecho suya. E incluso si morían ese mismo día, Gabriel había conquistado por completo su corazón.

Él apoyó la frente contra la de ella, y Hope deslizó las manos por sus anchos hombros.

—Tenemos que pensar en alguna estrategia, aunque sea vaga —murmuró él con cansancio—. Estoy convencido de que Henry solo pretende darnos falsas esperanzas para sonsacarnos todo lo que

pueda. Pero no te equivoques: no permitirá que salgamos de esta casa, ni siquiera de esta habitación, con vida.

Hope abrió la boca para contestar, pero Gabriel le puso un dedo sobre los labios con suavidad.

—Cuando Henry aparezca, deja que hable yo. Él no sabe nada del parentesco de tu familia con el duque de Blackmore, y tenemos que asegurarnos de que siga siendo así. Si lo descubriera, podría entrar en pánico y decidir deshacerse de nosotros antes de tiempo. De momento, no espera una intervención inmediata. Cuanto más logre entretenerlo, más tiempo le daremos a Nicholas para que venga en nuestra ayuda.

—¿Crees que vendrá? —susurró Hope, con la duda temblándole en la voz.

—¿Y tú crees que tu hermana le permitiría no hacerlo? —replicó Gabriel.

Hope dejó escapar una risa breve, el primer destello de esperanza bajo el peso del miedo.

—No dejes que Henry te provoque —prosiguió Gabriel—. Él…

El sonido de la llave al girar de nuevo en la cerradura lo hizo callar. Ambos alzaron la vista al unísono y vieron cómo la puerta se abría lentamente.

Grace jamás había visto a su padre empuñar una pistola. En realidad, ni siquiera sabía que tuviese una, pues el reverendo siempre había tomado el mandamiento del Señor «No matarás» como aplicable a todas las criaturas vivas. Se negaba incluso a cazar, a pesar de tener un sabueso. Claro que esas reservas no las extendía al prójimo; no estaba dispuesto a pasarse la vida comiendo hierbas. Las zanahorias estaban muy bien, pero mucho mejor si iban acompañadas de un estofado de conejo.

La severidad del reverendo Shackleford no admitía discusión. Aun así, aunque Grace estaba convencida de que él no pensaba disparar, no pudo evitar sentirse aliviada al verlo apuntar con firmeza al almirante y a su esposa.

—Ni un solo movimiento —ordenó el reverendo con ese tono que usaba cuando alguien se deslizaba por la pendiente del pecado—.

Percy, ve a comprobar si esta casa tiene sótano o, al menos, una maldita habitación con llave.

El coadjutor, que aguardaba detrás de su superior con aire inquieto, se adelantó cojeando, y Grace se preguntó qué nuevo percance habría sufrido el pobre hombre esta vez.

—Padre, Hope y Gabriel no están aquí —le informó Grace, zafándose con rapidez de la enloquecida Caroline Atwood—. En mi opinión, ninguno de los padres de Henry sabía que Gabriel sigue con vida.

—Hum… —murmuró el reverendo, sin apartar los ojos de sus presas.

Grace se acercó a él con urgencia.

—Tenemos que ir a Northwood Court cuanto antes, ahora que sabemos con certeza que no están aquí.

—¿Estás absolutamente segura de eso, Grace? —le preguntó su padre.

—Lo estoy —afirmó ella—. No me cabe la menor duda de que ni el almirante ni su esposa están implicados en el secuestro de Gabriel y Hope. —La duquesa lanzó a la pareja una mirada cargada de desprecio; ambos seguían inmóviles—. De lo que sí estoy segura es de que uno de los dos intentó asesinar a Gabriel. Y ambos son unos cobardes, eso salta a la vista… —Grace se detuvo un instante antes de añadir en voz más baja—: Y creo que la señora Atwood no está del todo en su sano juicio.

—Hay un sótano pequeño con cerradura —anunció Percy con júbilo al regresar, todavía cojeando.

—Bien, encabeza la marcha, Percy —ordenó el reverendo Shackleford—. No perdamos más tiempo con estos individuos despreciables. —El reverendo se acercó al almirante y agitó la pistola con una clara amenaza—. Sus vergonzosos actos han terminado, Atwood. Puede que su esposa esté como una cabra, pero usted no tiene excusa para el trato que le ha dado a su sobrino.

—Déjeme ayudar —dijo el almirante de pronto, en tono desgarrado, ignorando el jadeo escandalizado de su esposa.

Durante un segundo, el reverendo creyó haber oído mal.

—Creo que ya ha ayudado de sobra, canalla —le espetó, escupiendo la palabra como si le quemara.

—Sus actos son de una bajeza absoluta —añadió Grace con frialdad—. Es usted un hombre repugnante, sin un gramo de honor, y ojalá pague con la horca su participación en todo esto.

El reverendo miró a su hija con asombro. De veras, no sabía que su primogénita pudiera ser tan… tajante.

—¡En marcha! —ordenó, blandiendo la pistola con renovado brío.

El almirante alzó las manos con gesto suplicante.

—Por favor —musitó con la voz rota—. Sé que lo que hice no tiene perdón, y encima se lo hice a alguien de mi propia sangre. No tengo excusas, pero…, yo…, estaba desesperado.

—¿Tan desesperado como para mandar asesinar a su sobrino por dinero? —le preguntó el reverendo con repulsión.

El almirante negó con la cabeza.

—Yo… me estoy muriendo —susurró.

El reverendo Shackleford alzó las cejas.

—Perdóneme si no derramo ni una lágrima —replicó; y, mientras hablaba, advirtió que la esposa del almirante miraba a este con una mezcla de conmoción y estupor. A todas luces, ella no lo sabía, aunque él no alcanzaba a entender cómo no se había dado cuenta. Había visto cadáveres más animados.

—Tengo sífilis —admitió Benjamin Atwood con voz rota. El almirante bajó la vista hacia su esposa—. Desde hace quince años.

—Esa… esa mujer en Bélgica —susurró Caroline, conteniendo un sollozo. El almirante cerró los ojos. No había reparado en que ella sabía lo de Marie—. Por eso nunca volviste a tocarme —dijo Caroline, ahora con firmeza.

—Un maldito momento —interrumpió Augustus Shackleford, incómodo y deseoso de evitar que la situación derivara en algo aún más embarazoso—. Nadie aquí quiere saber nada sobre sus hábitos en el lecho conyugal.

—No podía arriesgarme a contagiártelo —continuó el almirante, haciendo caso omiso del comentario del reverendo.

No añadió que la única mujer cuyo lecho anhelaba compartir, incluso ahora, llevaba años muerta.

Benjamin Atwood miró al reverendo con la expresión vacía de quien ya no se aferra ni a la vida ni a la muerte. Estaba claro que, por muy desesperado que hubiese estado, el precio de lo que le había hecho a su sobrino era demasiado alto para poder vivir con ello.

—Por favor —repitió con desesperación—, déjenme ayudar.

—¡Benjamin, no! —gritó Caroline, agarrando el brazo de su esposo con sus manos huesudas.

El almirante siguió hablando sin mirarla.

—No puedo permitir que Henry cometa más atrocidades —continuó—. Dios sabe que ya me ha tenido demasiado tiempo cogido por las narices.

Caroline Atwood tiraba de su brazo, sacudida ahora por sollozos histéricos.

—¡¿Cómo puedes decir algo así de tu propio hijo?! —vociferó—. Henry jamás haría daño a Gabriel, ¡jamás!

El almirante bajó la vista hacia la mujer que se colgaba de su brazo y la miró con desagrado.

—¿De veras? Entonces ¿por qué no has insistido en ir a Northwood Court? —la increpó—. ¿Por qué te has conformado con quedarte aquí, enterrando la cabeza en la arena y viviendo como una mendiga? —Se deshizo de su mano con un gesto brusco—. Conoces el carácter de nuestro hijo tan bien como yo, por eso has preferido mantenerte al margen. Así tu conciencia sigue limpia.

Antes de que ni el reverendo ni Grace pudieran reaccionar, Caroline lanzó un chillido desgarrador y se abalanzó sobre su marido.

—¡Mentiroso! —gritó, intentando arañarle los ojos.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Augustus Shackleford, volviéndose con rapidez hacia Grace, tan estupefacta como él.

La fuerza de Caroline Atwood desmentía su frágil aspecto y, en cuestión de segundos, ya había derribado a su esposo, al que golpeaba con los puños mientras el reverendo, Grace y Percy contemplaban la escena con horrorizada incredulidad.

Por suerte, no todos los presentes se habían quedado clavados en el sitio. Freddy, que hasta ese momento había seguido la escena

con interés y el rabo en alto, no necesitó más estímulo. Ladrando con furia, cruzó el vestíbulo a toda velocidad, atrayendo de inmediato la aterrada atención de la pareja. Ambos se separaron a trompicones, retrocediendo con prisa mientras Freddy se sentaba justo delante de ellos y soltaba un gruñido bajo y amenazante.

—Creo que ha llegado el momento de encerrarlos, señor.

—Hay huellas recientes de cascos junto a la entrada de la casa —comentó Roan al regresar junto a los hombres que lo esperaban—. Según mis cálculos, no llevan ahí más de un par de horas.

—Entonces, ¿Gabriel y Hope están dentro? —preguntó Adam con el ceño fruncido.

—Naturalmente, no podemos estar seguros —respondió Nicholas —, pero ya no tenemos más opciones. Si queremos encontrarlos con vida, debemos actuar pronto.

Adam y Roan habían llegado con apenas media hora de diferencia. Aunque no dijeron nada, a ojos del duque ambos parecían agotados, y era evidente que habían cabalgado sin descanso para llegar a tiempo y prestar su ayuda. Nicholas se sentía profundamente agradecido por su lealtad, pero no podía evitar preguntarse si aún les quedaban fuerzas para luchar.

—Propongo que Nick y yo busquemos un sitio por un lateral de la casa por donde colarnos —sugirió Malcolm—. Dudo mucho que haya criados rondando. Si Atwood conserva un mínimo de sentido común, ya se habrá deshecho de todos, al menos por hoy. —Hizo una pausa y luego sonrió—. Adam, Roan… ¿qué os parece si entráis por la puerta principal?

—No pueden encerrarnos aquí —protestó Caroline Atwood mientras los conducían hacia lo que no parecía mucho más grande que un armario ropero.

—Tiene más espacio que un maldito ataúd —replicó el reverendo Shackleford.

—Por favor, van a necesitar mi ayuda —insistió Benjamin Atwood, haciendo un último intento desesperado por convencerlos—. Dejen que hable con mi hijo. Me escuchará, lo juro. Conseguiré que Henry

no vuelva a intentar matar a Gabriel. Y créanme, esta vez se asegurará de hacerlo bien.

Para sorpresa del reverendo, Grace le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—¿Y qué le hace pensar que podrá influir siquiera un poco en los impulsos asesinos de su repugnante hijo? —le preguntó con frialdad.

—Porque sé por qué lo está haciendo —insistió el almirante—. Sé por qué desea con tanto ahínco la muerte de Gabriel.

—¿Así que me está diciendo que hay más motivos aparte de haberse quedado sin blanca?

El almirante asintió, lanzando una mirada a su esposa, que lo observaba con odio. El reverendo advirtió que solo los gruñidos del sabueso impedían que la mujer se le echara encima otra vez.

—Átenme las manos —prosiguió Atwood—. Si hace falta, pueden amarrarme a la parte trasera del carruaje, pero, por favor… dejen que les ayude a evitar más derramamiento de sangre.

Grace miró a su padre.

—Creo que esto es mucho más grave de lo que pensábamos. Quizá deberíamos llevárnoslo. —Ella negó con la cabeza y volvió a mirar al almirante, que seguía llorando con desconsuelo—. Pase lo que pase ahora, él está acabado. Nicholas no permitirá jamás que quede impune.

El reverendo Shackleford frunció el ceño, indeciso.

—¡No me dejen aquí dentro sola, malditos bastardos! —El chillido repentino de Caroline Atwood zanjó sus dudas. Tenía la certeza de que, si encerraban al almirante más de cinco minutos con esa arpía chillona, no llegaría vivo al juicio.

Capítulo 22

El primero en entrar en la bodega fue el hombre al que Hope consideraba el líder de los tres compinches de Henry. Tras comprobar que los prisioneros no se escondían detrás de la puerta, se hizo a un lado y colgó un farol de un gancho en el techo. Entonces, Henry Atwood apareció en el umbral con aire despreocupado.

—Confío en que se encuentre algo más saciada que cuando llegó a mi casa —preguntó con fingida preocupación.

Para disgusto de Gabriel, Henry se había dirigido a Hope.

—He comido hasta hartarme —balbuceó ella, tras lanzar a Gabriel una mirada vacilante.

—No es tu casa —intervino este entre dientes, decidido a atraer de nuevo la atención de su primo—. Jamás lo ha sido.

—Permíteme disentir, primo —replicó Henry con tono lánguido, aunque sin lograr disimular del todo la rabia que hervía en su voz—. En realidad, esta casa no nos pertenece a ninguno de los dos. Aunque creo que mi derecho es más legítimo que el tuyo.

—¿Qué demonios estás diciendo? —gruñó Gabriel, haciendo un esfuerzo por no perder la calma.

—Esta casa es propiedad de mi padre, el siguiente en la línea de sucesión del título de Northwood. Y, tras su muerte, pasará a mí, por ser su primogénito.

—Eso habría sido cierto si hubieras logrado matarme en Cádiz —le espetó Gabriel con fiereza—. Pero como puedes ver, primo, sigo muy vivo.

—No volvamos a lo mismo —replicó Henry con hastío—. Sabes de sobra que ni tú ni tu acompañante saldréis de aquí con vida.

—Entonces ¿por qué alimentarnos? —preguntó Hope, incapaz de guardar silencio por más tiempo.

Henry soltó una carcajada y se encogió de hombros.

—Sencillamente por esto: quería que mi querido primo pensara en algo más que en su estómago cuando le diera la noticia.

—¿Qué noticia? —dijo Gabriel—. ¿Que eres un asesino, un ladrón y un cobarde? Créeme, eso ya lo sabía.

La risa de Henry se apagó y respiró hondo, esforzándose por recuperar el control.

—¿Sabías que mi padre y tu madre eran íntimos en otro tiempo? —comentó con voz suave.

Gabriel frunció el ceño ante aquel repentino cambio de tema.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó con un encogimiento de hombros.

Henry volvió a sonreír. Parecía haber recobrado el buen humor.

—¿Nunca te preguntaste por qué tardaste tanto en ser concebido? —prosiguió con voz insinuante—. Tu querida mamá ya tenía cierta edad cuando por fin quedó encinta. Y cuando naciste, solo unos meses después de mí…, éramos como dos gotas de agua. Todo el mundo lo decía.

Gabriel sostuvo la mirada de su primo, mientras una arcada le subía por la garganta.

—Vamos, suéltalo de una vez, Henry, por lo que más quieras —murmuró con voz ronca, deseando arrancarle aquella sonrisa de un puñetazo.

—¡Somos hermanos! —gritó Henry, incapaz ya de contenerse—. Lady Northwood fue la amante de mi padre, y tú, el altanero Gabriel Atwood, eres su bastardo—. En otras palabras, querido hermanito, eres un bastardo en todos los sentidos.

Gabriel abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. El corazón le martilleaba el pecho y apenas podía contener las náuseas.

Lo sabía. En lo más profundo, en ese rincón oscuro al que jamás se atrevía a mirar, lo sabía. Todo cobraba sentido. El distanciamiento

de su padre. Su indiferencia absoluta ante todo cuanto Gabriel hiciera o dijera. Y también su propia e inexplicable afinidad con Benjamin Atwood.

Gabriel sintió que una mano pequeña se deslizaba en la suya mientras su mundo se desmoronaba, de forma lenta y devastadora. Mantuvo la mirada fija en el rostro sonriente de su primo y negó con la cabeza, sin pensar siquiera en el gesto.

—Ya lo ves —continuó Henry—, ni tu supuesto padre ni el verdadero se preocuparon jamás por ti.

—Entonces ¿por qué matarme? —preguntó Gabriel con voz ronca al cabo de unos segundos—. ¿Por qué no tomar simplemente lo que consideras tuyo?

—Mi querido padre, o debería decir nuestro querido padre —corrigió Henry—, se negó a desheredarte. Alegó que no había pruebas, y que el escándalo arrastraría el buen nombre de la familia por el fango.

Henry negó de nuevo con la cabeza, visiblemente disgustado.

—El viejo idiota prefirió dejar al bastardo con el título antes que asegurarlo para su legítimo heredero —continuó Henry—. Le supliqué, maldita sea, le rogué. Incluso lo amenacé con contárselo a mi madre, pero dijo que me dejaría sin un penique si osaba pronunciar una sola palabra.

Gabriel sintió cómo Hope le apretaba la mano para darle ánimos. Él no se atrevió a corresponderle, pero tampoco la soltó. Solo siguió mirando a Henry, expectante.

—Sabía que tendría que ocuparme yo mismo —prosiguió Henry —. Es cierto que mi primer intento de deshacerme de ti fue un desastre, pero se me puede perdonar cierto arrebato después de haber encontrado las cartas de la zorra de tu madre en el escritorio del viejo. —Frunció el ceño al recordarlo—. Luego, cuando mi padre me envió a la Marina, pensé que mi vida había terminado. Qué equivocado estaba… Primero conocí a este buen sujeto —dijo, señalando al hombre de rostro sombrío que seguía en silencio junto a él—. Y luego, cada vez que pisaba tierra, me dedicaba a derrochar la fortuna de mi padre. Me jugaba hasta el último penique y disfrutaba viendo cómo su dinero se iba por el desagüe, hasta que el

anciano se enfrentó, al fin, a la ruina y el deshonor. Hasta que ya no tuvo escapatoria, salvo que quisiera pegarse un tiro. Pero es un cobarde, demasiado cobarde incluso para eso. Sabía que yo preferiría ver muerto a su bastardo. Solo que, aun así, tuve que hacer el maldito trabajo yo mismo. Bien lejos de sus patéticos y sensibles ojos.

Henry Atwood calló al fin. Lo único que se oía era su respiración agitada, como si aquella descarga de odio lo hubiera dejado sin aliento.

Gabriel permaneció inmóvil. Si no fuera por el calor de su mano, Hope habría creído que se había convertido en piedra. Luego, poco a poco, Gabriel la soltó y comenzó a aplaudir, despacio, con descaro.

—Si el título se otorgara al hombre con más imaginación, Henry, te lo llevarías sin discusión —murmuró con desprecio—. Pero como siempre, has fracasado. Igual que en todo lo demás. Ni siquiera supiste cometer un asesinato decente.

Hope levantó los ojos hacia Gabriel, presa del pánico. ¿Qué demonios estaba haciendo? En respuesta a su muda súplica, él volvió a tomar su mano y la apretó un instante, sin apartar la mirada de la cara deformada por el odio de Henry Atwood.

Pero si Gabriel esperaba provocarle una reacción impulsiva, se decepcionó. Henry se irguió y negó con la cabeza.

—Puedes estar seguro de que esta vez no fallaré. —Su voz era serena, como si los últimos minutos no hubieran existido—. No quería que te fueras a la tumba sin conocer tu auténtica condición. La última vez me prohibieron contártelo. Pero eso fue antes de que mi padre se convirtiera en un patético borracho. La verdad es que resulta mucho más satisfactorio así. Quería asegurarme de que lo supieras todo antes de decirle a John que os pegue un tiro en la cabeza a los dos.

Gabriel miró fijamente al hombre que durante toda su vida había creído su primo y comprendió, por fin, que estaba completamente trastornado. El odio de Henry nunca se apagaría, porque jamás aceptaría que todo se debía a un simple capricho del destino, y a que Benjamin Atwood no había sabido mantener las manos alejadas

de la esposa de su hermano. Esa era la única razón por la que él, Henry Atwood, no era el legítimo heredero del título de Northwood.

—Deja fuera de esto a la señorita Shackleford —le rogó Gabriel, sabiendo que solo tenía segundos para salvarle la vida a Hope—. Ella no es nadie. Déjala marchar, y no se atreverá a contar nada. ¿Quién creería a una mujer sencilla y sin un céntimo, en lugar de al futuro vizconde Northwood?

Los ojos de Henry se entrecerraron, y Gabriel comprendió, con un estremecimiento, que había cometido un error. La intensidad de su súplica delataba demasiado bien los sentimientos que albergaba por ella.

Poco a poco, Henry sonrió.

—Esto no tiene precio… —ronroneó, soltando una risa baja—. John —dijo, volviéndose hacia el hombre taciturno que tenía al lado —, dispara a la mujer primero.

—¡No! —gritó Gabriel, soltando la mano de Hope y colocándose delante de ella para protegerla.

Henry rompió en carcajadas, dándose palmadas en los muslos, encantado con la reacción instintiva de Gabriel.

Un miedo abrasador se apoderó de este y, con él, una furia que lo hizo perder la razón. Empujó a Hope tras de sí con decisión y dio un paso al frente con un gruñido.

Justo cuando sonó la campanilla de la puerta principal.

Henry detuvo a su secuaz, esperando a ver si su inesperada visita se marchaba. Cuando la campanilla volvió a sonar, esta vez con más insistencia, frunció el ceño y se dirigió hacia la puerta.

—Quedaos aquí y vigiladlos —ordenó antes de salir, cerrando de un portazo y echando la llave.

Roan y Adam aguardaban con impaciencia.

—¿Cuánto le damos al muy bastardo antes de tirar la maldita puerta abajo? —gruñó el antiguo capitán de navío.

—Recuerda que nuestra misión es sonsacar a ese hijo de perra —advirtió Adam—, por mucho que nos entren ganas de partirle la cara. No podemos arriesgarnos a actuar sin saber con certeza dónde

ha escondido a Hope y a Gabriel. Y aún tiene, al menos, tres matones a su servicio, de los que no sabemos nada.

Roan asintió.

—Puede que tenga mal genio, pero no soy del todo un zoquete —comentó, y añadió con una sonrisa resignada—: No como nuestras esposas, en ocasiones.

Ambos hombres se sonrieron con total complicidad. Unos minutos después, Adam estaba a punto de volver a tirar del timbre cuando oyeron pasos que se acercaban desde el interior.

Los dos se irguieron y contuvieron el aliento mientras la puerta se abría con lentitud.

El hombre que apareció al otro lado no era, desde luego, Henry Atwood. Ni sus modales, ni su atuendo, ni mucho menos su dudosa higiene, dejaban lugar a dudas: era uno de los matones que Adam había mencionado.

—Hágale saber a su amo que tiene visita —ordenó Adam con el tono más altivo y desdeñoso que pudo adoptar.

—El amo no está en casa —replicó el hombre, hosco, y comenzó a cerrar la puerta en sus narices.

—Me ha entendido mal —añadió Adam con frialdad, colocando el pie entre la puerta y el marco—. No he preguntado si Henry Atwood se encuentra en casa. Tan solo le he pedido que le comunique que hemos venido a verle. —Se detuvo un segundo y dirigió una mirada despectiva al falso lacayo—. Y ya que está en ello, considere seriamente la posibilidad de darse un baño.

Roan tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír cuando Adam sacó con teatralidad un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la nariz.

El hombre se quedó inmóvil, dudando sobre lo que debía hacer. Luego, en tono nervioso, preguntó:

—¿Y quién le digo que quiere verle?

Era la reacción de alguien que había tenido muy poco trato con la alta sociedad.

—Puede decirle que el marqués de Birmingham desea hablar con él. Y, si no es molestia, quizás podría explicarle también por qué

tiene a un miembro de la nobleza esperando en su puerta como un mendigo.

Tal como Adam había previsto, el matón quedó totalmente intimidado y, con torpeza, se hizo a un lado para dejarles pasar. Luego, tras una reverencia más bien patosa, salió corriendo hacia el interior de la casa.

Ambos hombres aprovecharon el silencio para observar el entorno. En cualquier otra circunstancia, la residencia de Gabriel habría resultado bastante agradable.

Henry Atwood no tardó en hacer acto de presencia, flanqueado por dos de sus esbirros. Uno era el mismo que había abierto la puerta; el otro, parecía más bruto aún. Ni Roan ni Adam tenían dudas: eran los miserables que habían secuestrado a Hope y a Gabriel.

—¿En qué puedo ayudarle, milord? —preguntó Henry con falsa cortesía—. ¿Se ha perdido, por casualidad?

Roan clavó los ojos en aquel ser despreciable que había hecho cosas tan abominables a un caballero al que, no hacía tanto, había tenido el privilegio de llamar amigo. El parecido con Gabriel era innegable, pero el individuo que tenía ante sí no era más que una pálida imitación del verdadero vizconde. En realidad, al ver por primera vez en persona a ese canalla, Roan estaba teniendo muchas dificultades para acatar la orden de Adam.

—Mi carruaje ha perdido una rueda a unas dos millas de aquí —informó Adam en tono gélido, como si fuera un aristócrata hastiado del mundo—. Le agradecería que enviara de inmediato a uno de sus hombres a la ciudad más cercana para conseguirnos otro medio de transporte a mi compañero y a mí. —Echó un vistazo altivo al vestíbulo y luego volvió a mirar con frialdad a Henry—. Mientras tanto, si su cocinero pudiera ofrecernos un pequeño refrigerio, sería de agradecer. Esperaremos en el salón. —El conde hizo una pausa, observando con desdén a Atwood, que comenzaba a ponerse de un color púrpura bastante llamativo. Tras unos segundos de tenso silencio, Adam arqueó una ceja con expectación y volvió a hablar, esta vez con un grado más de frialdad en la voz—. Quizás podría indicarnos el camino al salón. A ser posible, uno que tenga una

buena chimenea. —Fingió un escalofrío mientras se quitaba los guantes—. El tiempo está de lo más desapacible últimamente.

Nicholas y Malcolm avanzaron junto al muro hasta llegar a una sección que se había desmoronado por efecto del tiempo. Escalaron entre las piedras sueltas y continuaron por el interior del lindero, procurando mantenerse cerca de la cobertura que ofrecían los arbustos. A lo lejos oyeron una campanilla sonando con insistencia y, tras intercambiar una mirada, compartieron una sonrisa cómplice.

—Daría cualquier cosa por ver ahora mismo a Adam en todo su esplendor —rio Malcolm.

—Esperemos que Roan no arruine la farsa echándose a reír —comentó el duque con sequedad. —Apartó una enorme mata de rododendros y señaló un gran arbusto—. Allí —decidió—. Está en un lateral de la casa, así que será difícil que nos vean cruzar el jardín, mientras Adam mantenga entretenido a Henry Atwood en el vestíbulo.

—Con suerte, podremos romper un cristal para entrar.

—A Gabriel no le hará gracia que dañes su propiedad —le advirtió el escocés.

—Al menos estará vivo para echarme una buena reprimenda —replicó Nicholas—. Vamos.

Ambos cruzaron el césped a toda prisa en dirección al arbusto. Los múltiples ventanales reflejaban cada uno de sus movimientos, lo que les provocó la incómoda sensación de estar siendo observados desde dentro. Una vez al amparo, más o menos dudoso, del edificio, Nicholas se puso a buscar una puerta.

—No tiene sentido romper un cristal si algún despistado ha dejado la entrada sin cerrar —murmuró, hasta que localizó dos grandes puertas de estilo francés. —Intentó mover los pomos, sin éxito—. Hay una llave por dentro —observó, pegando la frente al cristal, justo encima del cerrojo.

—Pues será allanamiento de morada, entonces —suspiró el ayuda de cámara con sorna.

Nicholas cogió una piedra pequeña, echó un vistazo a su alrededor y golpeó con rapidez el vidrio. Luego empujó con cuidado

los trozos hacia el interior y, con sumo cuidado, introdujo la mano entre los vidrios cortantes para girar la llave y abrir la puerta.

—Está claro que has desperdiciado tu auténtica vocación —comentó Malcolm, alzando las cejas por la rapidez con la que habían logrado entrar.

—Siempre imaginé que acabaría siendo salteador de caminos —bromeó el duque al adentrarse en el invernadero.

—Desde que te has convertido en terrateniente, ya no tienes temple para esa profesión —se burló el escocés detrás de él—. No durarías ni dos horas gritando «¡la bolsa o la vida!».

Ambos rieron en voz baja mientras avanzaban entre arbustos desmedrados que tal vez, en su día, fueron naranjos. Al llegar a la puerta que daba acceso a la casa principal, se detuvieron. Se oía débilmente la voz nasal de Adam, hablándole a alguien con una nota de superioridad.

—Esperemos que sea Atwood —murmuró Nicholas, mientras abría la puerta con cautela.

Capítulo 23

—No estoy del todo convencido de que el viejo almirante Atwood no nos haya soltado una sarta de patrañas —refunfuñó el reverendo mientras el carruaje avanzaba por el camino que conducía a Northwood Court.

—Puede que tenga razón —admitió Grace—, pero ¿podíamos permitirnos correr el riesgo? Pensé en interrogarle durante el trayecto, pero ya vamos bastante apretados aquí, con tres adultos y un perro. Y aunque queremos creer que sus intenciones son honorables, sus acciones pasadas no inspiran demasiada confianza, y el Cielo sabe lo que podría hacer un granuja desesperado como él, si está decidido a huir.

—Me gustaría verle intentar escapar de Freddy —resopló el reverendo.

—Difícil será que se fugue desde dentro de un baúl —intervino Percy con desaprobación—. De hecho, me sorprendería que pudiera andar cuando decidamos liberarlo.

—Tienes razón, Percy, por supuesto —suspiró Grace—. Tu reproche está más que justificado, pero la verdad es que no se me ocurrió otra cosa que hacer con él.

—No es más de lo que se merece ese sinvergüenza —la defendió Augustus Shackleford—. Además, estará bien acolchado, encima de mis calzones. De hecho, no me extrañaría que se haya quedado dormido. Dudo mucho que haya dormido bien en los últimos años, casado con esa condenada lunática. Si yo fuera él, temería que quisiera asesinarme mientras duermo.

—Si fueras tú, padre, sin duda ya lo habría hecho —replicó Grace con sequedad.

—Entonces, ¿cuál es nuestro plan? —inquirió el reverendo Shackleford, considerando que era buen momento para cambiar de tema.

—Ni idea —admitió Grace, negando con la cabeza—. Supongo que dependerá de lo que encontremos al llegar. Puede que Nicholas y los demás ya hayan resuelto todo este turbio asunto y nos encontremos con Hope esperándonos. Pero, por otro lado…

—Por otro lado, podríamos llegar a una casa vacía, salvo por dos cadáveres —declaró el reverendo en tono lúgubre.

—Padre, por favor —protestó Grace—. ¿Es necesario que sea tan cenizo? Confío plenamente en mi esposo. Nicholas ya habrá tomado el mando de la situación. No permitirá que les pase nada ni a Hope ni a Gabriel. ¿De veras no lo cree usted así?

Augustus Shackleford suspiró.

—Quiero creerlo, Gracie, de verdad —murmuró—, pero el Altísimo ya me ha dado mucho más de lo que merezco, y me temo que en cualquier momento puede pedirme cuentas.

Su pesimismo resultaba tan inusual que tanto Grace como Percy le miraron con preocupación.

—Señor, no creo que el Altísimo lleve un registro exacto de nuestras bendiciones —respondió Percy con sinceridad—. Basta con confiar en que nos ayudará en esta empresa, como ha hecho en todas las anteriores. Cuando lleguemos, podemos tener la esperanza de que Su Excelencia lo tenga todo bajo control. Pero si se requiere nuestra ayuda, cumpliremos con nuestro deber, seguros de contar con el favor de nuestro Señor.

El reverendo asintió lentamente, y su expresión se iluminó un poco.

—Tienes razón, Percy, muchacho. Debería escucharte más a menudo —dijo mientras se inclinaba para darle una palmada cariñosa en el hombro—. A veces olvido que, de vez en cuando, eres más que un charlatán con ínfulas.

Nicholas avanzaba en silencio hacia las voces, con Malcolm pisándole los talones. El pasillo por el que se desplazaban era amplio, lo que indicaba que se usaba con frecuencia. Había varias puertas a ambos lados, pero los dos hombres no les prestaron atención, más allá de mantenerse alerta por si alguien salía de improviso. Su única intención era acercarse lo máximo posible hasta donde creían que se encontraba Henry Atwood sin ser descubiertos. Una vez allí, evaluarían la situación.

Por fin llegaron al final del pasillo, desde donde se abría una vista parcial al gran vestíbulo de entrada. Nicholas se arriesgó a echar un vistazo rápido desde la esquina donde estaban escondidos y vio que Atwood tenía a dos hombres apostados a su lado. Asintió, satisfecho con las probabilidades, siempre y cuando no hubiera más matones escondidos.

Retrocedió y susurró su hallazgo a Malcolm.

—No creo que esos sean los únicos que hay en la casa —murmuró el ayuda de cámara—. No hay rastro de Hope ni de Gabriel, así que es seguro asumir que tiene a otro de sus compinches vigilándolos.

El duque asintió.

—Pero si es así, es poco probable que ese hombre pueda unirse al combate de inmediato, lo cual nos da un tiempo valioso para reducir a estos tres imbéciles.

—Sí, eso es cierto, pero no podemos arriesgarnos a que el muy canalla decida eliminar primero a los prisioneros para quitárselos de encima.

Nicholas volvió a asentir, pensativo.

—Creo que es un riesgo que tendremos que asumir —decidió al fin—. Cuanto más prolongue Adam la farsa, más probable será que Atwood empiece a sospechar. —Negó con la cabeza—. Dicho eso, debemos evitar usar las pistolas, si es posible. Cualquier disparo alertaría al tercer hombre, y eso podría ser desastroso para Gabriel y Hope.

Malcolm asintió con desgana y esperó mientras el duque se arriesgaba a echar otro vistazo.

—Si tiene la amabilidad de pasar, milord —dijo Henry—. Mandaré encender el fuego de inmediato.

Nicholas observó cómo Adam y Roan eran conducidos a una sala que, incluso desde esa distancia, se notaba que no se había usado en meses.

—Prepárate —murmuró por encima de su hombro al escocés.

—No estoy seguro de que esta habitación sea apropiada… —El resto del comentario de Adam se perdió cuando Henry Atwood empujó con fuerza al conde dentro de la sala, tomándolo desprevenido. Para cuando Adam recuperó el equilibrio y se giró, la puerta ya se había cerrado de golpe en sus narices.

—¡Maldito sea, ahora, antes de que eche la llave! —gruñó Nicholas, que se abalanzó al instante para aprovechar la distracción de Henry. Los dos matones no se sorprendieron tanto y, tras un primer instante de desconcierto, se prepararon con rapidez para el combate. No ocurrió lo mismo con Henry. La repentina aparición de Nicholas le hizo soltar la llave que tenía en la mano. Maldiciendo, se agachó para recogerla justo cuando Adam y Roan abrieron la puerta de un tirón y salieron disparados al vestíbulo.

Roan, claramente más habituado a las peleas de puerto que a los duelos elegantes del Corinthian Path, no se anduvo con remilgos, y le propinó a Atwood una patada que lo hizo tambalearse.

—Es todo tuyo —gritó el excapitán mientras se lanzaba a por los dos secuestradores. Uno de ellos ya había sacado una pistola. Usando el impulso de su carrera, Roan golpeó el arma y la hizo volar por los aires, y en el mismo movimiento lanzó un derechazo entusiasta que dejó al rufián tendido en el suelo como si lo hubieran noqueado con una maza. Su compañero cayó apenas un segundo después, tras recibir un golpe certero en la nuca con la culata del arma de Malcolm.

Instantes después, Adam arrastraba hacia el grupo a Henry Atwood, quien no dejaba de forcejear.

—No os saldréis con la vuestra… —escupió Henry.

—¿Dónde están? —exigió Nicholas con voz helada, ignorando por completo la fanfarronería del miserable.

—Jamás los encontraréis —bufó Henry—, ni aunque busquéis durante un mes. Y si no regreso pronto, mi hombre los matará.

—Así que aún están vivos —comentó Malcolm con calma—. Menos mal para ti, muchacho, porque seguro que no querrás comerte tus propias pelotas para la cena.

Henry palideció y miró con desesperación a los cuatro hombres. No había señales de que sus dos secuaces fueran a recobrar el sentido en breve. El cobarde comprendió que estaba solo.

—Jurad que me dejaréis marchar y os diré dónde están —dijo, sin disimular su desesperación.

—¿Y qué te parece si nos lo dices y ya veremos si evitamos que termines colgado al amanecer? —propuso Roan.

—¿Creéis que quiero pasar el resto de mi maldita vida enterrado en vida en Newgate? —escupió Henry. El horror que le provocaba la idea de acabar en cárcel más infame de Londres le dio de pronto algo de valor—. No os diré nada hasta que me prometáis dejarme marchar.

—Creo que el vizconde Atwood tendrá algo que decir al respecto —gruñó Adam.

—Atad a estos tres bastardos a la barandilla —le ordenó Nicholas a Malcolm, antes de inclinarse para mirar a Atwood fijamente a los ojos, con una expresión glacial—. Y si haces el más mínimo movimiento para advertir a tu cómplice de que estamos aquí, ni siquiera tendrás la oportunidad de un juicio —masculló—, porque seré yo mismo quien te raje el cuello.

Cinco minutos después, los tres estaban bien atados.

—Tal vez deberíamos separarnos —sugirió Roan—. No puede haber tantos escondites en una casa.

—¿Y si se trata de un escondrijo del cura[5]? —replicó Nicholas con exasperación—. Estaban diseñados para ser prácticamente invisibles. Podríamos pasarnos días buscándolo. Y dudo que el hombre de Atwood espere más de una hora antes de darse cuenta de que algo va mal y decida cortar por lo sano.

—Podría limitarse a huir y dejarlos con vida —comentó Roan, aunque sin demasiada esperanza.

—No me imagino a ese canalla haciendo eso —negó Malcolm, sacudiendo la cabeza—. Como mínimo, querrá asegurarse de no dejar testigos. Nosotros no hemos visto su rostro, así que no podríamos identificarlo, aunque quisiéramos.

—¿Has oído eso? —saltó el duque, girándose hacia Henry—. Tu sicario bien podría dejarte aquí plantado y largarse.

Atwood negó con la cabeza, seguro de sí mismo.

—John jamás me traicionará.

—Pareces muy convencido de eso, muchacho —dijo Malcolm—. Pues tranquilo, que vamos a poner a prueba esa convicción.

Veinte minutos después, los cuatro hombres volvieron a reunirse sin haber logrado encontrar el escondrijo.

—Si Gabriel estuviera aquí, maldita sea, sabría decirnos dónde está —murmuró Adam, pasándose una mano por el pelo con frustración.

Atwood seguía sentado donde lo habían dejado, y ahora mostraba una amplia sonrisa.

—¿Te divierte la idea de ser torturado? —gruñó Roan, esforzándose por no volarle la tapa de los sesos allí mismo.

Nicholas soltó una maldición.

—No podemos esperar a que estos dos bellos durmientes se despierten —rugió.

—¿Se le acaba el tiempo, Excelencia? —se burló Henry, cada vez más crecido.

—Que alguien amordace a ese hijo de perra —soltó el duque entre dientes, conteniéndose para no perder los nervios, y cerró los ojos con gesto agotado un instante—. Tenemos que seguir buscando… —El sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta principal lo interrumpió.

—¿Quién diablos será ahora? —preguntó Malcolm.

—Que no toquen la maldita campanilla —siseó Adam—. El estruendo bastaría para resucitar a los muertos.

Nicholas cruzó el vestíbulo a toda prisa y abrió la puerta antes de que nadie pudiera agarrar la cuerda del timbre. Para su total asombro, una figura curvilínea murmuró algo ininteligible y se lanzó

a sus brazos. El duque retrocedió con un gruñido, intentando no acabar en el suelo por el peso inesperado.

Incrédulo, alzó la vista por encima de la cabeza de su esposa sollozante y vio a su suegro, que subía los escalones resollando, seguido con menos entusiasmo por Percy.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis aquí todos? —espetó Nicholas, intentando contener la rabia—. Solo falta Freddy.

—No se preocupe, Su Excelencia —jadeó alegremente el reverendo—. Freddy ha venido con nosotros. Ahora mismo está en el carruaje, vigilando al almirante Atwood.

—¿Sabe usted dónde está el escondrijo del cura? —preguntó Nicholas a Benjamin Atwood sin más preámbulo, en cuanto lo sacaron del baúl y lo introdujeron en la casa.

Claramente dolorido, el almirante no respondió de inmediato. En su lugar, buscó con la mirada a su hijo. Aunque no podía hablar, los ojos de Henry brillaban con un odio inconfundible al clavarlos en su padre.

—No sé dónde está —respondió por fin el almirante, apartando la vista—. No he vuelto a venir aquí desde que murió la madre de Gabriel.

—Te refieres a tu ramera —escupió Henry por debajo de su mordaza.

Adam alzó una ceja.

—Está claro que tus métodos de inmovilización bucal dejan mucho que desear —le dijo a Roan.

—Sin duda, me falta práctica —respondió este con un bufido.

—¿Qué quiere decir con eso de su ramera? —le preguntó Nicholas al almirante, que a esas alturas ya apenas se mantenía en pie.

—¿Sería buena idea traerle una silla? —intervino Grace, con una nota de timidez que hizo que tanto su padre como su esposo la mirasen con asombro. Y es que no cabía duda: su tono sumiso era muy distinto al que solía usar. Sin embargo, después de comprobar que Nicholas se encontraba bien, Grace había decidido que lo más prudente era no avivar aún más su furia.

Nicholas le lanzó una mirada suspicaz a su esposa y fue él mismo quien trajo una silla, para ordenarle al almirante acto seguido que se sentara.

—Hable —le exigió, al límite de su paciencia.

—Gabriel es mi hijo —susurró Benjamin Atwood al fin con la voz rota—, y Henry lo sabe.

Un silencio sepulcral cayó como una losa sobre los presentes mientras todos asimilaban el alcance de aquellas palabras.

—¡Rayos y centellas! —soltó el reverendo, el primero en reaccionar.

—¿Y Gabriel lo sabe? —preguntó Nicholas, preguntándose cómo demonios iban a darle la noticia. —Se inclinó sobre el prisionero, que se reía entre dientes, y le arrancó la mordaza de un tirón—. —¿Lo sabe Gabriel? —repitió entre dientes.

Henry soltó una carcajada tan fuerte que casi se atragantó.

—No se lo tomó bien —se burló, con un deje de fingida tristeza.

—Estoy harto de él —declaró el duque con asco, enderezándose de nuevo.

—Y entonces, ¿cómo demonios pretendía usted ayudar? —le preguntó Grace al almirante, olvidando por un momento su decisión de mantenerse callada.

Este la miró con un gesto extrañamente sereno.

—Así —murmuró, y de pronto metió la mano en el interior de su abrigo y sacó una pistola.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, se puso en pie con calma, apuntó con ella a su hijo y disparó. Luego giró el arma y la usó contra sí mismo.

Capítulo 24

Gabriel podía ver que su carcelero se mostraba cada vez más nervioso a medida que pasaban los minutos, sobre todo, porque no dejaba de mirar por encima del hombro hacia la puerta, como si con eso pudiera hacer que su jefe apareciera por arte de magia.

Tanto Gabriel como Hope permanecían de pie, pero el vizconde no se atrevía a hacer ningún movimiento brusco, ya que el cañón de la pistola seguía apuntándoles. John no había intentado entablar conversación, pero, bajo la tenue luz del farol, Gabriel podía distinguir con claridad cómo empezaban a formarse unas gotas de sudor en la frente del matón. Y temía que, antes de lo esperado, el hombre decidiera arriesgarse a enfurecer a Henry, dispararles a los dos y acabar con el asunto de una vez. También él estaba atrapado, tanto como ellos, y nadie conocía su paradero salvo su amo y un par de cómplices.

En silencio, Gabriel calculaba la distancia con su captor. ¿Sería capaz de recorrer los tres metros que los separaban, antes de que el tipo apuntara bien y disparase? Si Gabriel intentaba abordarlo, sin duda pondría en peligro la vida de Hope, además de la suya. Atraer el disparo hacia sí mismo podría significar la muerte de ella si John erraba el tiro.

Sus pensamientos giraban en círculos, y mientras tanto era muy consciente de que Hope también estaba cada vez más angustiada.

Ella no se atrevía a moverse. Sentía que estaba atrapada en una especie de infierno, con la luz parpadeante de la vela en el suelo, compitiendo con la del farol que colgaba del techo. Las sombras

danzaban y se retorcían con la oscilación de las llamas, haciendo que su agresor apareciera y desapareciera de su vista con un aspecto casi demoníaco. Luchando por contener su histeria, Hope miró a Gabriel, quien no podía dejar de vigilar a su carcelero. Ella ni siquiera se atrevió a apretarle la mano, por miedo a distraerlo de la pistola que seguía apuntando hacia ellos. El corazón le latía con violencia, acelerándose al mismo ritmo que su pánico. Dios Santo, iban a morir los dos. Y ella no estaba preparada para morir…

De pronto, de forma tan repentina como sobrecogedora, se oyó un disparo ahogado, seguido casi de inmediato por otro.

John se sobresaltó, pero durante un par de segundos no hizo nada. Luego, dio un paso hacia delante y alzó ligeramente el brazo.

Con el corazón desbocado, Gabriel supo que tenía que actuar, pero antes de que pudiera moverse, el sonido más atronador que había escuchado en su vida sacudió la estancia.

—¡ESTAMOS AQUÍÍÍ, SOCOOOOORROOO…!

Por suerte, aunque Gabriel estuvo a punto de sufrir un colapso, ya había oído antes a Hope gritar, aunque no recordaba que su voz tuviera semejante potencia. No así su carcelero. Al oír aquel estruendo reverberar por todo el habitáculo, el hombre se agachó de forma instintiva, convencido de que estaba ocurriendo alguna calamidad.

Gabriel no necesitó más. Soltó la mano de Hope y se lanzó hacia delante, tomando al matón completamente por sorpresa. Cuando el tipo levantó el brazo para defenderse, Gabriel le golpeó la mano con fuerza, haciendo que soltase la pistola, y acto seguido echó el brazo atrás y le asestó un puñetazo digno del mismísimo Gentleman Jack. El impacto fue tan violento que el matón salió despedido y se estrelló contra la puerta, golpeándose la cabeza con un ruido sordo y espeluznante.

Gabriel se quedó de pie junto al cuerpo inerte, jadeando y sacudiendo la mano dolorida, mientras Hope sollozaba en voz baja a su espalda. Luego, Gabriel se agachó y le tomó el pulso, pero no lo encontró. Increíblemente, aquel bribón estaba muerto.

Se volvió y se acercó a Hope.

—¿Está…? —musitó ella, llorosa.

—Shhh —la tranquilizó Gabriel, rodeándola con los brazos. Cuando logró calmarla, la besó con suavidad en los labios y luego se apartó un poco—. Esto aún no ha terminado, amor —murmuró, acariciándole el cabello—. Tenemos que salir de aquí, y ahora mismo no sabemos si ese disparo lo hizo Henry… o quienes han venido a rescatarnos. —Frunció el ceño y dio un paso atrás—. Pero pase lo que pase, no podemos quedarnos aquí encerrados con un cadáver. —Volvió la vista hacia el cuerpo en el suelo y vio la pistola a un metro de distancia. Gabriel sonrió—. Y ahora tenemos un arma. Vamos a darle a Henry Atwood la bienvenida que se merece. —Le dio a Hope otro beso suave en la frente y fue a coger la pistola. —Cuando yo te avise, ¿podrías hacer eso que…, bueno, eso que haces con la voz otra vez, cariño? —Se dirigió hacia la puerta para colocarse junto a ella, así que no vio cómo Hope se sonrojaba hasta las orejas. Al volver la vista hacia ella, Gabriel arqueó una ceja y añadió con ironía—: Solo una cosa más, antes de que despiertes a todos los fantasmas en diez kilómetros a la redonda. ¿Crees que podrías evitar gritar… salvo en las circunstancias más desesperadas…, cuando estemos casados?

Sin duda, se necesitaría a todo un ejército de criados para poder limpiar el nauseabundo desastre que cubría el amplio vestíbulo. Sin embargo, cuando el reverendo comentó, avergonzado, que quizá deberían haber registrado al almirante en busca de armas antes de haberlo metido en el baúl, apenas recibió más que una atención fugaz. Todos estaban demasiado preocupados por la posibilidad de que el estruendo de los disparos hubiera alertado al maleante que aún quedaba en la casa, lo que les dejaba, siendo optimistas, unos pocos minutos para encontrar a Gabriel y Hope.

—Quizá Freddy pueda encontrarlos —tartamudeó Grace, presa del pánico.

Antes de que nadie pudiera responder, un grito ininteligible rasgó el aire.

—¡Es Hope! —exclamó el reverendo Shackleford—. Reconocería esas prodigiosas cuerdas vocales en cualquier parte.

—¿De dónde ha venido el grito? —preguntó Nicholas con urgencia.

Los demás negaron con la cabeza, y el duque les ordenó enérgicamente que guardaran silencio y escucharan. Dos minutos después, el grito volvió a oírse, algo más claro.

—Por aquí —anunció el reverendo, soltando al sabueso, que salió disparado con un solo ladrido.

Freddy los condujo por un pasadizo hasta entonces inadvertido que desembocaba en un pequeño estudio. Sin dudarlo, el perro se plantó delante de una pared revestida de madera, moviendo la cola con entusiasmo. El grito se oyó de nuevo, esta vez más urgente.

—¡Rayos y centellas! —gimió el reverendo—. A Hope la están matando ahora mismo.

Nicholas, Adam, Roan y Malcolm comenzaron a inspeccionar los paneles de madera. A simple vista, todos parecían idénticos, hasta que Adam lanzó de pronto un grito jubiloso. Al presionar en un punto, se oyó un clic, y una sección de la pared con forma de puerta se abrió.

—Ya era hora… —murmuró el escocés mientras todos se agolpaban junto al hueco, que daba paso a una empinada escalera.

—Grace, quédate aquí, en esta habitación —ordenó Nicholas sin molestarse en suavizar el tono.

Su esposa abrió la boca para protestar, pero la cerró al ver cómo su padre le lanzaba una mirada de advertencia antes de apartar a Freddy de la entrada.

—Tened cuidado. —Fue todo lo que Grace alcanzó a decir cuando el duque comenzó a bajar con precaución.

—Roan, vienes conmigo —ordenó Nicholas en voz baja—. Adam, Malcolm, quedaos vigilando arriba. Si ese bastardo consigue pasar, tendréis que detenerlo. Proteged a Grace por encima de todo.

—Bueno, bueno… —murmuró el reverendo Shackleford, algo molesto.

Percy se quedó junto a la puerta, retorciéndose las manos.

Pocos segundos después, los dos hombres llegaron al pie de la escalera, justo cuando se oyó otro grito de Hope, esta vez amortiguado solo por una puerta.

—Por todos los demonios —murmuró Roan, mirando incrédulo a Nicholas.

—Prepárate… —susurró este, y comenzó a girar la llave con sigilo, mientras Roan se colocaba de lado en el umbral, con la pistola en alto.

—A la de tres —indicó el duque, sin apartar la vista de la cerradura.

Un instante después, le dio una patada a la puerta, que se abrió de golpe. En el mismo movimiento, Roan avanzó con el arma por delante…, solo para encontrarse de frente con Gabriel Atwood, apuntándole a la cara con la pistola que acababa de recuperar.

Durante un segundo, nadie se movió. Luego, una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro del vizconde.

—¿Por qué diablos habéis tardado tanto? —soltó con sorna mientras bajaba el arma—. Unos cuantos gritos más de Hope y me habría quedado sordo como una tapia.

Tras la muerte de Henry Atwood y de su padre, no fue demasiado difícil evitar que el escándalo saliera a la luz. A nadie le importaba el encarcelamiento de dos matones anónimos y, desde luego, pocos prestaron atención a una historia absurda sobre un secuestro a manos de un hombre tan respetado.

De hecho, el almirante fue enterrado con todos los honores militares… junto a su hijo Henry.

La versión oficial fue que Benjamin Atwood se negó a creer que su sobrino hubiera muerto. Llevaba meses ausente de Londres, buscando desesperadamente a Gabriel. Durante la ausencia del almirante, su devoto hijo Henry permaneció en Northwood Court, ejerciendo de diligente custodio de la propiedad.

Naturalmente, el almirante acabó encontrando a su sobrino, herido y dado por muerto por los franceses y, tras cuidarlo en secreto hasta devolverle la salud, intentó con valentía traerlo de regreso a Inglaterra. Por desgracia, Benjamin Atwood perdió la vida al ser golpeado por un mástil durante una tormenta que casi hizo naufragar la embarcación de pesca en la que viajaban.

Henry Atwood, al enterarse de la trágica muerte de su padre, enloqueció de dolor y cayó accidentalmente por las escaleras, rompiéndose el cuello.

La viuda del almirante, Caroline Atwood, al saber que tanto su esposo como su hijo habían muerto, se retiró a un convento y tomó voto de silencio.

—Y si la gente se cree esa sarta de patrañas, se creerá cualquier cosa —proclamó el reverendo Shackleford.

Su opinión, por supuesto, era compartida por los pocos que conocían bien tanto al almirante como a Henry, pero a nadie le importaba lo suficiente como para poner objeción alguna. De hecho, la opinión general era que toda la familia Atwood tenía algún tornillo flojo, y que lo mejor era dejarlos a su aire.

Lo cual le resultaba muy conveniente al recién restituido vizconde Northwood.

Y no solo a él. A criterio de Augustus Shackleford —el cual compartía alegremente con Percy entre copa y copa de *brandy*—, la habilidad del vizconde para sostener con aplomo una historia tan disparatada, hacía de Gabriel Atwood una incorporación perfecta para su familia.

Hubo un pequeño bache en la incipiente relación de Gabriel y Hope cuando, en un alarde de honorabilidad, el vizconde creyó necesario informar a todos los implicados en aquel turbio asunto que las revelaciones de Henry habían demostrado que él era hijo ilegítimo del almirante. No obstante, tanto el duque de Blackmore como el conde de Ravenstone le indicaron sin rodeos que se sacara el palo del trasero y siguiera adelante.

Roan, por supuesto, disfrutó enormemente contándole al vizconde su poco respetable infancia, y al fin, el reverendo Shackleford le aseguró a Gabriel con jovialidad que mientras cuidara de Hope, dispusiera de suficiente dinero y contara con unos buenos tapones para los oídos, él no tenía la menor objeción que hacer.

Epílogo

Nada acostumbrada a ser el centro de atención, Hope permanecía incómoda y en silencio mientras sus hermanas menores discutían acaloradamente sobre si añadir una ramita de plata de la Virgen[6] aportaría algo al conjunto.

Recordando que ya había tenido que soportar las bodas de tres de sus hermanas, Patience opinaba que todo el evento en sí era una completa pérdida de tiempo, y preguntó por qué Hope no podía haberse fugado a Gretna Green[7], como sus vecinos Ada Leigh y John Gaynor.

Chastity consideraba que añadir más flores no haría que Hope pareciera menos simplona, sino que más bien daría la impresión de que llevaba un jardín en la cabeza, mientras que Charity señaló que incluir plata de la Virgen resultaba un tanto hipócrita, dado que, en su opinión, Hope se había inventado un auténtico cuento de Canterbury al relatarles los detalles de su inesperado noviazgo con lord Northwood.

Prudence, por su parte, dijo que con aquellas flores parecía una desenterrada.

La llegada de Grace y Temperance —las dos en estado de buena esperanza— puso fin a la disputa, ya que la duquesa traía en sus manos una hermosa diadema de gladiolos, mientras Temperance sonreía sujetando un ramo a juego.

—Simbolizan la esperanza y la fortaleza —explicó Grace, colocando la corona en la cabeza de su hermana—. Y el Cielo sabe que últimamente has demostrado que tienes de sobra ambas cosas.

El azul delicado contrastaba a la perfección con el cabello rojo dorado de Hope y, durante unos segundos, sus hermanas se quedaron sin palabras. Hasta que Prudence comentó que, desde luego, los gladiolos mejoraban su aspecto, puesto que la novia ya no parecía llevar muerta una semana, sino solo un par de días.

Antes de que nadie pudiera replicar a tan ridícula observación, Faith irrumpió en la estancia, agitada y con el rostro encendido, y se dejó caer contra la puerta en un gesto teatral.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hope con ansiedad, temiendo que el novio hubiera cambiado de idea en el último momento.

—Nada en absoluto —respondió Faith con una alegría forzada—. ¿Qué podría ocurrir?

Sin fiarse ni un ápice de esa respuesta, Hope le entregó el ramo a Patience y puso los brazos en jarras.

—¿Qué ha hecho padre esta vez? —exigió saber.

Grace y Temperance intercambiaron una mirada inquieta. Fuera lo que fuese, ellas desde luego no estaban al tanto, y a Hope se le encogió el corazón con una punzada de angustia.

—¿Se trata de Gabriel? —preguntó Hope—. ¿Ha anulado la boda?

—Por supuesto que no —respondió Faith, indignada—. ¿Por qué dices eso?

—Dime qué ha pasado —le ordenó Hope.

—Muy bien —cedió Faith—. Es solo que… Bueno…, por favor, no grites cuando te lo diga.

Hope sintió que se le revolvía el estómago mientras observaba a su hermana gemela, pero al final asintió.

Faith suspiró, luego tomó aire y susurró:

—La reina está aquí.

—¡¿Cómo que la reina está aquí?! —gritó Hope—. ¿Qué reina?

—¿Cómo que qué reina? —replicó Faith, agitando las manos frenéticamente para que bajara la voz—. ¡Solo hay una maldita reina: la reina Carlota!

—¿Y por qué ha venido? —intervino Grace, con tal calma que logró cortar de raíz la creciente histeria de sus hermanas.

—Al parecer, porque el tío de Gabriel fue un héroe —balbuceó Faith—. Su Majestad quiere presentar sus respetos a las familias de

aquellos hijos de Inglaterra que han pagado el precio más alto en la guerra contra el viejo Boney[8].

—Tampoco se puede culpar a Napoleón de su muerte —replicó Temperance con escepticismo.

—¿Cómo mató Napoleón al tío de Gabriel? —preguntó Chastity, frunciendo el ceño.

—Oí a padre decirle a Percy de que tenía la «caja francesa»[9] —saltó Prudence.

—Prudence… —la reprendieron al unísono Grace y Temperance.

—¿Es un tipo de ataúd? —preguntó Charity.

—¿Lo enterraron vivo en una caja francesa? —insistió Prudence, con su habitual toque macabro.

—Por caridad, calla de una vez —le espetó Grace, perdiendo la paciencia.

Miró entonces a la novia, que tenía el rostro blanco como la cera, y bajó el tono de voz.

—Esto es un gran honor, Hope —le dijo—, y estoy segura de que hará que tu día sea aún más memorable. —Grace ignoró el bufido maleducado de Patience y continuó con determinación—. Tempy y yo no tenemos más remedio que marcharnos. Nuestro lugar está con nuestros maridos y… —Hizo una pausa, revelando cierto nerviosismo antes de continuar con firmeza—. Tú, querida mía, solo debes centrarte en tu día. Deja a la reina en nuestras manos. —Dicho esto, tomó a Temperance del brazo y arrastró a su reticente hermana hacia la puerta.

—¡¿Napoleón metió una serpiente venenosa en la caja francesa?! —gritó Prudence justo cuando la puerta se cerraba tras ellas.

Y así tuvo lugar la cuarta boda en Blackmore en apenas cuatro años, aunque, esta vez, todos en el pueblo coincidían en que no se la habían visto venir.

Tampoco habían imaginado, ni en sus sueños más descabellados, que la reina de Inglaterra asistiría al enlace. Y su inesperada aparición daría mucho que hablar durante años, aunque no necesariamente por las razones que cabría esperar.

De hecho, la mayoría de los aldeanos creía que había sido aquella copa de oporto de más la que había impulsado al reverendo Shackleford a invitar a Su Majestad a bailar, aunque nadie habría podido imaginar que el vicario ejecutara con tanta agilidad el *reel* escocés[10], como demostró después… ni que Agnes Shackleford ocultara en su interior un carácter tan posesivo.

Fin

¡Contacta conmigo!

Muchísimas gracias por leer *Hope*. Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Si quieres contactar conmigo, estaré encantada de saber de ti. No dudes en escribirme a través de mi página de Facebook o de mi sitio web:

Facebook: Beverley Watts – Romantic Comedy Author

Sitio web: www.beverleywatts.com

Si quieres ser de los primeros en enterarte cuando se publique el próximo libro de «Las hermanas Shackleford», suscríbete a mi boletín y te mantendré al día de todas mis novedades.

Únete a mi boletín aquí: Suscribirse

Y, por último, muchísimas gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia. Si te apetece leer un adelanto de *Patience*, la quinta entrega de la serie «Las hermanas Shackleford», solo tienes que pasar la página...

Patience

Capítulo 1

Maximilian Wolverton, décimo marqués de Guildford, observaba cómo el collar de diamantes y zafiros favorito de su bisabuela se paseaba por el salón de baile.

Su expresión era del todo impasible, mientras fingía sorber el champán con un hastío cuidadosamente ensayado. En realidad, el líquido tibio jamás habría logrado pasar entre sus apretados dientes.

Y ese, precisamente, era el motivo por el que había decidido asistir a su primer baile en casi tres años. En efecto, el collar era la segunda joya que había detectado esa noche y que, por derecho, debería estar guardada bajo llave en los cofres de los Wolverton. En lugar de eso, la lucía una dama de la alta sociedad.

—Guildford, hace siglos que no tenemos el placer de su compañía. ¿Acaso piensa honrarnos con su presencia esta Temporada? —La voz femenina le susurró directamente en su oído derecho.

Max cerró los ojos un instante e hizo un esfuerzo titánico por tragarse la indignación. No podía permitirse ofender a las madres ambiciosas que buscaban esposo para sus hijas en el mercado matrimonial de la próxima Temporada, por mucho que él detestara semejante pantomima.

Ahora que tenía la certeza de que todo estaba tan mal como había temido, iba a necesitar ganarse su favor, especialmente, el de aquellas matronas cuyas hijas vinieran acompañadas de una dote

considerable. Cuanto mayor, mejor, dado que en ese momento Max no tenía un penique.

Conteniendo su furia, se volvió hacia su interlocutora.

—Lady Bellamy —ronroneó, inclinándose sobre la mano que ella le tendía—, qué alegría volver a verla.

—Percy, no tengo la menor duda, ninguna en absoluto: esto es un desastre total, absoluto y… y… Inequívoco. —Sin esperar respuesta de su sufrido coadjutor, el reverendo Augustus Shackleford se dejó caer en la única silla de la sacristía—. ¿Por qué? ¿Por qué? —se lamentó, alzando los ojos al techo, lo cual indicaba con claridad que la pregunta no iba dirigida a Percy.

Este soltó un suspiro, se incorporó y dejó con cuidado el candelabro medio limpio sobre la mesa.

—¿Ha ocurrido algo, señor? —preguntó con cautela, bastante seguro de que no quería saber la respuesta.

—¡Bien que lo preguntas, Percy, bien que lo preguntas! —exclamó el reverendo, hundiéndose aún más en la silla—. Uno pensaría que, con todo el bien que he hecho, el Altísimo podría concederme un mísero respiro. —Le dirigió una mirada feroz al coadjutor, como si de algún modo todo aquello fuera culpa suya. Acostumbrado como estaba a tales escenas, Percy simplemente lo observó con escepticismo y esperó—. Mis dos hijas mayores…, las más entrometidas…, han tenido de pronto la absurda idea de ocuparse de ella personalmente y buscarle un… —El reverendo se calló de repente, cerró los ojos y pareció abrumado por la magnitud de la catástrofe, fuera la que fuese.

Sin saber qué otra cosa hacer, Percy dio un paso adelante y le dio unas palmaditas torpes en la espalda.

—Seguro que no puede ser tan grave, señor —murmuró, del todo convencido de que, tratándose de los Shackleford, no podría ser de otro modo.

El reverendo emitió un gemido desesperado y lo acompañó con un suspiro tan hondo que Percy temió que se echara a llorar.

—Se trata de Patience —logró decir por fin el vicario—. Quieren buscarle un maldito esposo…

—¡Maldita sea! —masculló Patience mientras arrancaba de un tirón una rama que la ocultaba de miradas indiscretas. Rememoraba los acontecimientos que la habían llevado hasta su actual posición, encaramada en lo alto de un manzano en el descuidado jardín de la vicaría.

El día había comenzado bastante prometedor. Había conseguido convencer a su padre y a su madrastra, durante el desayuno, para que le dieran permiso para llevar a sus hermanas y a su hermano a las celebraciones del Domingo de Pascua en el pueblo. Una vez obtenido su consentimiento, había propuesto sacar a los niños de la vicaría bien temprano para que su padre pudiera concentrarse por completo en la guía espiritual de sus feligreses en una jornada tan señalada.

Su argumento había sido tan persuasivo que logró parecer noble y abnegada. En realidad, su único propósito era librarse del interminable sermón de Pascua de Percy. El año anterior, su padre lo había leído a la velocidad del rayo y aun así había durado más de dos horas.

Por supuesto, el reverendo Shackleford era perfectamente consciente del verdadero motivo del repentino altruismo de su hija, pero, sabiendo que Patience podía argumentar durante horas con tal de salirse con la suya, decidió rendirse a lo inevitable.

También pesaba el hecho de que, sin duda alguna, ella iba a hacerlo de todos modos, con o sin su permiso, y al menos, al dárselo, él podía conservar la ilusión de que aún tenía un mínimo control sobre su hija más audaz.

Patience, por su parte, no perdió ni un segundo en preguntarse por qué su padre había accedido. Le bastaba con que lo hubiera hecho.

Fue justo al levantarse de la mesa cuando todo se fue al infierno. Estaba entretenida robando unos bollos dulces para llevárselos más tarde cuando llegó una misiva de su hermana Temperance.

Como Tempy acababa de dar a luz a un niño, cuyos pulmones —según Patience—, lo convertían ya en candidato a pregonero oficial del pueblo, no prestó atención mientras su padre comenzaba a leer la carta en voz alta. Solo cuando él hizo una pausa al cabo de unos

segundos, dejando un silencio tan denso como inquietante, ella alzó la vista con el ceño fruncido. El rostro de puro terror que se había apoderado de su padre la obligó a tragar saliva con aprensión mientras miraba a su alrededor.

Pero fue el lamento inesperado de Agnes, su madrastra, el que de verdad le heló la sangre. Aun así, no comprendió del todo el motivo hasta que la mujer dijo con un chillido:

—¡Haz algo, Augustus! Si dejan que esa salvaje ponga un pie a menos de cien millas de la Temporada londinense, Anthony se pasará el resto de su vida como… como… —Soltó un sollozo antes de rematar en un susurro horrorizado—: ¡Como un vicario!

Ignorando el drama de Agnes, Patience le arrebató la carta a su padre y leyó su contenido. Era mucho, muchísimo peor de lo que habría imaginado.

En ella, Temperance anunciaba la intención de su esposo, el conde de Ravenstone, de patrocinar la presentación de Patience en la próxima Temporada. La carta declaraba, sin rodeos, que la difunta madre de la muchacha —que Dios la tuviera en su gloria— se revolvería en su tumba si permitían que Patience siguiera campando a sus anchas. (Las palabras exactas no eran, ni de lejos, propias de una dama, y mucho menos de una dama casada con un noble). La carta concluía con la afirmación de que tanto ella como Grace se proponían encontrarle un marido a su hermana menor.

«Lo antes posible. Antes de que todas acaben con sus reputaciones arruinadas».

Bueno, esa última frase no estaba escrita, pero Patience no albergaba la menor duda de que era lo que sus hermanas querían decir de verdad.

Ignorando la caída dramática de su madrastra sobre el diván —donde Prudence le pasaba por las narices sus sales aromáticas con un inquietante entusiasmo—, Patience alzó los ojos del papel y los clavó en su padre, cuya expresión reflejaba el mismo espanto que sentía ella.

El rostro del reverendo había adquirido tal palidez que a Patience no le cupo duda del genuino pavor que sentía su padre ante la idea de que la hija menor de su primera esposa fuera presentada en

sociedad. Durante un instante, Patience no supo si sentirse aliviada o ligeramente ofendida, pero entonces la realidad se impuso. Su padre tenía toda la razón para estar alarmado.

En verdad, Patience era —más aún que cualquiera de sus hermanas— inadecuada por completo para el matrimonio, y mucho más para casarse con un hombre de fortuna, lo cual era, obviamente, la intención de Grace y Tempy. El último pretendiente que había intentado acercarse a ella no repitió la experiencia, y la reputación de Patience en el pueblo había tocado fondo tras el episodio en el corral de los cerdos del viejo Bernard. Y eso que ni siquiera se trataba de gente con posibles.

No. Patience lo tenía claro mientras se acomodaba con terquedad entre las ramas del manzano:

Si tenía que celebrarse una quinta boda de las hermanas Shackleford…, desde luego, no iba a ser la suya.

Fin

Patience

Las hermanas Shackleford, Libro 5

Sinopsis:
Quinta entrega de la serie «Las hermanas Shackleford».
Beverley Watts nos presenta una apasionante comedia romántica ambientada en la Regencia. Acompaña a las hermanas Shackleford en su entrada triunfal en una alta sociedad… ¡que no sabe lo que le espera!

Con sus cuatro hermanas mayores ya casadas, a **Patience Shackleford** le ha llegado el turno de hacerse cargo de la educación de las más pequeñas. Sin embargo, dado que su mayor habilidad es forzar cerraduras, difícilmente podrá enseñarles algo que les resulte útil en los salones distinguidos. Además, la vida social, y mucho menos el matrimonio, no le despiertan interés alguno. De hecho, su padre, el reverendo Augustus Shackleford, está convencido de que lo mejor para todos es que su quinta hija pase lo más desapercibida posible.
Por eso, cuando Grace y Temperance, ahora esposas de dos miembros prominentes de la aristocracia, se ofrecen a ayudarla a introducirse en sociedad, tanto Patience como su padre reaccionan con horror. Por primera vez en total sintonía, padre e hija conspirarán para encontrar la forma de evitar la inminente Temporada.
Pero todo cambiará cuando un encuentro fortuito con el enigmático y apuesto **marqués de Guildford** le demuestre a Patience que, después de todo, su talento para abrir cerraduras podría ser más valioso de lo que nunca habría imaginado…

Patience es una lectura obligada para quienes disfrutan de historias llenas de ingenio, humor y un toque de pasión.
Lo que dicen los lectores de «Las hermanas Shackleford»:
«Muy divertida, no he podido dejar de reír ni un momento».
«Lecturas fabulosas, llenas de romance, intriga y mucha diversión».

«Una serie encantadora, repleta de carcajadas y personajes deliciosamente extravagantes».
«Magnífica, muy graciosa».
«Disfruté en grande con esta serie; el humor es maravilloso».
«Hay mucha acción y los diálogos son hilarantes. Me reí sin parar».
«¡Maravillosa! Mucho entretenimiento y preciosas historias de amor».

Hope

Cuarta entrega de la serie «Las hermanas Shackleford».

Beverley Watts nos presenta una apasionante comedia romántica ambientada en la Regencia. Acompaña a las hermanas Shackleford en su entrada triunfal en una alta sociedad… ¡que no sabe lo que le espera!

Gabriel Atwood, que en su día ostentó el título de vizconde Northwood, había conocido tiempos mejores. Ahora, casi todos sus conocidos le daban por muerto: el traidor que lo había vendido se había asegurado de ello. Su única esperanza era buscar ayuda en Nicholas Sinclair, su antiguo mentor y actual duque de Blackmore, antes de que sus enemigos descubrieran que los rumores sobre su fallecimiento eran muy exagerados.

Sin embargo, cuando Gabriel llegó por fin a la finca del duque en plena Nochebuena, la casa estaba sumida en la oscuridad. La desoladora certeza de que Su Excelencia había decidido marcharse fuera para las fiestas, cayó sobre él como un jarro de agua fría.

Hope Shackleford no tenía el menor deseo de pasar la Navidad con toda su familia, aunque esta vez la celebración tuviera lugar en la residencia del conde de Ravenstone, mucho más lujosa que la modesta vicaría en la que ella había vivido siempre. De hecho, con dos de sus hermanas casadas con hombres influyentes de la alta sociedad, empezaba a parecer que los Shackleford se estaban acostumbrando a unos lujos que, en opinión de Hope, no les correspondían.

Ella, en cambio, a pesar de su melena pelirroja, no tenía un temperamento fogoso ni soñador. Era una joven práctica, poco dada a la fantasía y menos aún al optimismo desmedido, justo lo contrario que el resto de su excéntrica familia, sobre todo, su padre, cuya vocación de clérigo parecía haberse convertido en algo secundario frente a su insaciable afán por entrometerse en asuntos ajenos.

Así que Hope descartaba por completo la posibilidad de que aquellas fueran unas Navidades tranquilas.

Cuando un misterioso vagabundo —que claramente no era lo que aparentaba— irrumpió en sus vidas, Hope descubrió que sus peores sospechas estaban a punto de hacerse realidad...

Hope es una lectura obligada para quienes disfrutan de historias llenas de ingenio, humor y un toque de pasión.

Lo que dicen los lectores de «Las hermanas Shackleford»:

«Muy divertida, no he podido dejar de reír ni un momento».

«Lecturas fabulosas, llenas de romance, intriga y mucha diversión».

«Una serie encantadora, repleta de carcajadas y personajes deliciosamente extravagantes».

«Magnífica, muy graciosa».

«Disfruté en grande con esta serie; el humor es maravilloso».

«Hay mucha acción y los diálogos son hilarantes. Me reí sin parar».

«¡Maravillosa! Mucho entretenimiento y preciosas historias de amor».

Sobre la autora



Beverley Watts pasó ocho años enseñando inglés como lengua extranjera a estudiantes militares internacionales en el Britannia Royal Naval College, el principal centro de formación de oficiales de la Marina Real en el Reino Unido. Para ella, en todo ese tiempo, no hubo ni un solo día aburrido y muchas de sus experiencias en el centro no solo fueron memorables, sino que también podrían ser dignos de aparecer en una novela. Su primera obra, *An Officer And A Gentleman Wanted*, está inspirada, de forma muy libre, en sus aventuras en la academia.

Beverley disfruta especialmente escribiendo libros que hacen reír, y tiene en su haber dos series de comedias románticas, tanto contemporáneas como históricas, además de una serie de *cosy mystery* con un toque de humor.

Vive con su marido en un apartamento con vistas al mar en la hermosa Riviera Inglesa. Entre ambos, tienen tres hijos adultos, dos nietos adorables y un auténtico zoológico doméstico que incluye cuatro perros: tres rescatados en Rumanía de raza indefinida, llamados Florence, Trixie y Lizzie, y un *Chichon* llamado Dotty, que sirvió de inspiración para Dotty en *The Dartmouth Diaries*.

Puedes descubrir más sobre los libros de Beverley en: www.beverleywatts.com

Serie «Las hermanas Shackleford»

Libro 1 – **Grace**
Libro 2 – **Temperance**
Libro 3 – **Faith**
Libro 4 – **Hope**
Libro 5 – **Patience**
Libro 6 – **Charity**
Libro 7 – **Chastity**
Libro 8 – **Prudence**
Libro 9 – **Anthony**

Créditos

Título original: Hope
Diseño de la portada: Midnight Muse
Maquetación: Coralia Press
Edición digital: 2025
© 2020, BaR Publishing
© 2025, BaR Publishing
© 2025 Rosa María Calvo Luque para Coralia Press, por la traducción

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y hechos representados en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

BaR Publishing no se hace responsable de la permanencia o precisión de las URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea, o siga siendo, exacto o apropiado.

Las designaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos

los nombres de marcas y productos mencionados en este libro y en su cubierta son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas comerciales y marcas registradas de sus respectivos propietarios. Ni la editorial ni el libro están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas referenciadas en el libro ha avalado esta publicación.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del *copyright.*

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
¡Contacta conmigo!
Patience
Hope
Sobre la autora
Serie «Las hermanas Shackleford»
Créditos
Índice

---

[1] *Nota de la traductora:* Almirante Horatio Nelson, héroe naval británico, muerto en 1805.

[2] Nota de la traductora: Postre tradicional inglés elaborado con nata montada, azúcar y vino dulce o sidra, aromatizado con limón o especias, muy popular entre los siglos XVI y XIX.

[3] *Nota de la traductora:* Se refiere al mariscal Claude Victor, general de Bonaparte, quien dirigió el asedio de Cádiz entre 1810 y 1812, sin conseguir tomar la ciudad.

[4] *Nota de la traductora:* La alusión a un *cuento de Canterbury* remite a *The Canterbury Tales* de Geoffrey Chaucer (siglo XIV), célebre colección de relatos en los que los peregrinos fabulan y exageran historias, de ahí el matiz irónico.

[5] *Nota de la traductora:* Original: *priest hole:* Era un escondrijo secreto, casi imposible de detectar, construido en casas católicas inglesas de los siglos XVI y XVII, utilizado para ocultar a los sacerdotes en tiempos de prohibición del culto católico.

[6] *Nota de la traductora:* El término original en inglés es *honesty*, nombre común de una planta ornamental (*Lunaria annua*), muy apreciada por sus vainas translúcidas. En español se conoce como plata de la Virgen o moneda del Papa.

[7] *Nota de la traductora:* Aldea escocesa célebre desde el siglo XVIII, donde las parejas podían casarse sin necesidad del consentimiento paterno, lo que la convirtió en destino habitual de jóvenes ingleses que huían para contraer matrimonio.

[8] *Nota de la traductora: Boney* era un apodo popular —a menudo despectivo— usado en Inglaterra para referirse a Napoleón Bonaparte.

[9] *Nota de la traductora:* Del inglés *French box.* Expresión que alude a un botín ganado a los franceses en combate naval.

[10] *Nota de la traductora:* El *reel* escocés es una danza tradicional de Escocia, muy animada y rápida, que se baila en grupo.